



**Universidad Nacional de Rosario - Facultad de Psicología
Secretaría de Estudios de Posgrado**

Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños
Res. Coneau: 11739/14

TESIS

El nacimiento del yo.

**Recorridos psíquicos que lo posibilitan y la clínica psicoanalítica
con niños.**

Tesista: Psicóloga Claudia Peca.

Directora: Dra. Norma Bruner.

Co-directora: Psicóloga- Psicopedagoga Clemencia Baraldi.

E-mail: claudiapeca1967@hotmail.com

Marzo 2022

INDICE

INTRODUCCIÓN

| | |
|-----------------------------------|----|
| 1. Área temática..... | 5 |
| 2. Razones y Problema..... | 7 |
| 3. Objetivos de Conocimiento..... | 13 |
| 4. Estrategia Metodológica..... | 13 |

CUERPO

PARTE TEORICA

| | |
|---|----|
| Capítulo 1: <i>Estado de la cuestión</i> | 16 |
| 1.1 La paradoja del yo como centro y como <i>instancia olvidada</i> | 16 |
| 1.2 Algunos aspectos del yo en Freud, la Ego Psychology y la observación de niños..... | 19 |
| Capítulo 2: <i>Sobre conceptos de Yo en la teoría psicoanalítica. Diferencia con el concepto de Sujeto</i> | 22 |
| 2.1 El yo en la conceptualización de algunos psicoanalistas que se ocuparon de trabajar con niños..... | 22 |
| 2.2 Acerca del concepto de Sujeto..... | 26 |
| 2.3 Sujeto y yo no son equivalentes..... | 29 |
| 2.4 Recorte del concepto de yo..... | 31 |
| Capítulo 3: <i>Un hábitat para el yo (Aportes de Aulagnier)</i> | 36 |
| 3.1- Consideraciones previas..... | 36 |
| 3.2- Su concepción de yo..... | 37 |
| 3.3- La actividad psíquica humana..... | 39 |
| 3.4- Condiciones necesarias para que el espacio hablante en el que nace el sujeto ofrezca al yo un hábitat..... | 39 |
| Capítulo 4: <i>El acceso al estadio del espejo. La función de dos espejos</i> | 50 |
| 4.1 Hacia el estadio del espejo..... | 50 |
| 4.1.1 Lo fundacional de la estructura subjetiva..... | 51 |
| 4.1.2 Acerca del tiempo..... | 52 |
| 4.1.3 Acerca de la Identificación..... | 52 |
| 4.1.4 Acerca de las Identificaciones..... | 53 |
| 4.2 ¿Como hoja de ruta?..... | 55 |
| 4.2.1 La incorporación del lenguaje: Cuerpo pulsional, no soma..... | 55 |
| 4.2.2 Ecuación fálica: Importancia del Padre..... | 56 |

| | |
|--|-----|
| 4.2.3 Una paradójal nominación..... | 56 |
| 4.2.4 Dimensión del cuerpo pre-especular: vasija..... | 58 |
| 4.2.5 La imagen del cuerpo especular..... | 59 |
| 4.3 El modelo del esquema óptico..... | 61 |
| 4.3.1 Función materna como Espejo Esférico..... | 64 |
| 4.3.2 Función materna como espejo Plano..... | 65 |
| Capítulo 5: <i>Las respuestas del sujeto</i> | 67 |
| 5.1 La expulsión..... | 68 |
| 5.2 Escritura de una diferencia..... | 72 |
| 5.3 Juegos constitutivos..... | 74 |
| MATERIAL CLINICO | |
| Capítulo 6: <i>Caso Nadia (de Lefort, R)</i> | 79 |
| 6.1 Una investigación que da lugar a otra..... | 80 |
| 6.2 Con Nadia o El Espejo..... | 82 |
| Capítulo 7: <i>La clínica, indicios, preguntas, colores</i> | 98 |
| 7.1 Un encuentro nuevo con la clínica..... | 99 |
| 7.2 Relato Rojo. Manuel (6años)..... | 100 |
| 7.3 Relato Amarillo. José (2años, 8meses)..... | 113 |
| 7.4 Relato Verde. Ián (2años, 4meses)..... | 120 |
| CONCLUSIONES | 124 |
| BIBLIOGRAFÍA | 127 |

INTRODUCCIÓN

“Una persona es aquel ser a quien

reconocemos como a nosotros mismos

el derecho de decir yo” (Lacan, 2007, p. 374)

¿Cuál es el tiempo, el espacio, en el desarrollo de un niño para que éste pueda hacer uso de la palabra yo? o -como señala la cita- convertirse en ese ser al que reconocemos como a nosotros mismos el derecho de decir yo? Aunque no es el problema de investigación, constituye un interrogante valioso como disparador de algunas cuestiones. Sin ir más lejos, ¿cómo es que algunos niños no cuentan con la posibilidad de usar el término *yo* para referirse a sí mismos?

La idea del *yo* se construye históricamente mediante el aporte de distintos saberes. Su estudio abarca múltiples disciplinas como la lingüística, la antropología, la filosofía, la psicología, el psicoanálisis. La Lingüística lo señala en tanto pronombre personal en primera persona. En el idioma español castellano el término *yo* tiene etimología netamente latina, es una simplificación de la palabra latina clásica *ego*. Según una simple explicación que aporta la Real Academia Española, el *yo* señala la realidad personal del que habla o del que escribe y refiere a todo sujeto humano en su calidad de persona. En Alemán, *Ich*, en francés *Je* o *moi*, en inglés *self*.

En Antropología su uso designa los puntos de vista desde donde se consideran las relaciones de parentesco o filiación, como así también la relación que existe entre la posibilidad de identidad y cambio histórico (Erikson, 1959). En el campo de la Filosofía se va armando la idea del *yo* desde la antigüedad y con diferentes planteos. Desde Sócrates que lo sitúa como parte de su concepción del mundo, Platón que no lo concibe de manera simple sino compuesto por varios elementos, hasta numerosos filósofos para quienes el concepto de *yo* desempeñó un lugar central en el desarrollo de sus obras. Descartes y el punto de inflexión de su cogito y tantos otros, sobre todo los alemanes desde mediados del siglo XVIII. Por otro lado, sintetizar el aporte de la Psicología a la idea del *yo* es bastante pretensioso ya que la historia de esta disciplina muestra, como señala Scaglia (2009), que los temas y los problemas de los que se han ocupado las diferentes escuelas de pensamiento psicológico -desde su nacimiento como ciencia en el siglo XIX y el surgimiento de los sistemas psicológicos contemporáneos en el siglo XX- han obtenido respuestas que varían de acuerdo con la perspectiva epistemológica de los investigadores y con el contexto socio-histórico cultural. No obstante, es posible señalar que la

psicología, en términos generales, destaca que una de las características del funcionamiento psíquico de la personalidad es su unidad e identidad a través del cambio a lo largo del tiempo. Considera de este modo al *yo* como la unidad que constituye el individuo consciente de su propia identidad y de su relación con el medio. La identidad del *yo* en su aspecto subjetivo, es la conciencia que cada sujeto tiene de sí mismo y para los demás.

En este trabajo interesa particularmente el aporte del Psicoanálisis, que sin dejar de considerar el aporte de todos estos saberes, se diferencia de los mismos respecto de la idea del *yo*. Sobre todo de la de un *yo* como uno y permanente. Por el contrario, lo sitúa en su complejidad abriendo una perspectiva absolutamente novedosa aunque no sin vaivenes en el decurso de su concepción. Esta perspectiva, lo que introduce es la centralidad del *conflicto* psíquico. Resulta importante destacar que James Strachey (1992)¹ nos advierte que si bien el vocablo era bien conocido antes de Freud, el sentido preciso que él le adjudicó en sus primeros escritos no carece de ambigüedad. Parece posible discernir dos usos principales:

En uno de estos sentidos, el vocablo designa el “sí mismo” de una persona como totalidad (incluyendo, quizás, su cuerpo) para diferenciarla de otras personas. El otro uso denota una parte determinada de la vida psíquica que se caracteriza por atributos y funciones especiales (Freud, 1992, Vol. XIX, p.8).

Si bien Freud se refiere al segundo sentido a lo largo de su obra, en algunos trabajos el *yo* parece corresponder al “sí mismo”, *das selbst*. Por lo tanto no es fácil trazar una línea demarcatoria entre ambos sentidos del vocablo. En este trabajo interesan los dos sentidos. Ya que, como bien ha sido señalado por Laplanche y Pontalis (1981), es la articulación de las dos acepciones, la del *yo* en tanto *persona* y el *yo* como *instancia* lo que forma justamente el núcleo de la problemática del *yo*.

1. Área Temática

Ubicar el interés de investigación sobre el *nacimiento del yo*, y desde la perspectiva psicoanalítica, señala de entrada un primer recorte. No será considerado como algo dado sino por el contrario a advenir. Lo que posiciona en una determinada línea de pensamiento respecto del *yo*, si bien inaugurada por Freud, no siempre compartida por todos los psicoanalistas.

¹ A cargo de comentarios en notas introductorias de los textos de Freud en la Standard Edition.

El término *nacimiento* se elige aquí por lo que comporta respecto de algunos aspectos. En primer lugar, porque se parte de la consideración de aquella hipótesis que se le torna necesaria a Freud (1914). Ella refiere a que el *yo* no está presente desde el comienzo, es necesario un *nuevo acto psíquico* para su desarrollo y queda planteada de este modo: “es un supuesto necesario que no está presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al *yo*. El *yo* tiene que ser desarrollado. (...) algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica” (1992, Vol. XIV, p.74).

En segundo lugar porque se toma el término *nacimiento* en el sentido que lo propone Yankelevich (2003). Respecto del nacimiento de la estructura en un sujeto hace un planteo luminoso en tanto sostiene que:

La palabra nacimiento - un poco provocativa- viene en lugar de la griega, *arke*, que significa el principio, no sólo como comienzo, sino como lo que preside a lo largo del tiempo el modo fundamental de aquello a lo que ha dado lugar (citado en Amigo, 2003, p. 19).

Se resalta de este pensamiento la idea de *lo que preside a lo largo del tiempo* ya que se refiere a un tiempo fundador, al comienzo, en tanto lo que preside. En este sentido resulta interesante aquí, a los fines de esta investigación, trasladar esta idea - que hace referencia a la estructura - pero para pensarla particularmente en relación al nacimiento del *yo*. Considerar lo que tiene que ver con el comienzo en tanto lo que preside, para relevar justamente, las condiciones necesarias, los espacios y tiempos, los trabajos y recorridos psíquicos tempranos e imprescindibles para que el *yo* se funde, para que se constituya, advenga y sea *aquello* a lo que *ha dado lugar*, en los términos de Freud *la nueva acción psíquica*.

En tercer lugar, este término nacimiento se elige porque permite resaltar que si de *nacimiento del yo* se trata, puede suceder que ello no suceda, sencillamente que no nazca, que sea no-nato, que el *yo* no se funde, es decir, no se constituya. Hay niños que no tienen la posibilidad de nombrarse a sí mismos, que no usan el pronombre personal *yo*². Muchas veces esta situación pasa inadvertida por quienes solicitan un tratamiento o consulta por el niño a raíz de otros motivos y no porque se haya considerado la ausencia del pronombre

² Dentro de la gramática española, la palabra *yo* es un pronombre personal en primera persona con lo cual se autorefiere como forma de nominativo un sujeto sea de género femenino o masculino (RAE). En español la palabra *yo* también incluye la función deíctica por la cual el sujeto queda autoindicado. Para el lingüista francés Emile Benveniste el *yo* (*moi*) puede ser entendido también a nivel del discurso. El *yo* es el pronombre básico que indica persona (*yo/tu*) y sólo puede ser definido y existente en una instancia discursiva y en relación con otro.

o resulte relevante. Sin embargo, cuando se advierte esta particularidad en un niño, inmediatamente la misma puede convertirse en un pequeño *indicador - mínima huella* – despertar la atención del analista y generar preguntas: ¿puede este *indicio*³ señalar y dar cuenta de una problemática más amplia? ¿Esa problemática puede estar en relación a la estructuración subjetiva, al armado psíquico temprano? Como bien señala Pulice (2000), algo se convierte en un *indicio* en la medida que lo que llama la atención marca la posibilidad de conectarse con alguna otra experiencia. Y este asunto se torna así punto nodal que interpela a la clínica psicoanalítica con niños. De modo que, nuestra procedencia disciplinar y el ejercicio mismo de la profesión, sitúan este tópico como una situación que interroga el trabajo del analista en el quehacer con un niño.

2. Razones y Problema

Situadas estas coordenadas que justifican la elección del término *nacimiento* para el abordaje del tema *del yo* se hará referencia aquí a las razones que motivan la indagación sobre el mismo.

Una de las ideas macro que convoca la investigación tiene que ver con una situación particular en relación al *yo* dentro del campo del psicoanálisis. Un aspecto de lo que puede considerarse parte del estado de la cuestión. Si bien el *yo* ha sido centro de la teorización analítica, pivote en el descubrimiento freudiano, también ha sufrido una serie de avatares en su consideración. Paradójicamente siendo muy rica y compleja la concepción del *yo*, ha sido objeto de lecturas que provocaron -al menos en determinada línea de pensamiento- cierta *desestimación* del mismo; al respecto se lo ha señalado por ejemplo como *el yo: una instancia olvidada*. Este aspecto será desarrollado más adelante, en el Capítulo 1: *Estado de la cuestión*.

Hay también otras razones, más allá de esta desestimación del *yo* en la teoría y clínica psicoanalítica, que se suman al interés de investigar acerca de esta temática. En el ámbito profesional, además de intentar conducir tratamientos psicoanalíticos, se realiza un trabajo de admisión para una obra social desde hace muchos años. No deja de ser sorprendente, conmovedor y preocupante la insistente situación que se repite una y otra vez: se reciben muchos pedidos para derivar niños a un *psicopedagogo y/o psicólogo cognitivo conductual* y estos pedidos se sostienen en diagnósticos ya realizados: ADHD

³ En relación al paradigma indiciario, Pulice señala que es un elemento a considerar el cómo se sanciona que un observable o un dato es un indicio. Y se pregunta ¿Por qué de todo el campo de observación de que se dispone sólo se repara en algunos datos que, además se visualizan como indicadores, indicios o síntomas de algo que subyace o que aún está oculto.

(Trastorno por déficit de atención con hiperactividad) - (Trastorno específico del aprendizaje) - TOD (Trastorno oposicionista desafiante) - TGD (Trastorno generalizado del desarrollo) - TEA (Trastorno de espectro autista) - DEA (Dificultades específicas del Aprendizaje). Diagnósticos que se desprenden claramente de los criterios del manual de la American Psychiatric Association, DSM: Manual diagnóstico y estadístico de los desórdenes mentales. Estos Diagnósticos generalmente llegan sugeridos por el pediatra o por alguna escuela a partir de la sumatoria de lo que se desprende de la observación de la conducta del niño: *se porta mal, o no hace caso, o no responde a las consignas, no se queda quieto, o pega, siempre está como en la luna, colgado, no aprende*. Frente a estas situaciones cuando son recibidos estos niños en el consultorio, para realizar la derivación solicitada, cada vez, algo se presenta a la observación: muchos de ellos ingresan habitualmente al consultorio con sorprendente familiaridad como si conocieran a quien los recibe, desde antes, sin mediar, aquello que se conoce en la teorización psicoanalítica como *categoría del extraño*. Respecto de esta categoría es pertinente realizar aquí un paréntesis para señalar que Rodolfo (1986) sitúa dos cuestiones interesantes. La primera es que el *otro* en tanto extraño, si bien fue incorporado al psicoanálisis por Spitz (1974), como *angustia del octavo mes*, será más tarde, con Samí Alí (1979-1982), que recibirá una teorización más fina ya que se tratará de una gran Conquista Simbólica: la *categoría del extraño*. Y en segundo lugar, afirma, a partir de su casuística clínica, que hay pacientes y familias donde hace falta construir esta categoría. Resaltamos en este contexto la propuesta de *construir* porque si hay que construirla, significa que no está. Luego de este paréntesis, la observación a la que se está haciendo referencia, continúa, en tanto que estos niños que ingresan al consultorio con sorprendente familiaridad, sin mediar la *categoría del extraño*, muchas veces, tampoco detienen su mirada en nada en particular, sobre todo cuando se les habla, o pasan por delante del espejo sin ninguna noticia ni registro sobre ello; suelen llevarse los muebles por delante evidenciando cierta torpeza; en fin toda una serie de fenómenos que evocan y a los que se pueden sumar la descripción de Rodolfo, M (1986) de lo que llama *Trastornos Narcisistas No Psicóticos*⁴. Refiere a un número abundante de fenómenos que van de lo leve, sutil a los más graves. Como por ejemplo: los trastornos de tipo espacial, de las distancias del propio cuerpo y referidos al

⁴ Bruner(2008) en *Duelos en Juego* incluye estos fenómenos descripto por Rodolfo, dentro de la categoría: “ Los niños de difícil diagnóstico y el desarrollo (tercer eje)” al referirse a la historia de la clínica del niño con problemas en el desarrollo. Ellos se sitúan en relación a los llamados Trastornos límite o problemáticas narcisistas.

otro; trastornos de la coordinación fina, categorías tales como arriba-abajo, lejos-cerca, derecha izquierda, hasta trastornos en la abstracción, en la lecto-escritura, a nivel del cálculo, etc.

La descripción que realiza esta psicoanalista de niños, refleja y/o podría sumarse como parte de la situación clínica que se intenta recortar aquí.

A estas expresiones que se presentan en la observación en el encuentro con los niños, hay que añadirle cierta dificultad para poder jugar. En estas presentaciones se advierte como rasgo común, que muchos de ellos no se nombran a sí mismos con la palabra *yo*, o con términos que refieran posesión o propiedad, por ejemplo *mío*. Esto genera curiosidad y preguntas: ¿Qué relación hay entre la manifestación de estas conductas y el uso o no de los términos y/o de la palabra *yo* por parte del niño? ¿Puede ser el *yo* la sede de esta problemática? ¿En qué sentido?

Esta situación que se intenta presentar, y que genera preocupación, se enmarca dentro de uno de los aspectos del contexto socio-cultural actual, contexto que queda circunscripto a los fines de esta investigación, a este país, Argentina y dentro de él a la región que conocemos, la pampeana y desde los últimos años del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI; aunque no se soslaya lo que sucede en otras regiones y países. El período de tiempo es coincidente con el inicio y las sucesivas ediciones del DSM y con el gran desarrollo de la industria farmacológica.

Dicho contexto puede caracterizarse - en lo que respecta a la infancia, aunque no sólo - por lo que se denomina *fenómenos de patologización y medicalización de las infancias*. Fenómeno sobre el que abunda mucha y rica bibliografía -como por ejemplo para nombrar sólo algunos autores: Dueñas, G; Benasayag,L; Iriat e Iglesias Ríos; Gorbacz,L y Rattagan., Janin- como así también organismos que intentan acciones de lucha, como las del equipo interdisciplinario Forum infancias. Estas perspectivas denuncian que en la actualidad existe -tal como lo sitúa Janin (2005), y que tomamos a modo de síntesis y como central- “una pasión por diagnosticar, que lleva al trípode: diagnóstico, fármacos y terapia cognitivo-conductual” (p. 19).

Por su parte, otra psicoanalista de niños, Bruner (2016), señala que la bibliografía actual suele darle diferentes nombres como TGD, TEA, autismo u otros a ciertas características que se presentan en los niños que tienen ciertas dificultades en el trabajo de construcción psíquica y en su desarrollo.⁵ Características como por ejemplo, ausencia

⁵ Bruner (2012) redefine la idea de desarrollo desde la clínica psicoanalítica.

de relaciones con el semejante o fallas en las relaciones afectivas o emocionales con las personas; incapacidad o dificultad para tolerar las diferencias en las áreas de la vida; dificultades en la comunicación y el lenguaje; o dificultades en el área de la atención y el aprendizaje. Considera que:

(...) las hipótesis etiológicas que mayormente dominan en la actualidad, se refieren a factores neurobiológicos y/o genéticos, según los cuales las causas se atribuyen a variaciones atípicas y/o disfunciones cerebrales. Pero como las mismas no se encuentran presentes en la totalidad de los casos, no constituyen prueba etiológica suficiente (p. 15).

Sin embargo, Janin (2005) destaca que en los últimos años se ha generalizado el uso de estas categorías diagnósticas en los consultorios psicológicos, pediátricos y en el ámbito escolar. Señala que esta generalización en el uso de estas categorías, deja de lado la singularidad y marca un franco rechazo de la subjetividad, desestimando la concepción de niño que se ha sostenido y se sostiene incansablemente desde el psicoanálisis, que un niño es un sujeto en constitución, y que dicha estructuración es un proceso complejo en el que intervienen múltiples factores.

Por lo tanto, esta pasión actual por diagnosticar rápidamente y en base a criterios solamente observables y con hipótesis etiológicas referentes, de manera exclusiva a la neurobiología y/o genética, suele hacerse sin considerar los múltiples determinantes y la complejidad del psiquismo de un niño y permite entonces advertir y sospechar que, difícilmente se pueda resolver pedagógica o conductualmente (referido a los pedidos de derivación mencionados anteriormente) una problemática que puede ser de otro orden. Problemática que podría responder, entre otros muchos factores, a interferencias en las operaciones de constitución psíquica temprana en las que es posible suponer entre otras, cierta dificultad en el agregado de aquella *nueva acción psíquica* que nos planteara Freud para que el yo se desarrolle.

Se advierte dentro de este contexto, que el *yo* como instancia psíquica suele pasar desapercibido y quedar eclipsado, en tanto se cosifica al niño en la estandarización de los diagnósticos. Motivo que hace resonar e invita a actualizar dentro de este contexto y como una nueva versión, aquella idea del *yo* como *instancia olvidada*. Se sitúa así otra importante razón sobre el interés de investigar acerca del nacimiento del *yo*.

Como consecuencia de estas razones planteadas, no sólo en referencia a la cotidianidad del trabajo clínico profesional con niños en este contexto socio histórico cultural actual sino también subrayando lo acontecido en la historia del psicoanálisis, -

sobre todo dentro del psicoanálisis francés- con el *yo*, se torna importante una reconsideración, o mejor dicho, una recuperación y profundización de esta instancia psíquica, el *yo*, para que lejos de quedar olvidada y/o subestimada, se convierta en el centro de atención, de reflexión teórica y clínica, en la que se puedan relevar y estudiar las operaciones, recorridos y procesos primordiales que colaboran con el armado y su constitución, es decir, con su nacimiento.

Respecto de la relevancia de este trabajo de investigación, su justificación va de la mano de los argumentos que fundamentan y dan marco al plan de estudios de esta carrera de Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños (2016): la clínica atraviesa como eje transversal los términos que forman su título: psicoanálisis y niños. Dicho marco destaca en primer lugar como diagnóstico del campo de prácticas, justamente este aspecto que acaba de ser resaltado y que se enlaza al fenómeno actual de la pasión por diagnosticar. Este acontecimiento está señalado en la parte inicial de la fundamentación de esta Maestría nombrándolo como el progresivo avance de las terapias cognitivo-comportamentales y psicofarmacológicas reunidas bajo el auspicio de la homogenización de los diagnósticos que pregonan la American Psychiatric Association en el DSM. En este marco, las críticas a este fenómeno dejan al descubierto la profunda necesidad actual del sostenimiento de una clínica psicoanalítica ya que se trata de una clínica que intenta no aplastar las manifestaciones sintomáticas y rescatar fundamentalmente la subjetividad. Este trabajo de investigación está en relación a esta situación en tanto particulariza un aspecto en la estructuración psíquica del niño y apuesta a recuperar al *yo*, instancia olvidada, dentro del contexto actual de estandarización diagnóstica y de rechazo de subjetividad.

Por otro lado se considera pertinente el abordaje de esta temática a investigar en tanto el *yo* es una instancia fundamental en la arquitectura del aparato psíquico del niño. Su desarrollo es imprescindible para el desempeño afectivo, intelectual y cotidiano del niño. Es imprescindible en tanto interviene en la estructuración de la realidad y en la toma de conciencia del individuo. Por lo tanto, el *yo* es prenda esencial de la constitución subjetiva. Interesarse en su constitución y en las operaciones que lo posibilitan, es interesarse por la profundización en el estudio del mismo. Se condice con el contexto del marco conceptual de esta maestría, en tanto la misma resalta la presencia de la clínica en la investigación y producción teórica en psicoanálisis.

Del trabajo podrían derivarse algunas sugerencias que puedan contribuir a facilitar el estudio y abordaje del tema; no porque no existan, al contrario, tomando lo que ya se

conoce intentar recuperarlo y hacerlo todavía, si se puede, más útil. Profundizarlo para proceder al relevamiento de elementos que puedan contribuir a nuevos aportes para el trabajo disciplinar en la clínica psicoanalítica con niños. Quizás el acercamiento a las ideas sobre cuáles son las operaciones fundamentales que hacen posible el nacimiento del yo incluyendo al juego puedan ser tomadas como marcos referenciales que le facilite al clínico hacer las indagaciones y advertir las interferencias en sus casos, para evaluar la posibilidad de operar analíticamente en función de ello.

Se delimita como problema aquello que surge a partir del encuentro con determinadas expresiones clínicas en entrevistas con padres y niños. Se erigen en términos de delimitación de un problema en tanto se puntualizan del siguiente modo:

- Frecuentes pedidos de derivación a niños por supuestas dificultades conductuales o pedagógicas. Demandas de derivación que llegan con diagnóstico ya realizado y con la indicación específica del tipo de terapia que ese niño necesita, pedagógica o psicológica cognitivo-conductual.
- Observación directa de determinadas características en el comportamiento de esos niños en ocasión de las entrevistas y relevancia de la particularidad de algunos de ellos que ya han sido señaladas y descriptas anteriormente: ingresan al consultorio con sorprendente familiaridad, sin mediar la *categoría del extraño*, muchas veces tampoco detienen su mirada en nada en particular, sobre todo cuando se les habla, o pasan por delante del espejo sin ninguna noticia ni registro sobre ello; suelen llevarse los muebles por delante evidenciando cierta torpeza; suelen no jugar.
- Advertencia o descubrimiento de un rasgo común, muchos de estos niños no se nombran a sí mismo con la palabra *yo* o con términos que refieran posesión o propiedad personal.

Esta situación genera preguntas clínicas. ¿A qué responden estas conductas y características del niño? ¿Cuál es su correlato en la estructuración psíquica temprana? ¿Qué operación u operaciones constitutivas de su estructuración están aconteciendo fallidamente, o no están directamente aconteciendo? ¿Qué relación hay entre la manifestación de estas conductas y el uso o no de los términos y/o de la palabra *yo* por parte del niño? ¿Es el *yo* la sede de esta problemática? ¿En qué sentido?

Estas expresiones clínicas podrían estar vinculadas a la constitución del *yo*, de allí el interés de este problema de investigación que se formula en estos términos:

¿Cuáles son las operaciones o recorridos psíquicos fundamentales que hacen posible el nacimiento del *yo*?

Se generan de aquí otros interrogantes que si bien son de gran interés, no formarán parte del núcleo a indagar en esta ocasión: ¿Qué tipo de interferencias pueden acontecer en el proceso de construcción del *yo*? A partir de ellas, ¿qué posibilidades de operar sustitutivamente habría desde la clínica para propiciar, apuntalar, acompañar o restituir el proceso? ¿de qué modo? Como estos aspectos abren varias líneas de investigación no formarán el núcleo en esta propuesta investigativa.

La pregunta eje de esta tesis es la pregunta por las operaciones, trabajos o recorridos psíquicos que hacen posible la constitución del *yo*. De ella se recortan preguntas más específicas que de alguna manera la desglosan:

¿Qué condiciones o factores son necesarios para que el *yo* se constituya?

¿Qué relación hay entre el proceso de identificaciones primordiales en la infancia y la formación del *yo*? ¿Es suficiente el proceso de identificación? ¿Cuál es el espacio donde las identificaciones se materializan?

¿Entre los factores que intervienen para que el *yo* pueda advenir, el juego como actividad fundamental en la infancia tiene algún papel? ¿Puede incluirse como parte de una operatoria?

¿Qué relación podría establecerse entre el juego, la identificación y el armado del *yo*?

3. Objetivos de Conocimiento

Objetivo general: Identificar los recorridos psíquicos tempranos y fundamentales que contribuyen al nacimiento del *yo* y su lazo con el juego.

Objetivos Específicos:

- Determinar los factores que son necesarios para que el *yo* pueda advenir.
- Establecer la relación de las Identificaciones Primordiales en tanto operaciones subjetivas tempranas y la formación del *yo*.
- Determinar la incidencia del juego en el armado del *yo*.
- Proyectar una ruta entre los factores necesarios, las Identificaciones Primordiales, el Juego y la constitución del *yo*.

4. Estrategia Metodológica

Teniendo en cuenta la alusión de Beltrán (1993) - en correspondencia con el pluralismo metodológico - puede considerarse que el enfoque para estudiar este problema, e intentar alcanzar los objetivos, es de tipo Cualitativo. En tanto no apunta a la medición de lo observado mediante estadísticas, ni a la relación entre variables, ni predicciones de las conclusiones, propios de un procedimiento cuantitativo sino por el contrario aspira al

recorrido inverso, esto es, partir de la percepción que la realidad ofrece, en un proceso inductivo, en el sentido del pasaje de situaciones particulares a las generales.

En este marco, y en función de las técnicas de investigación, se trata de un estudio Documental; por lo que se prioriza la recopilación documental, libros y otras fuentes secundarias para su tratamiento teórico ya que el objeto de estudio refiere a un tema que se aborda desde la teoría psicoanalítica y se pretende profundizarlo para proceder al descubrimiento de elementos que puedan contribuir a nuevos aportes. Dentro del método cualitativo, esta propuesta de tipo Descriptiva, se orienta a su vez al abordaje del material clínico en tanto hecho particular. Las fuentes escritas constituyen el punto de apoyo para este trabajo de investigación, y en este sentido, la documentación escrita puede despejarse del siguiente modo:

Para el material teórico:

- Las contribuciones de Freud y Lacan en relación al tema del *yo*.
- Las contribuciones de autores que - tomando esos aportes de Freud y Lacan sobre el tema - lo abordan pero realizan nuevos desarrollos teóricos que tienen que ver con los momentos específicos de la infancia: Winnicott,D.; Aulagnier,P.
- Las contribuciones de autores analistas de niños más cercanos en el tiempo y contexto: Amigo, S; Jerusalynsky, A; Marrone, C; Bruner, N; Baraldi, C.

Para el material clínico:

- La publicación analítica de un trabajo clínico. Lefort, R. analiza dos niñas, *Nadia* de 13 meses -objeto de nuestro estudio- y Marié-Francoise de 30 meses. Día a día anota en su integridad cuanto había sucedido en las sesiones. Más tarde, retoma esos antiguos cuadernos para proponer su lectura y formalización teórica, los progresos y tropiezos de la cura y los publica en un libro. La riqueza de la particularidad en esta fuente hace que se la tome en consideración para esta investigación.
- Otra fuente de datos: Registro de experiencias clínicas de la casuística personal que pueden problematizar algunas expresiones vinculadas a la constitución del *yo*. Teniendo en cuenta el consejo de Freud (1912), el material seleccionado - perteneciente al trabajo con algunos niños entre 2 y 6 años- no coincide con el tiempo de esta investigación.

Respecto del material clínico se toma en consideración en primer lugar la reflexión de Azzarito (2007) sobre *los diferentes usos* del material clínico en el marco de una investigación en psicoanálisis. En este sentido, señala que el término *caso* aparece en el discurso de los psicoanalistas de múltiples maneras, algunas veces se lo utiliza como

equivalente a material clínico, relato o fragmentos clínicos o como sinónimo de tratamiento. Destaca además que no es unívoco el significado que se le otorga *al caso* en el campo de la investigación. Y toma la diferenciación que hace Stake (1999) de tres tipos de estudios de casos, según los usos que se haga del mismo y de los objetivos de la investigación. De este modo se considera que el uso del material clínico en esta particular propuesta de investigación, se acercaría a lo que dicho autor denomina *casos instrumentales*, en tanto este tipo de estudio permitiría echar luz a algún tema o problema; la finalidad es comprender otra cosa, es un instrumento para conseguir algo diferente; a diferencia de los otros tipos que nombra, los *intrínsecos* y los *colectivos* que tienen otros usos. Por su parte Azaretto (2007) explica:

(...) diferentes tipos de investigaciones pueden recurrir a los estudios de casos: los estudios teóricos pueden hacer uso de él al modo de ilustración; (...) en los estudios descriptivos buscar pautas o elementos generalizables a partir del estudio de varios casos, a modo de encontrar elementos que permitan corroborar hipótesis. El caso supone un lector que lo organice y lo reconozca como “ilustración de...” “corroboración de...” “o disparador de hipótesis” (p. 2).

Fundamentalmente en este trabajo se toma en consideración el *caso clínico* tal como aparece en las reflexiones acerca de la investigación y la práctica del psicoanálisis que realiza Fernández Miranda (2021) que propone el caso clínico como ficción, que sólo es eficaz en tanto pone en circulación algo de lo real de la práctica. En este sentido, y en el marco de dichas reflexiones, plantea que la tensión entre lo singular y lo general viene a convertirse en una epistemología de la praxis psicoanalítica y la investigación deberá soportar la impronta de la singularidad en el seno del cuerpo teórico que está definido como tal por la generalidad.

Es importante destacar, junto con este autor, que sería dudoso que una investigación en psicoanálisis no se entreme con la práctica misma, ya que es el mismo método psicoanalítico lo que se convierte en un dispositivo de lectura y por lo tanto se puede realizar una trasposición formal de las reglas del método de cura a la investigación. Es decir, que la descomposición del sentido y la puesta en primer plano de los detalles anodinos, se convierten en lugares a partir de los cuales se podría acceder a alguna verdad. Es así que el marco epistemológico y metodológico para una investigación en psicoanálisis, se asienta en los fundamentos de lo que se denominó *Paradigma indiciario*. Lo interesante de la formulación de este paradigma es que permite eximir a determinados objetos de estudio, pertenecientes a las ciencias humanas, de la adaptación forzada a las metodologías de inspiración positivista.

De esta manera, parafraseando a Guinzburg (1989), es posible propiciar un saber basado en signos y vestigio de indicios, ya que el mismo tiene por objeto, lo cualitativo, el caso, la situación o documento en tanto individuales. Señalando la particularidad de este paradigma y su diferencia con otros, se destaca que este *Paradigma indiciario* planteado por Guinzburg (1989), “prioriza lo irreplicable, lo singular, lo original, lo sorprendente, lo cualitativo, que se interesa en lo individual, en el caso” (Pulice, Manson, Zelis, 2000 p.116). Es relevante destacar entonces la pertinencia del mismo para la consideración de la metodología de investigación en psicoanálisis dentro de la que se sitúa este trabajo.

CUERPO

PARTE TEORICA

Capítulo 1: Estado de la cuestión

1.1 La paradoja del yo como centro y como *instancia olvidada*.

En principio y en líneas generales es importante mencionar la existencia de los debates teóricos y las controversias en psicoanálisis cuyo horizonte son las cuestiones de legitimidad por pertenencias institucionales o grupales. Cabe actualizar el señalamiento de Laplanche (citado en Hornstein, 1991, p. 30) sobre “la herencia de los tres grandes dogmatismos: ego psychology, kleinianismo y lacanismo”. Pero se dejará de lado la cuestión de los dogmatismos para sólo subrayar la existencia de tres grandes líneas teóricas y que éstas presentan cuantiosas diferencias entre sí y por lo tanto particulares diferencias en la consideración del yo.

Esta diferencia en la concepción no es menor ya que como señala este autor “toda opción teórica concerniente al yo y a su actividad será crucial en la conceptualización del proceso analítico y sus metas” (Hornstein, 2000, p.154). Será retomado más adelante lo que cada línea teórica plantea sobre el yo porque forma parte de los antecedentes, pero se adelanta ahora porque forma parte del estado de la cuestión. Aquí, particularmente se pretende destacar lo que sucedió con la línea francesa inaugurada por J. Lacan (1938 a 1981) ya que ésta forma parte del marco teórico elegido para este trabajo. Hay dos cuestiones importantes a resaltar.

La primera tiene que ver con un aspecto que se señaló en la fundamentación de este trabajo, como parte de las razones macro que motivaron el interés de investigación sobre la temática. Allí se situó que, si bien el tema del yo ha sido centro en la teorización analítica y pivote en el descubrimiento freudiano, también ha sufrido avatares en su consideración. Uno de ellos - que se marcó como paradójico - es que siendo tan rica y

compleja su concepción, ciertas lecturas contribuyeron a que el *yo* quedase instalado como una *instancia olvidada*. Hornstein (2000), en uno de sus libros llamado *Narcisimo* dedica el capítulo 11 al tema y lo titula de ese modo. Básicamente su planteo enfatiza que ciertas *lecturas* de Lacan hicieron suponer que la práctica analítica fundada en su obra desconocería la importancia del *yo* (*moi*). Lecturas de Lacan, que se han sostenido y son consecuencia de un contexto político - histórico - cultural. Una cita describe claramente esa coyuntura teórica, al respecto Green (1993) señala:

Desde finales de la década de 1950, en Francia, todo lo que fue reflexión sobre el *yo* quedó expuesto a ataques destinados a denigrar el discurso sobre este tópico, rápidamente considerado como mistificador y portador de una ideología normativa sospechosa de colusión política con el poder instalado. Se quiso acreditar la idea de un psicoanálisis reconciliado con una psicología o psicología al servicio de una moral represiva, “perra guardiana” de un conformismo que colaboraría en el mantenimiento de la paz social necesaria para el desarrollo de las infamias del capitalismo (citado en Hornstein, 2000, p.151).

Por lo tanto, el autor sugiere retomar el camino abandonado que conduce al *yo*, a sus relaciones con el sujeto y a su constitución heterogénea. Otro psicoanalista, Rodolfo, R (1998), también alude a lo que se está situando como avatares en la consideración del *yo*, ya que denuncia de algún modo cierta subestimación del mismo en la clínica, en tanto el *yo* ha sido concebido en su no coincidencia con el Sujeto, como lugar de las identificaciones imaginarias. Lo plantea en los siguientes términos:

(...) cierta subestimación de lo imaginario, cierta tendencia a reducirlo a un “efecto” que se deriva de las direcciones más estructuralistas en los textos de Lacan. Negada o relativizada de derecho, esta subestimación ha funcionado de hecho y fue captada por “la calle” psicoanalítica, donde calificar algo con un ¡eso es imaginario! devino una acusación tan grave como la de “psicópata” en la boca de un kleiniano (p. 33).

Estas situaciones se ubican como parte de una paradoja y se estiman aspectos relevantes a considerar ya que permiten rescatar e imprimir de importancia la consideración del *yo* en la práctica analítica.

La segunda cuestión a destacar en relación a esta perspectiva teórica lacaniana y su consideración del *yo* es que esta *subestimación de lo imaginario* supuestamente derivada de los textos de Lacan, se fundaría en el desconocimiento, tal vez la no consideración de

los aportes posteriores de la obra de Lacan. Pulice (2010) sitúa este aspecto del siguiente modo:

En los últimos años Lacan produce un fuerte avance en sus conceptualizaciones - a partir de su giro borromeo - pero sin embargo aún no puede decirse que se hayan terminado de extraer todas las consecuencias clínicas de esas formulaciones de Lacan, de las que pocos parecen haberse podido consustanciar lo suficiente como para aplicarlas a su propio trabajo clínico (p. 3).

De allí que estas posteriores formulaciones de Lacan re-definen o reorientan la posibilidad de pensar al *yo* desde el anudamiento borromeo de los tres registros fundamentales: Real, Simbólico e Imaginario. Esto introduce perspectivas novedosas - y estimula el interés de la investigación - para considerar el tema del *yo* más allá de la primacía e importancia del registro imaginario y del simbólico ya que el *yo* incluirá en su centro un trozo de Real - el objeto *a*-. Lo retoma Rabinovich (2010), analista que sí parece haberse podido consustanciar con estos nuevos aportes tal como se advierte en su escrito "La teoría del *yo* en la obra de Jacques Lacan". Sus desarrollos se sostienen a partir de la cita de Lacan en "Discurso a Escuela Freudiana de París" en 1967. Allí Lacan retoma su *i (a)*, sigla que clásicamente en su álgebra designa el *yo* su narcisismo y dice:

Así funciona el *i (a)* con el que se imaginan el *yo* y su narcisismo al hacer de hábito a ese objeto que hace la miseria del sujeto. Esto porque el *(a)*, causa del deseo, por estar a la merced del Otro, angustia pues en ocasiones, se disfraza contrafóticamente con la autonomía del *yo*, como lo hace el cangrejo con cualquier caparazón (citado en Rabinovich, 2010, p. 73).

Resalta la autora que esta cita condensa un punto esencial del viraje que sufre la teoría del *yo* en Lacan. Ya que si bien en la obra de Lacan se conoce la relación del *yo* con lo imaginario y con lo simbólico, la articulación del *yo* con lo real ha sido mucho menos enfatizada. Y será en esta articulación que basará el desarrollo de su seminario, que luego será editado y publicado. Es importante la consideración de esta perspectiva, ya que como se señaló anteriormente, la opción teórica concerniente al *yo*, tendrá consecuencias en el proceso analítico y sus metas, es decir, en la clínica.

Estas consideraciones permiten poner al descubierto la paradójica situación del *yo* en el campo del psicoanálisis.

1.2 Algunos aspectos del yo en Freud, la Ego Psychology y la observación de niños.

Roudinesco (2005) señala que hay una historia de las interpretaciones sucesivas del pensamiento fundado por Freud y que ello dio lugar al surgimiento de varias corrientes que se basan en su doctrina original. En este sentido y particularmente en torno del tema de este trabajo, se resalta que la extensión que adquirió la noción de *yo* en la teoría psicoanalítica queda señalada por la diversidad de autores que lo han tomado y además de modos diversos. Se puntualiza aquí la que dio lugar a una de dichas *corrientes*, la que se denominó *Ego Psychology*.

En el inicio de este trabajo se señaló que Freud sitúa al *yo* en su complejidad y no sin vaivenes en el decurso de su concepción. Esto es tan así que se encuentran las primeras formulaciones teóricas ya en 1885 en su “Proyecto de psicología” y continúan hasta en sus últimos textos de 1937/39. Para señalar rápidamente la impronta de esos vaivenes vale mencionar que en ese primer momento (1885) cuando describe la *experiencia de satisfacción* atribuye al *yo* su papel de *inhibidor*; posteriormente (1905) en “Tres ensayos de teoría sexual” *el yo* es pensado como el lugar de un sistema pulsional del que se diferenciarán las pulsiones sexuales; en 1914 con la introducción del concepto de narcisismo, el *yo* comienza a ser la sede de una investidura libidinal lo mismo que cualquier objeto exterior, como un depósito de libido. En 1917 las diversas organizaciones que lo componen, la manera en que están edificadas y su funcionamiento, siguen ocultos según Freud y a la espera que el análisis de las afecciones narcisistas revelaran su composición. Será en 1920 con la segunda teoría del aparato psíquico que el *yo* se erige en categoría de instancia o sistema ya que se amolda mejor a las modalidades del conflicto psíquico. Y en este *yo* como instancia vienen a agruparse funciones y procesos. Puede destacarse que el *yo* no sólo *no es dueño y señor en su propia casa* (1917) sino que es una *pobre criatura que debe servir a tres amos* (1923). Como puede advertirse, la conceptualización del *yo* se va complejizando en su obra y ello será en función de la experiencia clínica atravesada por el conflicto psíquico. Pero más allá de este devenir conceptual, lo que interesa particularmente aquí, en este recorrido, es la indagación acerca de lo que hace a su constitución.

En este sentido, lo que encontramos en Freud tiene que ver con una propuesta central. Considera que para que se arme el *yo* es necesaria una etapa de unificación del cuerpo, la imagen del propio cuerpo que será objeto de amor. Es la etapa del narcisismo secundario, posterior en términos lógicos a la del narcisismo primario, que es autoerótico.

El no termina de armar al *yo*, para su constitución será necesario un nuevo acto psíquico. Este nuevo acto psíquico a qué refiere? A la identificación? El tema de la identificación no es sencillo, Freud plantea distintos tipos de identificaciones en 1920 cap. VII del texto “Psicología de las masas y análisis del yo”. ¿Cuál será la identificación pertinente al armado del yo? Tema que se retoma más adelante. Por ahora es importante destacar, que lo que se desprende de las lecturas es que las identificaciones son necesarias para constituir al yo. En 1923 sostiene que este yo se forma complejamente por la suma de identificaciones como por contacto con el mundo externo y por sensaciones corporales (proyección del propio cuerpo), condiciones que traen como consecuencia un yo modificado. Esto supone entonces que el yo se va construyendo y que no está dado de una vez y para siempre; que hay distintos factores interviniendo. Cabe por lo tanto interrogar cómo se produce este armado, qué trabajos psíquicos tienen que ponerse en marcha.

Freud dejó una brecha sobre la cuestión del narcisismo que autores posteriores fueron cubriendo con distintas teorías. Una se asienta en la concepción dominante, en la *ego psychology*, de la mano de Hartmann (1950), para quién - basándose en un pasaje del texto de Freud “El yo y el Ello” - *el yo* es una diferenciación progresiva del *ello* por influencia de la *realidad exterior*. Esta corriente que introduce en EE UU una concepción particular del psicoanálisis, cuya hegemonía la ejerció la psicología del yo, según Tessier (2010) tampoco constituye una realidad única. Pero no será desarrollada aquí esta cuestión de la no unicidad dentro de la corriente, lo que interesa y releva será particularmente la concepción del yo, en tanto el mismo se convierte en representante de la realidad y deberá asegurar un control de las pulsiones. Se destaca en esta conceptualización la *zona a-conflictual del yo* y sus funciones autónomas, como capaz de una evolución adaptativa. En la psicología del yo, por lo tanto, no se habla de historia sino de crecimiento, una maduración natural a la que el yo llega, resolviendo sus tensiones internas. Aparatos de autonomía primaria- percepción, memoria y motilidad garantizan la adaptación al medio. Equivale a lo que se denomina *Vertiente metonímica del yo*.

A este yo que se deriva por contigüidad como un órgano especializado, verdadera proyección del individuo que no hace más que localizar algo que ya estaba presente desde el primer momento en el conjunto del ser vivo, Laplanche propone llamarlo yo metonímico. Esta concepción metonímica del yo es la dominante en la Ego Psychology (Hornstein, 1988, p. 48).

Se hace necesario un comentario sobre la potencialidad de este antecedente. A diferencia de los autores que consideran que el *yo* es demasiado importante como para abandonarlo a las propuestas de *La Ego Psychology*, aquí por el contrario, se lo destaca por el siguiente motivo. Si bien puede señalarse que este movimiento norteamericano privilegia al *yo* (ego), el *self*, al individuo en detrimento de todo aquello que tiene que ver con el ello, el inconsciente, el sujeto, la pulsión de muerte, que se aleja de la perspectiva freudiana de “Más allá del principio del placer” (1920); que opone una ética pragmática basada en la noción de una psicoprofilaxis social o higiene mental que contribuyó a abrir la vía intersubjetiva en psicoanálisis; también es de considerar que, no obstante, se interesó por la psicología del niño. Es de señalar que por ejemplo Winnicott (1956), se apoyó en parte en él para subrayar la importancia de las relaciones interpersonales precoces y lo desarrolló bajo la forma de la *good enough mother*. La integración del psicoanálisis a la psicología favoreció la adopción de la perspectiva genética y las teorías de los estadios del desarrollo. En este sentido, señala Tessier (2010), colaboradores de Hartmann, como René Spitz y Margaret Mahler confirmaron la pertinencia de la observación directa de bebés en psicoanálisis. Esta observación ha generado contribuciones importantes.

Si bien la concepción del *yo* que sostiene esta corriente no es afín a este trabajo de investigación ni se corresponde con el marco teórico a utilizar, se consideran de valor aquellos aportes que se desprenden de estas investigaciones y observaciones que se realizaron con niños. Observación reconocida como valiosa y fundamental por psicoanalistas de niños que pertenecen a otras corrientes de pensamiento y que destacan como esenciales para la formalización teórica de las operaciones tempranas de constitución psíquica. Vale como ejemplo la consideración de Amigo (2003) al retomar algunos de los fenómenos magistralmente descritos por René Spitz (1974) como la *respuesta sonriente*, la *angustia del octavo mes*. Señala lo útil que resulta referirse al desarrollo del bebé en su primer año de vida - sin que ello signifique recurrir a la psicogénesis - en tanto inmensa fuente de investigación para formalizar las lecturas que el tratamiento con bebés permite llevar a cabo. Reconoce la pertinencia de nombrar como *lectura* a la observación que un analista puede llevar a cabo durante la primera infancia.

Cabe destacar también que Lacan, por su parte, toma las observaciones de Wallon (1931) para formalizar su *estadio del espejo*. Se sirve de las observaciones que éste había realizado respecto de la experiencia por la cual el niño colocado frente a un espejo logra

distinguir el cuerpo propio de su imagen reflejada, y que él mismo llamó *Prueba del espejo*, pero, nos indica Roudinesco (2012):

(...) como un pintor surrealista Lacan no retomaba la terminología de Wallon sino para transformar su “prueba del espejo” en “estadio del espejo”. De este modo hacía desaparecer toda referencia a una dialéctica natural. En la perspectiva lacaniana, el estadio del espejo se convierte en una operación psíquica, hasta ontológica por la cual el ser humano se constituye en una identificación con el semejante. Como Melanie Klein, Lacan encaraba la segunda tópica freudiana - el yo, el ello y el superyó- a contrapelo de toda psicología del yo (p. 25).

Ideas que permiten reafirmar la importancia de estos aportes destacados.

Capítulo 2: Sobre conceptos de Yo en la teoría psicoanalítica. Diferencia con el concepto de Sujeto

2.1 El yo en la conceptualización de algunos psicoanalistas que se ocuparon de trabajar con niños.

Las particularidades destacadas en el estado de la cuestión, se consideran también parte de un antecedente sobre la temática del *yo*. La paradoja de ser el *yo* central en la teoría psicoanalítica y a su vez haber sufrido cierta desestimación. También la gran diferencia que la conceptualización de Freud adquirió en la lectura que hiciera la corriente norteamericana, como fue desarrollado en el apartado anterior; pero hay otros antecedentes sobre este tema. Puede situarse la consideración de las concepciones que han desarrollado los referentes principales en la historia del psicoanálisis, las reformulaciones que han realizado aquellos que han interpretado el pensamiento de Freud y que además se han dedicado particularmente a la clínica con niños.

Se ha nombrado a Melanie Klein, ella es pionera en psicoanálisis con niños y fundadora de otra de las corrientes principales en las que el *freudismo* se divide: el *kleinismo*, como lo afirma Roudinesco (2005); y según Laplanche (1986), uno de los tres grandes dogmatismos que ha heredado el Psicoanálisis: el *kleinianismo*. Klein, a partir de su clínica con niños, sostiene - a diferencia de Freud - la existencia de un *yo* en el lactante desde el nacimiento, sometido a pulsiones agresivas y destructoras. Dos citas resumen ejemplarmente esta concepción:

(...) he sostenido durante muchos años el punto de vista que expresé en mi libro “El Psicoanálisis de niños” (1932) de que el yo funciona desde un comienzo y que entre sus primeras actividades está la de la

defensa contra la angustia y la utilización de los procesos de introyección y proyección. También dije que la capacidad inicial del yo para tolerar la angustia depende de su fortaleza innata, es decir, de factores constitucionales (Klein, 2009, p. 66).

A medida que el yo va evolucionando, se establece una verdadera relación con la realidad. (...) por consiguiente, el desarrollo del yo y la relación con la realidad dependerá del grado de capacidad del yo, en una etapa muy temprana para tolerar la presión de las primeras situaciones de angustia, y también aquí es cuestión de cierto equilibrio óptimo entre los factores en juego. (...) Estas consideraciones se ven confirmadas en un caso en que existía una desusada inhibición en el desarrollo del yo, el caso de un niño de cuatro años (Klein, 2008, p. 226).

El caso del niño que refiere la cita es el caso Dick que será a su vez retomado por Lacan en sus primeros seminarios, pero para ejemplificar su propia posición respecto del lazo entre lo simbólico y lo imaginario en la configuración de la realidad.

Otra línea teórica es la que considera al yo, no como una diferenciación funcional, tal como quedó señalado en la Ego Psychology, ni tampoco como innato, como desde el pensamiento de Klein, sino como resultado de una *historia* de identificaciones. Desde esta perspectiva, las identificaciones definen una identidad a partir de la cual podrá el *infans* afirmarse como yo. Lacan profundiza esta concepción. Si bien no se ocupó de trabajar con niños, no dejó de interesarse por quienes lo hacían y contribuir con sus aportes a la teoría del yo brindando elementos para entender su constitución. Para este autor el yo se forja como envoltura ortopédica en función del desamparo infantil. El yo no es el sujeto sino el lugar de las identificaciones imaginarias. Enfatiza su función de desconocimiento. El yo nunca será otra cosa que la cristalización de la historia de las posiciones que determinaron en el sujeto su sujeción al deseo de los otros. Desde el célebre *estadio del espejo*, el individuo es capturado por una cadena causal de la que será un efecto. La asunción jubilosa de la imagen en el espejo da cuenta de la naturaleza imaginaria del yo. El yo se constituye en forma alienada, como efecto de un desconocimiento de sí a través del reconocimiento del otro; al reconocer su imagen en el espejo el niño se identifica con ella. De este modo Lacan desentraña los textos freudianos - esa brecha aludida en relación al narcisismo- encontrando una vía para su lectura: la vía imaginaria. Con su “Tópica de lo imaginario” (1953-1954) Lacan se propone mostrar

cuál es el lugar de lo imaginario en la interrelación de los otros dos registros, el *simbólico* y el *real*. En una introducción a sus primeros artículos de los “Escritos”, titulada *De nuestros antecedentes*, escrita en 1966, Lacan dice que su teoría del *yo*, se fundamenta en dos elementos de la teorización freudiana del *yo*; la imagen del propio cuerpo y la teoría de las identificaciones.

Por otro lado, debe recordarse que su concepción de *yo* fue enriqueciéndose a lo largo de su obra, y en función de la construcción de su concepto de *objeto a*. Dos definiciones distantes en el tiempo - 1946 y 1967- lo corroboran:

Y no concebimos al *yo* de otra manera que como un sistema central de esas formaciones, (identificaciones en relación a la imago) sistema al que hay que comprender, de la misma forma que a ellas en su estructura imaginaria y en su valor libidinal (Lacan, 2008, p 175).

Así funciona el *i(a)* con el cual se imaginan el *yo* y su narcisismo, haciendo de casulla para ese objeto *a* que constituye la miseria del sujeto. Esto porque el (*a*), causa del deseo, por estar a merced del Otro, angustia pues ocasionalmente, se viste contrafóticamente con la autonomía del *yo*, como lo hace el cangrejo con cualquier caparazón (Lacan, 2012, p 281)

Esta línea de lectura resulta de interés en tanto este imaginario en el sujeto debe incluir al *a*, *la falta*.

Aulagnier, P. (1991) se reconoce deudora de la teoría de Lacan pero es quien a su vez realiza aquello que Laplanche define como un verdadero *trabajo de filiación*, en el sentido que “logra el desasimiento del progenitor pero continuando su obra” (citado en Hornstein, 1991, p. 20). Ella trabaja sobre las relaciones entre el *sujeto* y el *yo*, ya que reconoce que no se puede plantear el sujeto sin esa instancia fundada sobre el lenguaje y el pensamiento que es el *yo*. Al conceptualizar al *yo* como una instancia constituida por el discurso, enuncia las condiciones necesarias para que el espacio hablante en el que nace el sujeto, ofrezca al *Yo* un *hábitat* acorde a sus exigencias. De este modo considera el espacio al que el *yo* puede advenir. Describe así: El Portavoz, característica del discurso materno; La relación de ambigüedad de la madre con el saber-poder pensar del niño; El redoblamiento de la violencia, que impone el lenguaje fundamental; Lo que del discurso parental retorna sobre la escena psíquica del niño para constituir los primeros rudimentos del *yo*; El deseo del padre del niño por ese niño.

Winnicott (2011) desde su clínica con niños, formaliza conceptos tales como: Sí-mismo; Falso sí-mismo; Papel del espejo de la madre y la familia. Afirma que en las

primeras etapas del desarrollo emocional del niño, desempeña el ambiente un papel vital y que poco a poco se produce la separación del no-yo y el yo. Admite que el trabajo de Lacan sobre el estadio del espejo, influyó sobre este pensamiento, pero que Lacan no lo plantea en términos de rostro de la madre como él lo hace.

El bebé cuando ve el rostro de la madre, se ve a sí mismo (...) La madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él. Pero a veces la madre puede reflejar su propio estado de ánimo. (...) El niño crecerá con desconcierto en lo que respecta a los espejos y a lo que éstos pueden ofrecer (p. 148-149).

Por su parte Bleichmar (2002) sostiene que el yo no se constituye en el vacío sino sobre la base de ligazones. Ellas consisten en investiduras colaterales que son las que promueven las maniobras amorosas que acompañan a los cuidados primarios con los que la madre efracciona en el viviente las zonas erógenas, oral, anal, etc. Plantea que el yo no está, en los comienzos de la vida, en el incipiente sujeto, sino en el semejante humano yo *auxiliar materno*. Y que para que estos sistemas de representaciones yoico-narcisistas del auxiliar materno operen, generando condiciones de ligazón en el niño, deben estar en pleno funcionamiento en el momento de la crianza. Dirá que es necesario que este semejante no sólo sea un sujeto hablante sino que además pueda brindar representaciones totalizantes, narcisistas. Por eso para que el yo se constituya es necesario diferenciar el inconsciente materno, del narcisismo materno.

La importancia de las identificaciones para la constitución del yo, invita a considerar el desarrollo de Bruner (2016) respecto de las identificaciones primordiales. Trabaja sobre el surgimiento de los primeros trazos identificatorios. Desde su clínica con bebés y niños, ha realizado investigaciones acerca de las condiciones de posibilidad de la estructura, su operatoria y el abordaje clínico que propicia la *encarnadura significativa* en un niño. Hace hincapié en la función del juego para la formación de las identificaciones primordiales. Añade a los juegos considerados constituyentes, una serie de juegos que denomina Juegos Unarios. Realiza un aporte muy significativo para el campo de las identificaciones primordiales y las intervenciones tempranas. Es de interés para esta investigación pensar si entre los factores que intervienen en el nacimiento del yo, el juego tiene algún papel.

Marrone (2012) también hace un desarrollo del lugar del juego dentro del psicoanálisis como una “deuda del psicoanálisis”. Se considerará la relevancia de su

aporte, como así también la de Jerusalinsky (1988) quién desde sus investigaciones sobre el autismo realiza consideraciones acerca de los juegos en tanto constituyentes.

Baraldi (2005) en sus desarrollos releva la importancia de los procesos que se ponen en juego del lado del niño, el escenario protagónico de su búsqueda. Reconoce la necesidad de un cambio en la posición del niño desde el lugar en que queda situado a partir de la primera experiencia de satisfacción. Experiencia que retoma de los cimientos del edificio teórico de Freud para formular no sólo las operaciones necesarias y relativas a lo que se denomina *asistencia ajena, auxilio del Otro*, sino para preponderar lo que le compete al niño. A partir de lo que Otro ofrece, el pequeño deberá independizarse, adueñarse de lo que el Otro inscribió (tensión-distensión) para ser ahora él quien enuncie fort-da (S1 S2). Así lo expresa y explica:

El yo incipiente, siempre flotando entre la realidad interior y exterior deberá realizar una operación lógica, que ubicamos en el estadio que conocemos como el “del espejo” para poder abandonar el cuerpo del Otro creando una espacialidad que lo ubique como distinto de su madre (p. 48-49).

Llegado a este punto del recorrido por los antecedentes teóricos en busca de herramientas conceptuales que existen sobre el tema, se arma y se agrega un nuevo interés. Teniendo en cuenta los desarrollos de Bruner (2016) sobre el trabajo del juego en la formación de las identificaciones primordiales, podría considerarse la participación del mismo en la formación específica del *yo*. El interrogante es entonces: ¿Qué lazo puede tener el juego con el proceso de la identificación para la constitución del *yo*? ¿Es el juego, escenario, vía que facilite, o contribuya al nacimiento del *yo*?

2.2 Acerca del concepto de Sujeto.

Que el Sujeto se constituye en el campo del Otro, es el ABC de la propuesta lacaniana. Es sabido que el ser humano, por su prematuración embriológica, termina de madurar su corteza cerebral fuera del útero cuando los primates más cercanos nacen con aptitudes corticales mayores. Desde Freud y por su conceptualización de la *primera vivencia de satisfacción*, en los primeros tiempos de su teorización, se estima que el Inconsciente existe a causa de esa prematuración, de esa indefensión original del ser humano. Las ideas de Asistencia ajena, Acción específica, Fuente primordial de todas las motivaciones morales, que aparecen en el texto donde realiza estos planteos, el “Proyecto de una Psicología para neurólogos” (1895) remiten a ella. La lectura que realiza Lacan de

Freud sitúa, que en el hombre esta falta de ser, será sustituida por la palabra del Otro y su resto.

Otro, es el término del álgebra de Lacan que alude entre otras cosas, a la existencia del Inconsciente. Ese Otro del que se trata en su concepción, puede advertirse en la carta 52 de Freud a Fliess. Allí escribe: “Los accesos de vértigo y de llanto, están dirigidos a ese otro, pero sobre todo a ese otro prehistórico e inolvidable que nunca pudo llegar a ser igualado” (Freud, 1981, p. 3555). En Lacan, ese Otro representa la alteridad radical, que no refiere a alguien, más bien a una alteridad no personal y tampoco refiere un lugar espacial, a pesar de que alguien pueda encarnarlo. Primordialmente será la madre, en la madre como función, el sujeto se encuentra con el significante. El Otro está en relación al lenguaje, es el lugar del *tesoro de los significantes*, dirá en algunos lugares. Esta referencia acerca del sujeto y el campo del Otro sostiene que el ser hablante se constituye en un proceso lógico y por la encarnadura del significante: “nada soporta la idea tradicional filosófica de un sujeto, sino la existencia del significante y sus efectos” (Lacan, 1961, clase 15/11).

En los “Cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”, Lacan (1987) interrogando la estructuración subjetiva, aísla dos operaciones lógicas inherentes a la relación del sujeto con el mundo de los significantes: *la alienación* y *la separación*. Operaciones que definen dos modos de relación del sujeto al Gran Otro, lugar de la palabra. Se trata de dos procesos circulares en tanto el primero va del *infans* -sujeto- hacia el Otro y el segundo pondría en juego lo que vuelve del Otro a partir de lo que aquél ha visto aparecer allí. Pero esta circularidad no implica reciprocidad, ni complementariedad entre el Sujeto y el Otro. La alienación supone un momento pre-subjetivo de encuentro con la estructura significante que se pone en juego en el lugar del Otro Primordial, desde donde el sujeto recibirá sus marcas identificatorias. La separación, ese retorno al sujeto de lo que vuelve del Otro, implica ya una instancia de subjetivación de aquello que lo habría marcado como corte. Sostiene lo que él denomina *división del sujeto*.

Es importante aclarar que si bien el Sujeto para Lacan es efecto de lo Simbólico, del Otro del lenguaje, también lo es de lo Real y de lo Imaginario. Por lo que el sujeto formalizado desde su perspectiva queda apartado de las aspiraciones de la conciencia y sin reducirse a ser sujeto del inconsciente. Por su parte Flesler (2016) recuerda que el

sujeto alcanza su existencia en el intervalo de los significantes, en la estructura RSI⁶: Real, Simbólico e Imaginario enlazados como nudo borromeo.

Se sintetiza este punto con la siguiente cita:

Los registros son modos de inscripción. Lo que se inscribe por la vía del lenguaje lo denominamos registro simbólico. A lo que alista por el canal óptico, lo nombramos registro imaginario. En los humanos es la marca del significante lo que encauza lo imaginario. El registro de lo real es un registro muy complicado, muy difícil de representar ya que es aquello que no cesa de no inscribirse (...) Se monta así la estructura del nudo borromeo cuya condición es que no haya interpenetración de un anillo en otro; dos nudos apilados y el tercero que se teje del siguiente modo: por arriba del de arriba y por abajo del de abajo. Si uno de esos nudos se corta, se desanudarán los restantes (Baraldi, 2005, p. 104).

No se trata entonces sólo de sujeto del lenguaje -cuerda de lo Simbólico-, ni sujeto sólo de los goces -cuerda de lo Real-, ni sujeto de la representación -cuerda de lo Imaginario-, sino los tres anudados. Agrega Flesler (2016) que se trata de ese sujeto que “en el anudamiento de los tres, emplazado y circunscripto por sus bordes, halla el objeto a, cuya eficacia y función recae en cada uno de los registros” (p. 29).

Respecto de la concepción del *armado*, de la constitución psíquica temprana, se toman las ideas y categorías de dos autores. Refiriéndose a la constitución psíquica desde los albores de su armado, Baraldi (2005) señala:

En ella no sólo intervienen los acontecimientos de la actualidad sino los hilos prehistóricos que tejiendo la trama simbólica albergarán al infante. Son ellos los que darán significación a los sucesos (p. 9).

Destaca el lugar que se le otorga a los acontecimientos de la actualidad como así también a los hilos prehistóricos como trama para albergar al infante y posibilitar el armado del psiquismo.

Por su parte, en relación al surgimiento del sujeto y los trabajos necesarios, Jerusalinsky (1988) afirma:

El surgimiento del sujeto de deseo, hablante, sexual, sujeto del inconsciente, sujeto histórico, depende de la simbolización del cuerpo en los primeros tiempos de la vida y de cómo se sortean los límites a dicho trabajo de

⁶ RSI refiere a los registros: Imaginario, Simbólico y Real

simbolización, por el Otro y por el niño. Ya sean límites biológicos que impermeabilicen la entrada en el lenguaje o límites del significante en hacer su trabajo, límites en ese Otro primordial para responder al desamparo del cachorrito humano recién llegado a este mundo (...) (p. 52).

La trama simbólica es lo que insiste en estas referencias. La trama simbólica necesaria para la constitución psíquica temprana dependerá de ese Otro primordial, pero también de los acontecimientos de la actualidad que pueden funcionar en ciertos casos como límite al trabajo de simbolización. Es importante destacar que ese trabajo, esos trabajos de simbolización implican al Otro y al niño. Esta cuestión se retomará más adelante, en el capítulo 5.

La conceptualización de *sujeto constituido en el campo del Otro* da marco y sostiene el tema propio de esta investigación, en tanto que: “El Otro es pues el lugar donde se constituye el yo (Lacan, 2008 , p. 406). “(...) el vínculo inaugural entre la relación con el Otro y el advenimiento de la función de la imagen especular” (Lacan, 2011, p. 42).

2.3 Sujeto y yo no son equivalentes.

Dentro de este marco es fundamental la distinción entre Sujeto y yo. El orden instaurado por Freud prueba que *sujeto* y *yo* no son equivalentes. Comienza a situarlo así Lacan tempranamente en su escrito “El Estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia analítica” (1936- 1949)⁷. Respecto de este texto, Marchilli (2012) señala que aunque aparece *je* en el título de este trabajo, de lo que se trata, es de lo que se conoce luego como *moi* en la teoría lacaniana. En francés el *yo* puede ser nombrado de dos maneras, como *je* o como *moi*, distinción inexistente en castellano. En esa época Lacan no había diferenciado aún *je* y *moi* como dos posibles articulaciones del *Ich* freudiano. Cuando lo haga será para separar al sujeto que habla (*je*), posición discursiva del sujeto; del yo (*moi*) como instancia narcisista, como construcción imaginaria. Destaca que esta diferencia permitió una solución al pretendido “reforzamiento” del *yo* en análisis. Lacan (1987) afirma que es otro error creer que el problema del psicoanálisis consistiría en enderezar no se sabe qué curvatura del yo, señala:

⁷ Lacan había preparado el trabajo para su ponencia en Marienbad (1936), que no pudo comunicar. El texto que con ese título, aparece en sus Escritos 1, es una comunicación presentada más adelante, ante el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis en 1949.

Esa resistencia⁸ se apoya en el hecho de que si bien es preciso que conozcamos algo de la realidad para subsistir en ella, y que es una evidencia práctica que la experiencia acumulada en el yo, nos proporciona los puntos de referencia que muestran ser allí los más seguros. Se olvida solamente, y ¿no debemos extrañarnos que sean psicoanalistas los que lo olvidan? que ese argumento fracasa cuando se trata... de los efectos del Inconsciente. Ahora bien, esos efectos extienden su imperio sobre el propio yo: incluso es para afirmar esto expresamente para lo que Freud introduce su teoría de las relaciones del Yo con el Ello. (...) Es porque y en cuanto que el yo viene a servir en el lugar que ha quedado vacío para el sujeto (...) (Lacan, 1987, p. 648).

Queda demarcado claramente que *Sujeto* y *yo* no son equivalentes aunque, o justamente, estén articulados y uno extienda su imperio sobre el otro. Sobre su teoría del yo Lacan (1987) afirma que la misma, se fundamenta en dos elementos de la teorización freudiana del yo; la imagen del propio cuerpo y la teoría de las identificaciones. Sugiere la lectura atenta del texto de Freud “El yo y el Ello”, donde se señala la estrecha relación con la superficie del cuerpo y la sucesión de identificaciones que permiten la formación del yo. “Debe tener una relación muy estrecha con la superficie del cuerpo. No se trata de una superficie sensible, sensorial, impresionada, sino de esa superficie en tanto está reflejada en una forma” (Lacan, 2015, p. 253). “Freud escribe que el yo está formado por la sucesión de identificaciones con los objetos amados que le permitieron adquirir su forma” (p. 255).

Si bien, como se señaló anteriormente, lo destacado de esta teoría del yo en Lacan, ha sido la función de desconocimiento, no es allí donde se hace foco a los fines de esta investigación. Más bien en la báscula que lo sitúa también como aquello que proporciona los puntos de referencia necesarios para subsistir en la realidad, considerándose la doble función del yo que plantea. Se recuerdan las referencias de Lacan en distintos momentos de su enseñanza:

- En el seminario 1, al retomar el esquema óptico de su tópica de lo imaginario:

Es preciso diferenciar las funciones del yo - por una parte desempeña para el hombre, un papel fundamental en la estructuración de la realidad – por otra, debe pasar en el hombre por esa alienación fundamental que

⁸ La resistencia que hubo en psicoanálisis sobre la función de desconocimiento del yo

constituye la imagen reflejada de sí mismo que es el Ur-Ich (Lacan, 2015, p.193).

- En el seminario “Las formaciones del inconsciente”, al hacer referencia a lo que él llama Urbil, una imagen que desempeña un papel decisivo en la cristalización del sujeto, menciona:

El niño conquista el punto de apoyo de lo que está en límite de la realidad, que para él se presenta de forma perceptiva pero que por otra parte se puede llamar una imagen en el sentido que la imagen tiene la propiedad de ser una señal cautivante que se aísla en la realidad, que atrae y captura cierta libido del sujeto, cierto instinto, gracias a lo cual algunos puntos de referencia, puntos psicoanalíticos en el mundo, le permiten al ser vivo casi organizar sus comportamientos (Lacan 1999, p. 233).

Es preciso entonces que algo de la realidad sea conquistada para subsistir en ella, algo debe permitir tener puntos de referencia. Queda referido que el *yo*, en una de sus funciones, parece tener que ver con ello.

2.4 Recorte del concepto de Yo.

Dentro de la complejidad y amplitud de este concepto de *yo*, el interés de este trabajo recorta este aspecto, lo que proporciona los puntos de referencia que le permiten al sujeto estructurar la realidad y organizar sus comportamientos. En este sentido, la mira apunta específicamente, nada más -y nada menos- que a estudiar aquello que da lugar a que un niño pueda decir *yo* para referirse a sí mismo. Si se considera la distinción que Lacan propone para la estructura de la cadena significativa, esto es la distinción entre una *cadena del enunciado* y una *cadena de enunciación*, queda claro que se trata del *yo* que se sitúa en el enunciado. Lacan, desde su lectura sobre los aportes de la lingüística, plantea que a partir del momento en que se ha realizado el llamado al Otro, la enunciación se superpone, se distingue de la fórmula del enunciado. Algunas referencias dan cuenta de esta distinción:

(...) una cadena de la enunciación que marca el lugar donde el sujeto está implícito en el puro discurso (...) y una cadena del enunciado en cuanto que el sujeto está designado en ella por los shifters (o sea Yo [je]). Este yo del discurso no es sino el sujeto del enunciado (Lacan, 1987, p. 643).

(...) El yo articulado en el discurso en tanto se pronuncia en el discurso, eso que los lingüistas llaman shifter (Lacan, Libro 6, p. 33).

(...) La distinción del yo en tanto que sujeto del enunciado y el yo en tanto que sujeto de la enunciación (Lacan, libro 6, p. 85).

Sobre esta diferenciación Marchilli (2012) sitúa que:

(...) ubicamos a la enunciación como el lugar desde donde se enuncia, mientras que el enunciado es donde el yo narcisista se propone autor de lo que dice. La enunciación es el discurso del Otro, mientras que el enunciado es el discurso ilusoriamente para el Otro, a quien aparentemente le está dirigido (p. 77).

Este *yo narcisista* que se propone autor de lo que dice es el aspecto del yo que comanda esta investigación, el que aparece en el enunciado, allí donde el niño puede asumirse como sujeto de su propio enunciado diciendo la palabra *yo* para referirse a sí mismo.

Situado este recorte, cabe ahora la interrogación: ¿Qué significa decir yo? ¿Cómo aprende el hombre a decir yo? Si bien es una pregunta que se formula Lacan en el seminario 1 (1953-1954), este trabajo la apropia al coincidir con la inquietud planteada. El autor aclara que esta es una pregunta que va más allá de la psicología, lo que queda demostrado por los desarrollos y argumentos que va situando para responderla. Ellos apuntan necesariamente a la intervención del Otro y a la imagen del cuerpo. Siguiendo el hilo de la argumentación, señala:

El yo es un término verbal cuyo empleo es aprendido en una cierta referencia al otro, referencia que es una referencia hablada. El yo nace en referencia al Tú. (...) hay una primera torpeza del niño con los pronombres personales. El niño repite la frase que se le ha dicho con el tú, en lugar de hacer la inversión y emplear yo. Se trata de una vacilación en la aprehensión del lenguaje. Sin embargo esto basta para darse cuenta que el yo se constituye en primer lugar en una experiencia de lenguaje, en referencia al tú y que lo hace en una relación donde el otro manifiesta...¿qué? Órdenes, deseos que él debe reconocer; órdenes y deseos de su padre, de su madre, sus maestros o bien sus pares y camaradas (Lacan, 2015, p. 247- 248).

El yo es un término verbal, es una experiencia de lenguaje en referencia al tú, en una relación donde el otro manifiesta órdenes y deseos que el niño debe reconocer. Destaca inmediatamente que el niño al principio no tiene posibilidad de reconocer sus deseos. Nada sabe de ellos, e insiste en que nada sabe de ellos. Señala entonces que este

desconocimiento implicado detrás de la función del yo - que es esencialmente función de conocimiento - hay que considerarlo en la función que cumple en el hombre la imagen de su propio cuerpo. Ésta es lo que correspondería en el hombre a ese conocimiento innato, que conforma una guía para la vida en el animal. El otro y la imagen del cuerpo se convierten en elementos fundamentales para pensar al yo; por lo tanto ésta se considera una herramienta conceptual que permite su abordaje en el estadio del espejo. Por lo tanto se toma como punto el conocido estadio del espejo y la idea de yo que Lacan comienza a proponer en él.

Este estadio del espejo, dice Lacan (2015), no es simplemente un momento en el desarrollo, sino que cumple una función ejemplar porque nos revela algunas de las relaciones del sujeto con su imagen en tanto *Urbild* del yo (arquetipo). La imagen del cuerpo interviene en la formación del yo. Considera que es la imagen del cuerpo la que ofrece al sujeto la primera forma que le permite ubicar *lo que es y lo que no es del yo*. El dominio propio del yo primitivo, *Ur-Ich* se constituye por *clivaje*⁹ por distinción respecto del mundo exterior: lo que está incluido en el exterior se distingue de lo que se ha rechazado mediante los procesos de exclusión, *Aufstossung* y *de proyección*. Señala que el *estadio del espejo* permite al sujeto tomar conciencia de su cuerpo como totalidad. Antes del estadio del espejo, antes del nacimiento del yo y su surgimiento, se puede suponer todos los ellos, objetos, instintos; se puede suponer la realidad pura y simple, que no se delimita, que no es ni buena ni mala, sino a la vez caótica y absoluta, originaria.

Freud se refiere a este nivel en *Die Verneinung*, cuando habla de los juicios de existencia: o bien es o bien no es. Aquí es donde la imagen del cuerpo ofrece al sujeto la primera forma que le permite ubicar lo que es y lo que no es del yo (Lacan, 2015, p.128).

¿En qué consiste el *estadio del espejo*? Su formulación comienza muy tempranamente en Lacan y a lo largo de su obra va enriqueciéndose con nuevos aportes. En un artículo muy temprano, que aparece publicado en 1938 y se titula “La familia”, lo sitúa como el momento genético de una identificación y señala su origen así:

El estadio corresponde a la declinación del destete, es decir, al término de los seis meses, momento en el que el predominio psíquico del malestar, originado en el retraso del crecimiento psíquico, traduce lo prematuro del nacimiento que como ya hemos dicho, constituye la base específica del

⁹ Del verbo *partir* en el sentido natural de sus capas, un diamante, una roca.

destete en el hombre. Ahora bien, el reconocimiento por parte del sujeto de su imagen en el espejo es un fenómeno doblemente significativo para el análisis de este estadio. (...) revela las tendencias que constituyen la realidad del sujeto. La imagen especular otorga un buen símbolo de ella. (...) La discordancia en este estadio del hombre, tanto de las pulsiones como de las funciones, es sólo consecuencia de la incoordinación prolongada de los aparatos. Ello determina un estadio constituido afectiva y mentalmente sobre la base de la propioceptividad que entrega el cuerpo como despedazado; por un lado, el interés psíquico desplaza a tendencias que buscan una cierta recomposición del propio cuerpo, por el otro, la realidad sometida inicialmente a un despedazamiento perceptivo - cuyo caos afecta incluso sus categorías “espacio” por ejemplo tan disparatadas como las estáticas sucesivas del niño – se organiza reflejando las formas del cuerpo que constituyen en cierto modo el modelo de todos los objetos (Lacan, 2010, p. 52 y 54).

Lacan plantea que al término de los seis meses del desarrollo, hay predominio de un malestar, que tiene origen en el retraso en el crecimiento psíquico, malestar que traduce la prematuración del hombre. Es un momento caracterizado por la discordancia, la incoordinación, ya que la propioceptividad entrega al cuerpo como despedazado. De allí que el reconocimiento del niño de su imagen en el espejo será algo altamente significativo, que viene a organizar la realidad hasta entonces sometida al despedazamiento perceptivo. El estadio del espejo permite al sujeto tomar conciencia de su cuerpo como totalidad. La sola visión de la forma total del cuerpo humano, brinda al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto del dominio real.

En otro texto señala que el comportamiento que tiene el niño ante su imagen en el espejo desde los seis meses de edad, es asombrosamente distinto del chimpancé y se caracteriza por:

(...) la asunción triunfante de la imagen con la mímica jubilosa que la acompaña y la complacencia lúdica en el control de la identificación especular, después del señalamiento experimental más breve de la inexistencia de la imagen detrás del espejo, es un hecho de la captación identificatoria por la imago que él procuraba aislar (Lacan, 2008, p. 182).

Es un hecho observable que a partir del sexto mes el niño al ver su imagen, se interesa. Pero además, plantea Lacan, expuesto a su imagen en un espejo, a la pregnancia

de esa imagen, experimenta tensión entre la imagen que se le presenta y su insuficiencia. Insuficiencia por no poder reconocerse unido a partir de las sensaciones propioceptivas, la impotencia motora, lo que aparecía dicho como *discordancia, sensación de cuerpo despedazado*, en la cita anterior. Esta tensión es vivida como amenaza de fragmentación por el poder de fascinación que tiene la imagen. Así, la indefensión vuelca al niño a una anticipación, como si dijera: *antes de estar fragmentado, me precipito a transformarme en esa imagen*. Lacan en la época que planteó este concepto, definía la identificación como la transformación que se produce en un sujeto cuando asume una imagen. En relación a este punto, Kuri (2010) aporta:

En el seminario 1 quedaba la impresión, aunque no sea efectivamente así (recuerden el espejo plano como Otro Simbólico y que Lacan indique que el nombre determina la posición de la imagen del cuerpo), de que la identificación se resuelve en la tópica de lo imaginario. Los efectos de lo simbólico sobre la identificación quedaron eclipsados por la potencia y rigurosidad que tuvo una teoría fundamental de lo imaginario como tópica, amarrando al Yo, al Yo ideal al Ideal del yo. Provocando un eclipse en la función determinante de lo que es el significante. El seminario la identificación, parece venir ocho años después a corregir este efecto y vuelve a los problemas del seminario 1 con otro acento y volumen del significante sobre la imagen del cuerpo, sobre la pregunta por el yo y sobre la enumeración de las tres identificaciones (p. 17).

Retomando la *precipitación* referida en la experiencia del espejo, cabe destacar que ella no se da naturalmente, como nada se da naturalmente en el ser humano, ya que también es un hecho observable que no todos los niños experimentan ese mencionado interés frente a su imagen, esa *asunción triunfante de la imagen con júbilo y complacencia lúdica*. El caso Nadia muestra un claro ejemplo. Por tanto se puede inferir que para que dicha precipitación del yo sea posible, es necesario que algo ocurra. ¿De qué puede tratarse? En el texto “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia analítica”, aparece una pista, en tanto refiere que el *yo se precipita en una matriz simbólica*:

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrechito en ese estadio infans, nos parecerá por tanto que

manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo se precipita en forma primordial (Lacan, 2008, p. 100).

Matriz simbólica, categoría que será abordada en el cap. 4

La pregunta ¿cómo aprende el hombre a decir yo? propició la consideración de la intervención del Otro, de la imagen del cuerpo, el estadio del espejo. Se retoma entonces el interrogante sobre el yo para refinarlo en estos términos ¿Cómo llega a construirse este yo que ha sido desagregado? ¿Qué recorridos son necesarios para que un niño, entre los 6 y 18 meses, frente a un espejo, tenga la experiencia jubilosa de asumir su imagen especular? ¿Qué es necesario para que esa imagen con la que se encuentra al mirarse, sea totalizante y le permita captar como unidad aquello que por su prematuración es vivido por él en forma atomizada? Más aún, ¿esta experiencia será suficiente para que el niño pueda utilizar el término yo para referirse a sí mismo, para que se sitúe como sujeto del enunciado? Interrogantes que van circunscribiéndose en el transcurso de esta investigación.

Capítulo 3: Un “hábitat” para el yo

Aulagnier (2007) trabaja las *condiciones necesarias* para que el yo pueda advenir. En su libro “La violencia de la interpretación” titula el cap 4: *El espacio al que el yo puede advenir*. Afirma que todo sujeto nace en *un espacio hablante* y antes de abordar la estructura del yo, se pregunta y analiza las condiciones necesarias para que ese espacio hablante en el que nace el sujeto, ofrezca al yo un *hábitat* conforme a sus exigencias. Esta propuesta promueve de entrada las siguientes interrogaciones: ¿A qué llama hábitat? ¿Qué es un hábitat conforme a las exigencias del yo? ¿De qué yo se trata? ¿Cuáles son las exigencias del yo?

La propuesta de un *hábitat* para pensar el advenimiento del yo resulta interesante a nuestros fines ya que el término hábitat reenvía a la consideración de lo que tiene que ver con un lugar, un territorio, un espacio donde alojarse, vivir, ser. Por lo tanto el yo no nace, no adviene en cualquier lugar ni sin la intervención de ciertos factores. Trabajaré la autora sobre *la organización del espacio al que el yo puede advenir*. Se acompaña su desarrollo en busca de elementos para pensar el tema de investigación propio de esta tesis: el nacimiento del yo y los recorridos psíquicos que lo posibilitan. No sin antes situar algunas coordenadas que son consideradas fundamentales respecto de su pensamiento.

3.1 Consideraciones previas.

Aulagnier a diferencia de otros analistas franceses, se interroga acerca del problema del yo y de la *realidad*. Le otorga importancia a la *relación* entre el yo y la *realidad*. En

un diálogo que sostuvo con Hornstein y que fue publicado en el diario *La Razón* de Buenos Aires, en 1987, señala que hay una relación a la que el analista está siempre enfrentado, *la relación realidad psíquica - realidad* y sostiene que no puede estudiarse esa relación sin tener en cuenta la realidad. Sostiene que desconocer el vínculo que el sujeto tiene con la realidad es tan absurdo como estudiar la relación lactante- madre dejando de lado a la madre como representante de la realidad. Advierte a los analistas la importancia de no desconocer el vínculo con la realidad, sobre todo cuando se trata de considerar los tiempos tempranos y constitutivos del sujeto y del *yo*.

Por otra parte -como se ha señalado anteriormente -la autora se reconoce deudora de la obra de Lacan y vincula al *yo* como instancia, directamente con el lenguaje. *El yo es una instancia constituida por el discurso*. Hay un punto de articulación entonces entre *yo-realidad y lenguaje*. Realidad y lenguaje aparecen como elementos fundamentales para pensar el advenimiento del *yo*.

También teoriza sobre las relaciones entre el *yo* y el *sujeto*. Destaca que no se puede plantear el sujeto sin esa instancia fundada sobre el lenguaje y el pensamiento que es el *yo*. Se desprende que *sujeto* y *yo* no son homogéneos, y que hay una estrecha relación constitutiva entre ellos. Amigo (2003) coincide al decir que “el *yo*, prenda esencial de la constitución subjetiva, es una instancia que se va forjando mientras acompaña la aparición del sujeto en el campo del Otro” (p. 24).

Uno se forja acompañando la aparición del otro; se trata de piezas separadas pero que por esa misma razón, podrán articularse. Aulagnier sostiene sus argumentos entonces desde la relación del *yo* con el sujeto, con el lenguaje y con la realidad.

3.2 Su concepción de yo.

Puntos fundamentales de la consideración de la autora respecto del *yo*:

- Define al *yo* como una Instancia fundada sobre el lenguaje, constituida por el discurso.
- No es autónomo como el de la *ego-psychology*
- El *yo* no se constituye como una mónada, sino en el espacio de la relación con el Otro.

Se origina en los primeros enunciados producidos por el discurso materno, y en ese sentido es fiel a Lacan, al lugar que da al *discurso* en el nacimiento de esa instancia que llama *yo*. Su diferencia con Lacan es que el *yo* no está condenado al desconocimiento ni es una instancia pasiva. Si bien sus primeros *identificados*, sus primeras identificaciones son provistos por el discurso materno, sostiene que el *yo* es también una instancia *identificante* y no es un producto pasivo del discurso del Otro. Que sea una instancia *identificante* es algo promovido también por el pensamiento de Freud (1926).

Nos recuerda la autora un pasaje del texto “Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis” (1926) que alude a que el *yo* no sólo tiene como meta la adaptación a la realidad sino, que también puede intervenir en el mundo exterior alterándolo y produciendo en él deliberadamente condiciones que posibiliten la satisfacción. Esta actividad es la que se convierte luego en la operación suprema del *yo*. Argumento que permite situar al *yo* como una instancia no pasiva, sino *identificante*.

Respecto de este aspecto *identificante*, se presenta una pregunta a los fines de esta investigación: ¿Qué es esperable que suceda, en *tanto recorrido*, para que esos primeros enunciados provistos por el Otro, esos primeros *identificados*, puedan constituirse como *identificantes*? ¿Remite a alguna operatoria por parte del psiquismo del niño? ¿Qué hace que un enunciado provisto por el Otro sea identificado e identifiante?

Su concepto de *yo anticipado* orienta. Éste se constituye por la apropiación de esos primeros enunciados identificantes construidos por la madre. El *yo anticipado* es un *yo* historizado que inscribe al niño desde el comienzo en un orden temporal y simbólico. Estos enunciados no pueden ser autocreados por la instancia a la que deben inicialmente dar nacimiento. Es requisito que estos enunciados confirmen el derecho a reconocerse en una imagen narcisizante y valorizada. El investimento narcisista del *yo* es imprescindible para su constitución. Primeras coordenadas que parten del Otro, del lugar del Otro y le corresponderá al niño apropiárselas. Podrá apropiárselas en la medida que permitan una imagen narcisizante y valorada.

Se retoman los puntos fundamentales que la autora considera para la constitución del Yo:

- El *yo* es un historiador o *Aprendíz de historiador* y su historización depende del proceso identificatorio.
- Habrá una relación entre aquellas *circunstancias reales* responsables de experiencias significativas en la historia de un sujeto y las *circunstancias fantasmáticas* que acompañan su representación, mediante la realidad psíquica y por ella. Entre ambas circunstancias se interponen las *circunstancias interpretadas* producto del *yo*. Estas serán una versión selectiva y censurada que no puede obviar el impacto de ciertos acontecimientos, pero que, como todo historiador, este *yo* querrá dilucidar las causas de las batallas ganadas y perdidas, de las alianzas y de las traiciones, etc. La *realidad* por tanto, como realidad histórica. La realidad histórica es el conjunto de esas experiencias que jalonan la primera infancia de todo sujeto ¿Qué experiencias? Experiencias afectivas,

somáticas, psíquicas que lo obligan a una reorganización de su psiquis, de sus reparos identificatorios. Esas experiencias vividas serán reprimidas.

Definitivamente en esta concepción de yo, no queda eludido el conflicto ni la escisión del sujeto que introdujo el psicoanálisis como punto insoslayable. Ha sido temor de muchos analistas que la conceptualización del yo diluyera la existencia del inconsciente y la escisión constitutiva - tal como sucedió con la conceptualización norteamericana que ya se ha señalado.

3.3 La actividad psíquica humana.

Situadas como coordenadas de su pensamiento la importancia del vínculo del yo con la realidad y con el lenguaje, y su concepción de yo, se destacan ahora algunos elementos de su consideración de la actividad psíquica temprana. Releva la existencia de dos espacios psíquicos, la interacción continua entre ellos y la comunicación con el espacio exterior que los rodea. Lo dice del siguiente modo:

La investigación psicoanalítica impone la necesidad de analizar sucesivamente lo que ocurre en dos espacios psíquicos en el momento del primer encuentro. Se descubre siempre la interacción continua que se produce en forma similar entre dos partenaires. Se pone de manifiesto la imposibilidad de concebir el espacio psíquico, de un modo que no sea el del lugar de comunicación, de osmosis continua con el espacio exterior que lo rodea (Aulagnier, 2007, p. 317).

¿Cómo concibe la Actividad psíquica humana? Lo humano se caracteriza por el hecho de confrontar desde el origen a la actividad psíquica con *otro lugar* que se presentará bajo la forma que le impone el discurso que lo habla; este discurso prueba así la acción que cumple la represión. El sujeto deberá encontrar su lugar en una realidad definida por enunciados, que si nos mantenemos fuera de la psicosis, respetan la barrera de la represión y ayudan a su consolidación.

3.4 Condiciones necesarias para que el espacio hablante en el que nace el sujeto ofrezca al yo un hábitat.

Dado que Aulagnier (2007) propone analizar las *condiciones necesarias* para que el espacio hablante en el que nace el sujeto le ofrezca al yo un *hábitat* conforme a sus exigencias, cabe el interrogante acerca de ¿qué es un hábitat? ¿qué es un hábitat conforme a las exigencias del yo? ¿qué hace que el espacio se pueda o no convertir en hábitat? Una rápida búsqueda del significado de la palabra hábitat indica que no sólo se refiere a un lugar sino también a aquello que, en ecología, se denomina como lugar cuyas condiciones

son adecuadas para la vida de un organismo, especie o comunidad, ya sea animal o vegetal. Si destacamos la idea de que hábitat refiere a *condiciones adecuadas para*, podría establecerse una equivalencia con la propuesta de esta autora sobre las condiciones necesarias para que el *yo* pueda advenir.

Su primera consideración afirma que:

El estado infantil determina que entre esta psiquis singular y el “ambiente psíquico” intervenga como eslabón intermedio un “microambiente” - el medio familiar o el que lo sustituye- que, en un primer momento será percibido y caracterizado por el niño como metonimia del todo. Este minúsculo fragmento del campo social se convierte para él en equivalente y reflejo de una totalidad, cuyos caracteres diferenciales descubrirá recién al cabo de una serie de elaboraciones sucesivas (Aulagnier, 2007, p. 112).

Cuestiones a despejar de tan complejo enunciado:

- La intervención de un *microambiente*, como *eslabón intermedio* entre la psiquis singular y el ambiente psíquico. *Microambiente* es definido como: el medio familiar o el que lo sustituye, como un minúsculo fragmento del campo social, equivalente o reflejo de una *totalidad* a diferenciar posteriormente.
- Para poder diferenciarlo, diferenciar eso que aparece en principio como metonimia del todo, es decir, para poder descubrir sus *caracteres diferenciales*, serán necesarias una serie de *elaboraciones*. ¿Recorridos? ¿Trabajos? ¿Cuáles? Este *microambiente*, este eslabón entre la psiquis y el ambiente psíquico, ejerce una acción sobre la psiquis del niño. Los dos organizadores de ese microambiente son el discurso y el deseo de la pareja paterna.

La autora considera importante definir las características de ese *microambiente*, definir cómo está organizado y sobre todo, qué acción ejerce sobre la psiquis del niño. Es desde allí que nombra una serie de factores que aluden a este *medio psíquico* privilegiado por la psiquis del infans y que marcarán su destino en forma sucesiva. El análisis de este medio psíquico refiere a los siguientes factores, que a continuación se presentan y luego se desarrollan:

- El portavoz y su acción represora, efecto y meta de la anticipación característica del discurso materno.
- La ambigüedad de la relación de la madre con el *saber-poder-pensar* del niño.
- El redoblamiento de la violencia, la serie de enunciados *performativos* que designarán a las vivencias y que, por ese sólo hecho, transformarán el afecto en sentimiento.

- Aquello que desde el discurso de la pareja, retorna sobre la escena psíquica del niño para constituir los primeros rudimentos del yo; estos objetos exteriores catectizados por la libido son los que a posteriori, dan nacimiento al yo, al designarlo como el que los codicia, los posee, los rechaza o los desea.
- El deseo del padre del niño, por ese niño.

Con respecto al primero de los factores, el portavoz y su acción represora, *Portavoz* es el término que utiliza la autora para definir la función del discurso de la madre en la estructuración de la psique. ¿Cuál es esa función del discurso de la madre en la estructuración de la psique y que se denomina aquí *portavoz*? ¿Por qué portavoz? Se trata de un discurso que en forma sucesiva, comenta, predice, *acuna* al conjunto de manifestaciones del infans desde su llegada al mundo y por el cual es llevado a través de su voz. También, a su vez, es delegado o representante de un orden exterior cuyas leyes y exigencias ese discurso enuncia. Por ello se lo denomina portavoz y por eso es importante en la estructuración psíquica. La voz, en tanto objeto adquiere una gran función en la carga libidinal.

La voz materna es la que, en la primera fase de la vida, comunica dos espacios psíquicos. El niño no viviría si desde un primer momento, los dos principios del funcionamiento psíquico no actuasen en el ambiente que debe vivir para adecuarlo a las exigencias de la psique. Pero lo necesario de la presencia de un Otro, sin la cual el niño no viviría, no se reduce a la satisfacción de necesidades de las que el infans no puede ocuparse en forma autónoma, también están las necesidades de la psiquis. ¿Cuáles son estas necesidades de la psique? ¿Qué metaboliza el infans? Dirá la autora que lo que el infans metaboliza es un objeto que inicialmente habitó en la psique materna, es un fragmento del mundo según la interpretación que la represión le impone a la psique materna. La dinámica peculiar del trabajo de la psique consiste en; primero, la madre ofrece un material psíquico que es estructurante sólo por haber sido ya remodelado por su propia psiquis, es decir un material que respeta las exigencias de la represión. En segundo lugar, el infans recibe este alimento psíquico y lo reconstruye tal como era en su forma arcaica, para aquella que en su momento lo había recibido del Otro.

Se comprueba la oscilación entre la oferta de un ya-reprimido transformado en un todavía-no-reprimido, pero que a su vez sólo puede volver a convertirse en lo que la represión hará de él porque, de ese modo, reencontrará una forma que ya fue suya (Aulagnier, 2007, p. 116).

Es por ello que la psiquis materna tiene una *función de prótesis*. La función de prótesis de la psique materna, permite que la psique encuentre una realidad ya modelada por su actividad y que gracias a ello será representable. La realidad será humana por estar catectizada por la libido materna. Irrumpe en el espacio psíquico del infans un material marcado por el principio de realidad y por el discurso (como equivalentes). La psique del infans remodelará ese material. Sin embargo, no puede impedir que irrumpen en su propio espacio, *restos* que escapan a su poder y que forman los precursores necesarios para la actividad de lo secundario. “Retroactivamente, estos retoños del principio de realidad, serán los testigos de la presencia, de la alteridad y del discurso del representante del Otro” (Aulagnier, 2007, p.117).

Ese material originado en el discurso de la madre no es puro y exclusivo efecto de lo secundario, libre de todas las *huellas* de su propio pasado. Estas huellas son las que tendrán efecto en el niño, en tanto demandante. Por ello habrá que considerar qué significa ser madre para quien acepta la función. La autora describe un *Perfil de madre* que refiere a la conducta consciente, pero también considera que puede trazarse un perfil generalizable de las *motivaciones inconscientes* de la que designa como *madre normal*¹⁰.

En todos los casos el deseo inconsciente de la madre por el niño, mostrará la coexistencia de un deseo de muerte y de un sentimiento de culpa, la inevitable ambivalencia que suscita ese objeto que ocupa en esta escena el lugar de un objeto perdido (Aulagnier, 2007, p. 116).

Asimismo, todo objeto especialmente catectizado, a la vez suscita sentimientos de angustia por su posible pérdida y no se le perdonará que haga correr ese riesgo y por tanto deseo inconsciente de muerte como castigo, por el exceso de amor que suscita.

Respecto de la conducta consciente o manifiesta de la madre *normal*, puntúa Aulagnier, ésta debería -sin caer en un exagerado optimismo- reunir las siguientes características¹¹:

- Una represión exitosa de su propia sexualidad infantil.
- Un sentimiento de amor por el niño.

¹⁰ *Normal* sería aquella cuyas motivaciones inconscientes no ejercerían una acción en la eventual evolución psicótica del niño.

¹¹ En relación a las situaciones clínicas que se presentan en el capítulo 7 con excepción de lo que se señala de la madre de José, todas estas características del perfil de madre normal, aparecen claramente.

- Su acuerdo esencial con lo que el discurso cultural del medio al que pertenece dice acerca de la función materna. (Esta característica aparece notablemente perturbada en uno de los relatos clínicos que se presentan, el de José).

- La presencia junto a ella del padre del niño, por quién tiene sentimientos positivos.

La autora destaca otro punto dentro de la consideración de los factores que está planteando: *Violencia de la Anticipación, La sombra hablada. Violencia primaria* es un concepto de la autora y refiere a la violencia que ejerce un discurso que se anticipa a todo posible entendimiento, violencia que es necesaria para permitir el acceso del sujeto al orden de lo humano. Precediendo a su nacimiento, hay un discurso preexistente que le concierne al sujeto. Y será como una *sombra hablada y supuesta* por la madre hablante que se proyectará sobre el cuerpo del infans, tan pronto como él se encuentre presente. Ocupará el lugar de aquél al que se dirige el discurso del portavoz. Aquí comienzan, los elementos fundamentales para pensar las *exigencias estructurales del yo*. Lo que tiene que ver con problemática identificatoria, que en este marco teórico, se trata de la transmisión de sujeto a sujeto de algo reprimido. Advierte la autora que las desviaciones de este proceso son las que podrían explicar lo que distingue una psicosis de una no psicosis. Y aparece allí la función de una referencia tercera.

¿Qué es la sombra hablada? Es el discurso preexistente que le concierne al sujeto. En un primer momento el discurso materno se dirige a una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del infans; ella le demanda a este cuerpo cuidado, mimado, alimentado, que confirme su identidad con la sombra. Sin embargo, esta sombra hablada podrá encontrar un punto de ruptura respecto del primer anclaje entre ella y el cuerpo del niño: por ejemplo el sexo. La madre podrá hablar en femenino a un cuerpo provisto de pene o viceversa, pero no ignora que existe una antinomia entre el sexo de la sombra y el sexo del cuerpo. Hay allí una escisión del niño operada por la madre, que es provocada por la ambigüedad de la catexia de la madre en relación al cuerpo del niño, nunca el objeto-cuerpo será tan cercano, tan dependiente, hasta tal punto objeto de cuidados, de atenciones, de interés, mientras que, en realidad constituye un simple apoyo y soporte de la sombra que se impone como el amado o aquél a quien amar. Por eso, entre el objeto y la sombra persiste la posibilidad de la diferencia. El reconocimiento de esta posibilidad de diferencia determina lo que el *yo* vive como duda, sufrimiento, agresión e, inversamente como placer, alegría, certeza en los momentos en los que se asegura que hay concordancia presente entre la sombra y el objeto.

En los primeros momentos de la vida, al no disponer aún del uso de las palabras, no se puede contraponer lo que se proyecta sobre uno, así que la sombra se mantiene por cierto tiempo al resguardo de toda contradicción manifiesta por parte del infans. Sin embargo, la contradicción persiste y la puede manifestar el *cuerpo*. Todo aquello que en el cuerpo puede aparecer como falta, carencia, falta de sueño, de crecimiento, de movimiento, de fonación y falta de *saber pensar*. Toda falla en su funcionamiento y en el modelo que la madre privilegia puede ser recibida como cuestionamiento, rechazo, de su conformidad con la sombra. De este modo, la madre asigna a las funciones corporales un valor de mensaje. Veredicto de lo verdadero o de lo falso del discurso mediante el cual ella le habla al infans. Ese saber acerca del cuerpo es fundamental para la primera fase de esta relación, se lo observa en la inducción en el infans de la catexia narcisista de sus actividades funcionales, en el conflicto dependencia-autonomía latente ya en esta primera fase. Es el instrumento privilegiado de esta violencia primaria y demuestra lo que es inevitable, que la categoría de necesidad sea trasladada desde un primer momento, por la voz que le responde, al registro de la demanda libidinal y que ocupe un sitio en la dialéctica del deseo.¹²

La Represión y su transmisión también forman parte de estos elementos estructurantes del yo. Debe quedar ignorado el componente sexual inherente al amor por el hijo. La causa de lo que del contacto corporal genera placer, debe quedar ignorada. Respecto del contacto corporal, se acuna al niño, se lo higieniza, se lo alimenta, pero ello no impide que la caricia se dé por añadidura, que pueda ser el sexo tocado con placer, que el beso se pierda en la boca. La sombra, preserva a la madre del retorno de un anhelo que en su momento fue consciente y luego reprimido: tener un hijo del padre; tras él y precediéndolo, se encuentra un deseo más antiguo, tener un hijo de la madre. La sombra es lo que el yo pudo reelaborar, reinterpretar a partir del segundo anhelo reprimido, logrando así la preclusión del primero. El niño, paradójicamente da, en la escena real, testimonio de la victoria del yo sobre lo reprimido pero a su vez permanece cerca de ese objeto de deseo inconsciente.

El discurso de la sombra se sitúa en los anhelos. Se anhela para el niño un ser, un devenir, que sea sabio o se case con el príncipe azul, anhelos como futuros posibles; anhelos que representan aquello a lo que se ha tenido que renunciar, lo que se ha perdido

¹² En el Caso Nadia, desarrollado en el capítulo 6, la categoría de la necesidad, trasladada por la voz al registro de la demanda libidinal y del deseo, no se ha podido poner en juego y Lefort, su analista, podrá intervenir en ese sentido.

u olvidado haber anhelado, sueño de un recupero narcisístico. El niño está en la paradójica situación de ocupar el lugar más cercano al objeto de deseo inconsciente, a la par de que se le demanda que obstaculice su retorno. La sombra se convierte en una ilusión que le permite creer que hay una equivalencia entre la satisfacción del anhelo del yo y la satisfacción del deseo inconsciente. Lo que juega en beneficio de los propósitos del yo. El dar deseo, anhelar un hijo para el que acaba de nacer se torna elemento que contribuye a posibilitar un hábitat para el yo. “La madre ocupa el lugar de alguien que da deseo, don esencial para la estructuración psíquica” (Aulagnier, 2007, p. 317).

Hay una serie de transformaciones en la evolución psíquica que se debe a la conformidad con el orden de parentesco que se debe preservar de una cultura dada. Tres términos: Hijo-padre-madre.

Se anhela un hijo para el que acaba de nacer. La realización de este anhelo es diferida para un momento futuro. Y su función es demostrar que un primer anhelo “tener un hijo de la madre” que se transformará en el pasaje a la dialéctica edípica en “desear un hijo del padre”, quedó sin satisfacer y ha sido transmitido a otro agente. “Se anhela un hijo”, se transforma en un “se anhela para el hijo un deseo de hijo”. De este modo se le garantiza al hijo real su diferencia con un mítico “un hijo” – el que la madre no podía dar y el padre negó-, pero él hereda desde un primer momento un anhelo relacionado también con un hijo (Aulagnier, 2007, p. 125).

Lo que se transmite es la prohibición. El anhelo introduce *un hijo* como objeto de deseo, pero de este modo, la madre le asegura y proclama que el niño existente, su hijo, no es la realización del anhelo pasado. Al desearle un hijo, ella lo separa del hijo que ella había anhelado, le da la prueba de la no transgresión del incesto. Ella se designa como la que se negará a darlo y aquella a la que estará prohibido pedírselo. Así el niño hereda que él no es la prueba de la realización del que se ha esperado. Ese lugar debe permanecer vacante en la escena de lo real.

En síntesis, a través de la voz de la sombra hablada la madre se enuncia y enuncian al niño las prohibiciones. Ambos, el infans y la madre, se convierten el uno para el otro en agentes al servicio de la represión. Quedará demostrado en la evolución temporal de los enunciados que expresen las prohibiciones. Por ejemplo, que el bebé vea desnuda a la madre no está prohibido pero sí quedará prohibido cuando el niño descubra y diga que ello causa placer. Voz del niño que revelará lo perenne de un deseo reprimido. La sombra,

heredera de la historia edípica de la madre y su represión, induce por anticipación lo reprimido del niño. Esta primera etapa muestra la transmisión de una instancia represora que precede a lo que se deberá reprimir. Se transmite así de sujeto a sujeto una repetición de la prohibición, necesaria para constituir la barrera que reorganizará el espacio psíquico del niño.

La instancia represora se torna posibilitadora de un hábitat para la exigencia del yo. (...) hay algo que debe quedar reprimido, excluido del espacio del yo (...) como una invariante transcultural, con carácter generalizable y específico para una cultura dada (Aulagnier, 2007, p. 130).

Otro factor que organiza el espacio psíquico al que el yo debe advenir es la ambigüedad de la relación de la madre con el *saber-poder-pensar* del niño. Se señaló como factor indispensable para la estructuración de la psique la *violencia* operada por la madre en relación a las manifestaciones vivenciales del infans, lo que la autora define como *violencia primaria*. El discurso de la madre tiene una acción anticipatoria. Esta acción ofrece un don, desde un principio transforma en significación de amor, de deseo, de agresión, de rechazo, etc. lo indecible y lo impensable, propio de lo originario. Esta metabolización operada por la madre en relación con las vivencias del infans, se instrumenta y se justifica por el *saber* que se atribuye en relación con las necesidades de ese cuerpo y de esa psique. Para la estructura psíquica es necesario que se opere esa transformación radical que permite que la respuesta que el infans recibe, preanuncie el reconocimiento de lo que serán luego sus objetos de demandas. Que sólo buscará el objeto de la necesidad porque puede convertirse en el signo forjado y reconocido por el deseo humano: sucesor legítimo, aunque sea al precio de la heterogeneidad radical de lo que la psique demandaba en un primer momento. De este modo, lo que la madre desea, se convierte en lo que demanda y espera la psique del infans. Ambos ignoran esta violencia operada. A su vez, puede aparecer otro factor igualmente importante para el destino del sujeto. El *riesgo de exceso*: el deseo, ignorado y negado, de que *nada cambie*. Es decir, deseo de preservar aquello que durante la primera fase de la existencia, y sólo en esa fase, fue legítimo y necesario. Lo que es deseado es la no modificación de lo actual. Este riesgo de exceso, aclara la autora, no siempre se actualiza, pero la tentación está siempre presente en la psique materna.

En un primer momento, era el cuerpo quien confirmaba o no el éxito o fracaso de la función materna, a través de su buen o mal funcionamiento. Pero también aparecerá una nueva actividad esperada y preanunciada: *saber pensar*. Muchos signos son

interpretados por la madre de antemano como la prueba de que él piensa: el aprendizaje de las primeras palabras, el pragmatismo de las primeras respuestas. Comienza una lucha en la que la madre querrá saber qué piensa el otro, y en el niño aparece el primer instrumento de autonomía y de un rechazo que no ponen directamente en juego su supervivencia. También hay un hecho esencial, y es que la madre sabe que la *actividad de pensar* es el instrumento de lo que puede ser disfrazado, oculto, secreto.¹³ Contrariamente a las actividades del cuerpo, la de pensar, es la primera actividad cuyas producciones pueden ser ignoradas por la madre. El riesgo de exceso puede aparecer en cualquier momento. Pero si no hay exceso aparecen estas respuestas: - Esta actividad, así como las del cuerpo en un primer momento, pasan de lo funcional al registro libidinal. (Zonas-objeto parciales).

- El pensamiento como vía regia, le indica a la madre la respuesta, aceptación o rechazo a lo que ella espera.

- La madre mucho antes de que aparezca, espera esta actividad. A su vez, le teme. Lo que espera es la prueba del valor de su función y lo que teme es verse confrontada con algo a lo que no puede responder: qué piensa el niño? La madre sabe, aunque lo olvide que a partir de que el niño piensa, se rompe la transparencia de la comunicación (el saber sobre la necesidad y placer del cuerpo). Que transparencia y saber son una ilusión, aunque es necesario que al menos parcialmente esa ilusión haya existido y le haya dado crédito.

Estas respuestas están siempre presentes. Cuando alguna de ellas peca de exceso, se pasa al *deseo de no cambio*. Lo que la madre no quiere perder es el lugar del sujeto que da la vida, que posee los objetos de la necesidad y dispensa todo lo que, según supone, constituye para el otro una fuente de placer y tranquilidad. De este modo se priva al niño del derecho autónomo de ser. Para evitarlo, le corresponde a la madre renunciar a tener un lugar en el devenir de la relación madre-hijo, aceptar favorecer la variabilidad de la relación, renunciar a una función que fue necesaria en su momento, para beneficiar el cambio y el movimiento de la relación futura. Se exigirá la participación de otros partenaires, que la apuesta circule.

Otro factor importante que consigna la autora es el Lenguaje fundamental, los enunciados que designan a las vivencias. Ésta lo señala como origen del *yo*, al punto al que se deben las primeras referencias identificatorias. El *yo* debe encontrar los enunciados identificatorio. La nominación del afecto tiene acción identificante y se encuentra en el

¹³ La mamá de Ián (Capítulo 7) preocupada señala: no sé si piensa, ¿piensa?

origen del yo, se trata de la transformación del afecto en sentimiento. Si bien existe una inscripción de lo experimentado que precede o ignora a la imagen de la palabra; ello no impide que el *yo* descubra que para él, conocimiento y posibilidad de decir, coinciden. Que renunciar a decir lo que se experimenta significa renunciar a vivirlo como una aventura que concierne al *yo*. Tendrá que darse una reorganización para que entren en la escena psíquica los enunciados identificatorios propios del enunciado lingüístico que nombra el afecto. El signo lingüístico identificará el afecto con lo que el discurso cultural define como tal. Amar a su madre es ser bueno, obediente, bello o todo aquello que sostenga el modelo cultural. Se establecerá un vínculo entre el concepto amar y las formas culturales que prueben la verdad del afecto que se asume en nombre del sentimiento. El pasaje de la representación del afecto a la nominación del sentimiento implica abandonar una representación mediante la imagen de la cosa corporal en beneficio de una imagen que se refiere al amante. Pronunciar *te amo*, es una afirmación cuyo agente es el *yo*. Este proceso es posible porque el lenguaje, las palabras permiten que lo incognoscible adquiera sentido y se convierta en decible. Un desplazamiento en el registro de lo decible que es propio del sujeto en cuanto *yo*.

La nominación impone estatuto a lo vivenciado. Ese estatuto y esa significación van a ligar un significante, compartido por el conjunto de los sujetos que hablan la misma lengua, a un significado, que a partir de ese momento sólo tienen como referente a otros significantes. El significante amante, sólo podrá designar su referente a través de otros significantes: deseante, esperanza de felicidad del otro, estado de espera, etc.

Otro factor clave desarrollado por la autora es el Deseo del padre del niño, por ese niño. Al encontrar el deseo del padre, el niño encuentra también el último factor que permite que el espacio exterior a la psique se organice de modo tal que el funcionamiento del *yo* sea posible o, a la inversa, se obstaculice. Ya en Freud (aunque no utiliza el término) y en mayor medida en la teoría de Lacan, el *nombre del padre* ocupará un lugar central. Su preclusión designará la causa del destino psicótico nos recuerda la autora; su ausencia o no reconocimiento por parte del discurso materno, será considerado responsable de la antinomia existente entre el sujeto del enunciado y el sujeto deseante.

Si la madre es el primer representante del Otro en la escena de lo real; el padre, en esta misma escena, es el primer representante de los otros o del discurso de los otros. En la estructura familiar de la cultura occidental, el padre representa al que permite a la madre designar, en relación con el niño y en la escena de lo real, un referente que garantice que

su discurso, sus exigencias, sus prohibiciones no son arbitrarias y se justifican por su adecuación a un discurso cultural que le delega el derecho y el deber de transmitirlos.

El *Contrato Narcisista* es un concepto importante de la autora y se debe tomar como último factor responsable de lo que se juega en la escena extra-familiar. Interviene en el modo de catexización del hijo por parte de la pareja y se refiere a la función metapsicológica que cumple el registro sociocultural. Demuestra en este sentido que:

- La relación que mantiene la pareja parental con el niño, tiene la huella de la relación de la pareja con el medio social¹⁴ que lo rodea.
- El discurso social proyecta sobre el infans la misma *anticipación* que la que caracteriza al discurso parental. Se espera del niño que él transmita idénticamente el modelo sociocultural.
- El sujeto debe encontrar en ese discurso, referencias que le permitan proyectarse hacia un futuro.
- El conflicto que quizás exista entre la pareja y su medio puede confirmar ante la psique infantil la identidad entre lo que transcurre en la escena exterior y su representación fantaseada de una situación de rechazo, exclusión, agresión, omnipotencia. Esto desempeñará un papel en el modo en que el niño elaborará sus enunciados identificatorios.

Para finalizar este capítulo, que intentó un rodeo por los elementos que la autora señala que preparan un hábitat para el yo, se considera pertinente actualizar su pensamiento respecto de la teoría y el yo. Señala que la teoría plantea un modelo de evolución normal de la psique que tiene como referencia la similitud del camino que debe seguir el sujeto, desde su nacimiento hasta la disolución del Edipo.

(...) en el campo del yo, nada nos permite privilegiar tal o cual opción, tal o cual discurso. Se debe renunciar entonces a un “yo modelo” o un “modelo del yo” establecidos de una vez y para siempre. Sin embargo, poseemos y recurrimos a un saber acerca de lo que sólo puede aparecer en el yo como signo de una falla, al ser testimonio de la irrupción en su campo, de lo que hubiese debido permanecer fuera de él. Para el analista la función represora es una invariante transcultural y se adjudica el derecho de considerar lo que se debe reprimir porque debe quedar excluido del

¹⁴ Sociedad en sentido amplio o subgrupo cuyos ideales la pareja comparte.

espacio del yo, como un carácter generalizable y específico para una cultura dada (Aulagnier, 2007, p. 130).

Es decir, que no se trata de una generalización abusiva, en tanto hay una serie de experiencias fundamentales que trascienden toda singularidad.

Capítulo 4: El acceso al estadio del espejo. La función de dos espejos

En el capítulo 2 se destacó la importancia del *estadio del espejo* en tanto cumple una función ejemplar en relación al precipitado del yo. En este capítulo se desarrollan detalladamente sus condiciones de posibilidad.

4.1 Hacia el estadio del espejo.

El llamado *estadio del espejo* es tomado en este trabajo como una herramienta conceptual que permite situar una coordenada en relación a la pregunta por nacimiento del yo, en tanto, refiere Lacan (1949), *la asunción jubilosa de la imagen especular manifiesta una situación ejemplar en la que el yo se precipita*. Interesa el arribo a este estadio, la llegada a ese punto. Una metáfora alude a la existencia de un *antes lógico* del estadio del espejo. Una metáfora en el Libro 2 de la enseñanza de Lacan, pinta al sujeto antes del estadio del espejo como “*un paralítico que es luego guiado por un ciego*” (Lacan, 1997, p. 82), mostrando así que éste no comporta el tiempo uno de la subjetividad. Anterior a la experiencia del espejo, el *paralítico* no puede moverse solo, sino con torpeza e incoordinación. Será guiado por un *ciego*, que metaforiza la imagen del yo formado a partir del estadio del espejo.

Cabe detenerse entonces en ese *antes lógico*, y pensar en aquellos recorridos psíquicos que permitan al *paralítico* ser guiado por el *ciego*. Los trayectos o trabajos necesarios para que un niño pueda o no reconocer y asumir jubilosamente su imagen especular. ¿Qué recorridos son necesarios para que un niño, entre los 6 y 18 meses, frente a un espejo, tenga la experiencia jubilosa de asumir su imagen especular? ¿Qué es necesario para que esa imagen, con la que se encuentra al mirarse, sea totalizante y le permita captar como unidad aquello que por su prematuración es vivido por él en forma atomizada? Se pueden plantear esos recorridos en términos de condiciones de estructura y replicar la pregunta: ¿Bajo qué condiciones estructurales un bebé accede al estadio del espejo? ¿Bajo qué condiciones estructurales un niño puede reconocer su imagen especular y tener la experiencia de no pasar de largo frente a su imagen en el espejo, sin otorgarle más importancia que a cualquier otra percepción? La siguiente cita orienta en un punto:

Basta comprender el estadio del espejo como una identificación¹⁵ (...) El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio infans, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto (Lacan, 2008, p. 100).

Si bien el texto sitúa al *estadio del espejo* como una identificación, interesa hacer foco y recortar de la cita la idea de *Matriz simbólica*, ya que pareciera que ella tiene mucho que ver con el precipitado del yo. En este sentido, la experiencia no trataría sólo de verse en el espejo, no se reduce a la experiencia concreta que se produce en el niño ante una superficie real que desempeña el papel de espejo; se trata de otra cosa. ¿De qué, entonces? “El espejo plano tiene otro uso, el de introducir la función del Otro con mayúscula” (Lacan, 2004, p. 390). De modo que el espejo queda en relación a ese Otro con mayúsculas. Ese Otro en la enseñanza de Lacan es ese *Gran Otro del discurso*.

Es sabido que ese resorte de la palabra en nuestra topología lo designamos como el Otro, connotado con una A mayúscula. (...) Sería error creer que ese gran Otro del discurso pueda estar ausente de ninguna distancia tomada por el sujeto en su relación con el otro, que se opone a aquél como el pequeño, por ser el de la díada imaginaria (Lacan, 1987, p. 657).

Se trata de ese primer gran Otro que encarna la madre. De lo que se desprende entonces que la asunción jubilosa de la imagen especular está en relación a ese Otro, quien cumple una función a la hora del espejo plano.

4.1.1 Lo fundacional de la estructura subjetiva.

Plantear las condiciones de estructura que hacen posible el arribo o el acceso al estadio del espejo -que se indicó con la palabra *hacia*-, obliga a considerar las coordenadas fundacionales de la estructura subjetiva. Ya se ha señalado que la constitución del yo se va forjando mientras acompaña la aparición del sujeto en el campo del Otro, se agrega ahora la importancia de ese Otro como espejo para el reconocimiento de la imagen especular. Lo fundacional en la estructura subjetiva, el nacimiento de la

¹⁵ Esta identificación luego será llamada narcisista. En el Seminario 1 la refiere así.

estructura en un sujeto, es trabajado por algunos autores como *el tiempo de las identificaciones*. En este sentido, Yanquelevich (2003) propone que “el tiempo fundador es el necesario para pasar del Otro real al Otro simbólico. Las operaciones de este pasaje, Freud las llamó identificaciones” (citado en Amigo, 2003, p.19). Se trata entonces de *operaciones*, llamadas *identificaciones*. Por su parte Amigo (2003) señala que pueden construirse hipótesis psicoanalíticamente ajustadas sobre “los tiempos fundacionales en que la estructura, la cual, sincrónica en el Otro, ingresa en el niño en los tiempos (...) de las identificaciones” (p. 18). *Los tiempos fundacionales de las identificaciones* en tanto operaciones, merecen por lo tanto, una breve consideración para poder avanzar en la pregunta sobre las condiciones de estructura para el arribo al reconocimiento de la imagen especular.

4.1.2 Acerca del Tiempo.

Amigo (2003) sitúa que la estructura, sincrónica en el Otro, ingresa en el niño en los tiempos de las identificaciones, y que este ingreso no podría no acaecer en la diacronía. Señala que el tiempo de las identificaciones responde al tiempo lógico y que este tiempo se desenvuelve en distintos registros: el Simbólico, el Imaginario y el Real. El tiempo *simbólico*, opera por anticipaciones y retroacciones, y logra escapar según la lógica particular en psicoanálisis a la mera linealidad del tiempo cronológico. Pero también está en juego el tiempo *real*, el del acontecimiento. Antes o después de un acceso identificatorio o de un acto, el sujeto habrá cambiado radicalmente y no será el mismo. El tiempo real fractura la continuidad del tiempo lineal, y no está inscripto qué clase de acontecimiento marcará el devenir del sujeto; se trata del encuentro aleatorio con lo incalculable, lo de antemano indeterminable. También es importante el tiempo cronológico, *imaginario*, el de las agujas del reloj, que permite no perderse en un presente continuo. Tiempo que no tiene nada de natural, sino que se adquiere durante la conclusión de alguna operación. Este tiempo es suelo y sustento de las operaciones subjetivas que si bien, en un principio, adquirió mala prensa psicoanalítica, la autora lo rescata. Rescata justamente la importancia de este tiempo, al que llama *tiempo de la ignorancia*, y lo ubica como velo y como imprescindible para la operatoria subjetiva y fundacional. Señala que “esta ignorancia es la que permite al niño, por ejemplo, identificarse a la imagen especular *creyendo* que eso que proyecta el Otro como imagen de lo que es capaz de falificar, es él mismo” (Amigo, 2003, p 120).

4.1.3 Acerca de la Identificación.

El concepto de Identificación no cuenta con un acuerdo unánime entre los psicoanalistas. En este sentido, Bruner (2016) realiza un desarrollo que da cuenta de este asunto y que titula “La babelización del concepto de identificación”. Nasio (1996) trabaja el concepto y presenta una articulación esencial, desde el punto de vista freudiano y lacaniano. Señala que tanto Freud como Lacan subvierten el modo tradicional de concebir la identificación. Explica que el modo tradicional se reduce a un esquema simple, compuesto por dos personas A y B, en el que A se transforma por identificación en B, A adopta rasgos de B. La subversión de Freud –dice- “es la de trasladar el esquema del espacio psicológico tridimensional al espacio Inconsciente y dar un nombre al proceso inconsciente realizado por el yo cuando este se transforma en un aspecto del objeto (p. 138). Mientras que Lacan, dirá el mismo autor, opera una doble inversión: la identificación no sólo es inconsciente, no sólo significa engendramiento¹⁶ sino que además, y esto es lo más importante, el sentido del proceso se invierte. Así, A no se transforma en B, A no es B, sino que es B es el que produce a A. De este modo, para Lacan, la identificación es el nombre que sirve para designar el nacimiento de una nueva instancia psíquica, la producción de un nuevo sujeto. Lo dice así: “Por medio del concepto de identificación Lacan resuelve un problema psicoanalítico fundamental, dar un nombre al proceso de causación del sujeto del inconsciente” (Nasio, 1996, p. 139).

El concepto de identificación que se considera en este trabajo de investigación es tal como lo propone Bruner (2016), “una operación psíquica o un proceso de transformaciones inconscientes que tiene el poder de producir un nuevo orden significativo” (p. 28).

4.1.4 Acerca de las Identificaciones.

En “Psicología de las masas y análisis del yo” Freud (1920) define a la identificación como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona y desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. Que desempeñe un papel en la prehistoria del complejo de Edipo, adquiere en este contexto, una relevancia importante en tanto se trata, justamente, de los tiempos tempranos y fundacionales de la estructura. Pero así como no hay unanimidad en el concepto de identificación tampoco la hay respecto de la misma ya que Freud (1920), en el capítulo VII trabaja tres identificaciones constitutivas. Con la re-lectura de Lacan la primera, previa a toda relación de objeto, queda referida a una incorporación canibalística del Otro paterno,

¹⁶ Un término crea al otro.

previa a la entrada en el juego edípico. La segunda identificación, edípica, a un trazo o rasgo único del Otro, que devendrá emblema. Y la tercera, histórica, remitida a aquel objeto imaginario que al Otro lo conmueve, considerada también como identificación al deseo del Otro. Freud la describe como identificación al síntoma del otro y presenta el caso de las compañeras de quien recibe la carta de su amado y se desmaya. Al comentar estas tres identificaciones Baraldi (2005) señala que “para que aparezca esta identificación, la tercera, es necesario contar ya con un yo, inexistente o incipiente en las identificaciones anteriores” (p. 25). ¿Se puede inferir entonces, que la primera y segunda identificación quedan implicadas en el armado del yo?

Sobre la identificación primera, distintos autores coinciden en que se trata de identificación enigmática.¹⁷ Sin embargo, hay una referencia muy precisa de Freud sobre esta identificación en “El yo y el Ello” (1923):

Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos. Esto nos conduce a la génesis del Ideal del Yo, pues tras éste se esconde la identificación primera y de mayor valencia para el individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata, más temprana que cualquier investidura de objeto (Freud, 1992, p. 33).

A esta primera identificación se la nombra entonces como identificación al *padre primitivo*, operación enigmática en tanto que an-objetal y canibalística. Este padre primitivo, primordial no es el padre del niño, ni el padre de la madre, es el padre primero que remite al padre mítico que plantea Freud en su texto *Totem y Tabú*. Respecto de esta particular y enigmática identificación y de este padre, nos propone Amigo (2003), “es una identificación preedípica y dependiente del amor a un padre no edípico: el Padre muerto. Se trata del padre, que más allá de toda vicisitud, actúa desde la madre para ese hijo determinado” (p. 32).

Luego de este rodeo por los tiempos fundacionales de la estructura subjetiva a la que llevó la consideración de la *matriz simbólica*, se retoma la pregunta sobre las

¹⁷ Al respecto, Amigo (2003) señala que esta identificación corre el riesgo de quedar en un terreno enigmático, relegado a lo mítico y que si bien Freud la introduce, el tratamiento que le dio Lacan propicia que pueda quedar como en una cierta nebulosa, ya que en el Seminario sobre La identificación, parte de la segunda identificación y no tiene muy en cuenta esta primera. No obstante más adelante, en otros seminarios será retomada y formalizada.

condiciones estructurales para que un niño pueda acceder al estadio del espejo. De la mano de Amigo (2003), es posible anticipar una respuesta que es importante desarrollar:

(...) para que un niño ingrese en el conocido estadio del espejo, para sostener la entrada del niño en el reconocimiento de sí en el espejo, es necesario que la madre se preste a cumplir una doble función: la de espejo esférico y la de espejo plano (p. 75).

Es una idea interesante y que refiere a dos espejos, la función de dos espejos. Se ha aludido al Otro en su función de espejo plano, sin embargo el Otro debe cumplir también la función de otro espejo, el esférico. ¿En qué consiste esa función? La autora sitúa esta hipótesis en relación a sus desarrollos acerca de la *identificación primaria* a la que desdobra en tramos. Sostiene que la entrada en el conocido estadio del espejo, es el *punto de cierre de la primera identificación*. El primer tramo de la misma tiene que ver con el ingreso de la traza fálica, y el otro tramo contará a su vez con dos recorridos: la Identificación con el *Padre Muerto*; la Identificación con la *imagen especular*. Entrada, acceso al estadio del espejo como punto de cierre de la primera identificación. Además a riesgo de caer en ciertas críticas, apunta a datar esta operación de identificación e incorporación considerando los aportes de Spitz (1974) en *El primer año de vida del niño*. Refiere a la sonrisa del tercer mes y la angustia del octavo mes. Si la entrada al estadio del espejo es el punto de cierre de la primera identificación, cabe remitirse al punto de apertura.

Amigo (2003) plantea que la apertura de la estructura subjetiva, tiene que ver con la incorporación del lenguaje. No basta nacer en un mundo de lenguaje, no es suficiente el baño de lenguaje, se precisa de otra operación, hay que *incorporarlo*. Para que el lenguaje produzca un sujeto hablante, donde había un infans, éste tiene que ser incorporado.

4.2 ¿Cómo hoja de ruta?

4.2.1 La incorporación del lenguaje: Cuerpo pulsional, no soma.

El soma, la dotación biológica con la que se nace, no está agujereado en el sentido analítico. El cuerpo del niño viene al mundo sin agujeros libidinales, que él sienta como tal. Más allá de que tiene boca, ano, orificio palpebral, éstas no son zonas erógenas hasta que la pulsión las toma como fuente. La incorporación del lenguaje hace que el soma se pierda para el psiquismo en tanto deviene cuerpo pulsional. Este pasaje del soma, en tanto dotación biológica, al cuerpo pulsional Amigo (2003) lo nombra *nupcias del soma* y *el*

lenguaje. Por supuesto, nupcias que pueden darse o no. Si se dan, perdido el soma, la primera aparición del cuerpo corresponde mucho antes que el *estadio del espejo* a una primera captación pre-especular. Es una primera formación del yo, en la que el cuerpo es percibido por el trayecto pulsional.

4.2.2 Ecuación fálica: Importancia del Padre.

¿Qué condiciones son necesarias para que el lenguaje se incorporado y el soma devenga cuerpo pulsional? Amigo (2003) señala que dependerá que la madre pueda o no, realizar una operación que consiste en transmitir su falta, esto significa e implica que el niño ocupe el lugar de falo. Freud (1925) afirmó que un niño es convocado a nacer por existir en su madre una falta fálica. Matematiza explícitamente esa teorización con la ecuación niño= pene. Lacan (1956) retoma esa ecuación freudiana y la trabaja intensamente sobre todo en el Seminario sobre *Las relaciones de objeto*. Así, el pene dará soporte a la pregunta por aquello que puede faltar y por lo tanto dará soporte al significativo falo, que no es un solo un significativo sino que es todo un mecanismo articulado al servicio de poner en juego la problemática de la falta. Lacan en “La significación del falo” (1987) dice que *el falo* es un significativo, el significativo de la falta y el niño equivaldrá al falo que le falta a la madre. Aunque, se encargará de sostener, sobre todo en sus desarrollos posteriores, que no por entero, sino que siempre hay un resto. Desde esta perspectiva, Amigo (2003) plantea que, para que un niño pueda equivaler al falo que le falta a la madre, esto dependerá de una operatoria y es *la transmisión* por parte de la madre de la deuda que en principio ha contraído con el Padre que opera en ella:

Una mujer deviene madre cuando el pasaje por su propio Edipo ha estabilizado en ella una relación con la falta fálica. No se trata de que tener un hijo sea el único destino posible de salida del complejo de Edipo femenino. Pero si una mujer hace venir un niño al mundo, si elige dar curso a ese acto que se podría evitar, entonces resultará propicio para su bebé que lo haga equivaler con la falta fálica (p. 64).

4.2.3 Una paradójica nominación.

Si no fuera así, considera, si el niño fuera la afirmación no de la falta fálica sino del pleno de ser de una mujer, su destino sería trágico y como ejemplo evoca la tragedia de Medea¹⁸ La operatoria consistente en que la madre pueda estar en falta y realizar la

¹⁸ En la mitología griega, mata a sus propios hijos para vengarse de su esposo.

hipótesis fálica para su hijo, está posibilitada por el Padre. ¿Qué padre? El padre que pone en falta a la madre no es el padre edípico del niño, sino el padre que está antes de toda entrada en el juego del edipo para el niño. Es *El padre Muerto*, al que ya se ha hecho referencia.

Si una madre le habla a su hijo, haciendo resonar en su voz el vacío de su falta fálica, se convierte en pasadora de esa voz, y de ese modo su decir resultará *nominante*. Es desde el inicio que el modo en que una madre habla o se dirige a su hijo, porta o no, el eco de la voz del padre que resuena en la madre. Amigo (2012) advierte la diferencia con el hecho de pasar sólo consignas de crianza, consignas que no se hacen pasadoras de la voz del padre y por lo tanto no son nominantes. La voz del padre que resuena en la madre permite que la madre nomine a ese niño cuando se dirige a él, aunque no lo llame por su nombre. En referencia a este punto, es decir, a la importancia de la nominación para un niño desde el especial y particularizado interés de la madre sobre él, se recupera la afirmación de Lacan tantas veces pronunciada por los psicoanalistas de niños, la importancia de *que el deseo no sea anónimo*. En su famoso artículo “Dos notas sobre el niño”, Lacan (1969) sitúa que la función que sostiene la familia conyugal en la evolución de las sociedades, pone de relieve una transmisión que no tiene que ver con la satisfacción de las necesidades, pero que conlleva una constitución subjetiva, lo que implica la relación con un deseo que no sea anónimo. De modo que los cuidados de madre están marcados por un interés particularizado y el padre es el vector de la ley en el deseo.

De este modo, convocado al hijo como sutura de su falta fálica, la madre, apetece a su niño para tragarlo, pero, paradójicamente, no lo traga.

Como recordatorio de que esta convocatoria se hace en Nombre del Padre, el apetito materno se detiene y produce un viraje decisivo. No será la madre quien trague al niño, sino que será el niño quien quede habilitado para tragar al Padre Muerto. El niño se ecuaciona, recién allí con el falo. Ahora el lenguaje es interior al niño, lo marca desde adentro, le hace traza (Amigo, 2003, p. 66).

El niño traga al Padre muerto, el apetito de la madre es fundamental para que el niño haga las nupcias del soma con el lenguaje. En Nombre del Padre, del padre que la puso en falta, lo apetece, pero no lo traga. La función materna implica esta paradoja, convocar al niño para devorarlo, pero desistir. La hipótesis fálica le llega al niño, en el trato cotidiano de su madre, en tanto es la única persona de su entorno que lo apetece y no lo traga. En este sentido, la autora hace referencia a un libro que no está traducido al

castellano lamentablemente, que se titula “Cómo la palabra llega a los niños”, de Bénédicte de Boisson Bardies. Se trata de una investigación en la que se trabaja con aparatos, con grabaciones y con amplitud de ondas y se demuestra cómo la modulación de la voz de la madre es identificada rápidamente por el bebé, como la única persona que le habla de esa manera. Esta situación permite reconocer que la misma mujer no le habla así al marido, a su madre o la suegra. Este argumento le permite a la autora corroborar que hay en el trato, y básicamente en la voz de la madre, la transmisión o no de la hipótesis fálica. El apetito de la madre y el desistimiento de engullir al niño, esa paradoja es la que le indica al niño quién es su madre.

Muchas veces la clínica muestra lo afectado que puede resultar el apetito materno por alguna circunstancia particular. Pero hay una cuestión muy importante a destacar y es que no hay manera de transmitir, nos dice la autora, que no sea por la vía de pensar que esto es inconsciente. O la madre se siente deudora, o no lo siente. Transmite esa apetencia y ese desistimiento de engullir o no lo puede transmitir. Es de este modo, que lo que era soma se cadaveriza, y hace aparecer de modo fundante para el niño, la dimensión de cuerpo que se adquirirá sólo si hay una madre nominante.

De este modo el triángulo niño, madre, falo, remite a los primeros tramos de la *identificación primaria*. Baraldi (2005) coincide en que esta primera identificación que se nombra como identificación al *padre primitivo* es una operación an-objetal y canibalística por la cual el niño traga la cultura y se humaniza. Y que si bien por definición, la identificación es la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona, esta identificación primordial al ser mítica y sugestiva, sólo puede mediatizarse por la acción específica de un otro materno.

4.2.4 Dimensión del cuerpo pre-especular: vasija

Amigo (2003) sitúa una primera forma de yo, *preespecular*, antes del espejo, que corresponde a la aparición del cuerpo en forma de *vasija* a la que le falta un objeto. La madre nominante crea el agujero libidinal y el cuerpo adquiere entonces una forma de vasija, es una forma envolvente que bordea agujeros. De esta manera, el goce pasa a los bordes del cuerpo. Sin embargo, de este primer modo del cuerpo, el niño no tiene imagen pero lo siente como inicio del cuerpo pulsional.

Señala que el bebé podrá jugar con la voz, emitiendo sonidos (diferentes a los guturales) si algo de la libidinización de la laringe se produce. Podrá a su vez seguir la voz del adulto que le habla, con su mirada; conectando voz y mirada. También chupetear cuando le hablan o lo miran, ligando las pulsiones entre sí, muy precozmente. En el

vasijamiento esencial de la formación pulsional del cuerpo, los diferentes objetos van a combinarse en lo que se conoce como ligazón de las pulsiones. Esta se genera ya en la primera identificación.

La ligazón de las pulsiones implica que una pulsión no se autonomice por su lado sino que se articulen entre sí. Que el goce de una pulsión le ponga límite al goce de la otra. Es importante para ello, la oferta múltiple por parte de la madre, de *la mirada*, una mirada que done presencia y ausencia, que acepte deponerse. A su vez, la oferta de *la voz*, que se dirija al niño de manera diferencial, porque se dirige a algo que está más allá de la realidad perceptual del niño, y anticipa así que la satisfacción está más allá del niño. La oferta de *alimento* con el que el niño puede jugar y convertirse en alimento libidinizado. La oferta del *abrazo muscular* como nido primordial pero matizado de libertad corporal. Ofertas que ponen en marcha el inicio de la erotización de los bordes del cuerpo, que dibujan los agujeros de las zonas erógenas, que provocan el lanzamiento inicial de la pulsión.

Este cuerpo donde circula el *embrión de trayecto pulsional* y que implica la cadaverización del soma, es percibido *feteado* -dice Amigo (2003)- por el trayecto pulsional. Se trata de una primera formación del yo pre-especular. Se verá luego su localización en el esquema óptico¹⁹ como *i(a)*. En esta fase o trayecto el niño no puede advertir aún su cuerpo como unidad y reconocerse en el espejo. La autora propone que el niño que llegó al puerto de la primera identificación, no sólo ha logrado hacer de su cuerpo, vasija - para lo que le basta el primer tramo- sino que la pulsión, en pleno derecho estará en función, en la medida en que pueda gozarse de la fuente pero también dirigir la libido a la imagen de sí. Al entero del cuerpo, proyectado en el Otro según la medida del Padre Muerto en la madre.

Lacan (2011) en el seminario sobre “La Angustia” refiere que a lo pre-especular le falta el sí mismo:

Antes del estadio del espejo, lo que será *i(a)* se encuentra en el desorden de los *a* minúsculas que todavía no es cuestión de tenerlos o no tenerlos.

Este es el verdadero sentido, a darle al término autoerotismo-le falta a uno el sí mismo, por así decir, por completo. No es el mundo exterior lo que le falta a uno, como se suele decir impropriamente, sino uno mismo (p. 130).

4.2.5 La imagen del cuerpo especular.

¹⁹ Instrumento de óptica al que recurre Lacan y reformula para dar cuenta del estadio del espejo.

Los bordes del cuerpo, producidos gracias a la primera identificación, son inaccesibles en su conjunto para el niño. Se precisará el auxilio de la función de espejo plano que otorga el Otro, para que el niño acceda una imagen de sí, que será ideal. Afirma Amigo (2003) que sin el logro de la identificación primaria, no habría reconocimiento de la imagen especular como propia. El niño puede formar una primera unidad narcisista, especular gracias a la primera identificación. Identificación creadora del objeto que le falta a la madre. A esa falta en la madre, el niño la sutura con la imagen de su “yo ideal”, ese que le señala la madre en el espejo. Freud en 1914 nombró al niño de esta etapa como *su majestad el bebé*. Sin esta especie de fondo de reserva narcisista fálica, no podrá aparecer en escena el *yo ideal*. El cuerpo que se adquiere en la entrada en el estadio del espejo es un cuerpo que no se ha desprendido aún de su imbricación con el deseo de la madre; eso corresponderá a otros recorridos y operaciones. La imagen ideal del cuerpo responde a esa falta, intentando suturarla.

Si la madre puede ponerse en posición de espejo plano, en su fondo, el niño *todo*, y ya no el cuerpo feteado o discontinuo de las diversas derivas pulsionales, se ofrecerá como sutura de esa falta del Otro que localizó la primera identificación. La imagen especular del niño, toma en el espejo, los rasgos de aquél que puso en falta a la madre, asume la plenitud de la perfección del Padre Muerto. Por eso esa imagen aspira a la perfección, lo maravilloso y lo fálico en el pleno del ser. Sin embargo, no hay una identificación total; un resto queda inasimilable, imposible de ser pasado al espejo. Algo queda extranjero, tanto a la incorporación significativa como a la formación de la imagen yoica. Este aspecto es trabajado en el Seminario sobre “La Angustia”, como el *blanco en la imagen*.

Es importante destacar que el Otro debe funcionar como espejo plano donde el niño pueda reconocerse pero, y justamente para poder hacerlo, es necesaria una acción específica, el *asentimiento* del Otro. Es necesario recordar que en principio, la voz de la madre tiene que ser *nominante*, y que lo será en tanto le habla a su hijo de una manera particular, apeteciéndolo y desistiendo, transmitiendo, haciendo resonar la voz del Padre Muerto, es decir, su propia falta, y propiciando que se imbriquen las pulsiones. Ahora bien, llegado este punto y cuando las condiciones orgánicas ya estén en función de maduración para habilitarlo, en el momento de la experiencia inaugural del reconocimiento en el espejo, el niño hace un *movimiento*, dirá Lacan (2011). Se vuelve hacia quién lo sostiene, que se encuentra ahí detrás:

(...) y con ese movimiento de mutación de la cabeza que se vuelve hacia el adulto como para apelar a su asentimiento y luego de nuevo hacia su imagen, parece decir a quién lo sostiene - que representa aquí al Otro con mayúsculas - que ratifique el valor de esa imagen (p. 42).

Se pone en juego la mirada que busca el encuentro con los ojos de la madre, donde el niño podrá encontrar o no una confirmación que entre gestos y exclamaciones le retornen como: “ese que está ahí sos vos y sos digno de ser amado. Mensaje, que como todo mensaje se recepciona sin ser explicitado para que no pierda su eficacia” (Baraldi, 2005) Aquí la madre en su función de espejo plano.

Se intenta remitir al esquema óptico las ideas desarrolladas, en busca de luz, sobre la doble función de espejo que debe prestarse a cumplir la madre para el acceso del niño al estadio del espejo y el reconocimiento de su imagen especular. Se trata de un modelo que introdujo Lacan tempranamente y que fue retomando y enriqueciendo en distintos momentos de su obra. Lo introduce justamente porque le permite situar la constitución del yo al tiempo que discriminar los registros de lo imaginario, lo simbólico y lo real, valiéndose de los instrumentos de óptica. Se intenta despejar la lógica de su funcionamiento y su utilidad para comprender la función de los *dos espejos* que, debe cumplir la madre, como necesaria para el acceso del niño al estadio del espejo; espejo plano y espejo esférico.

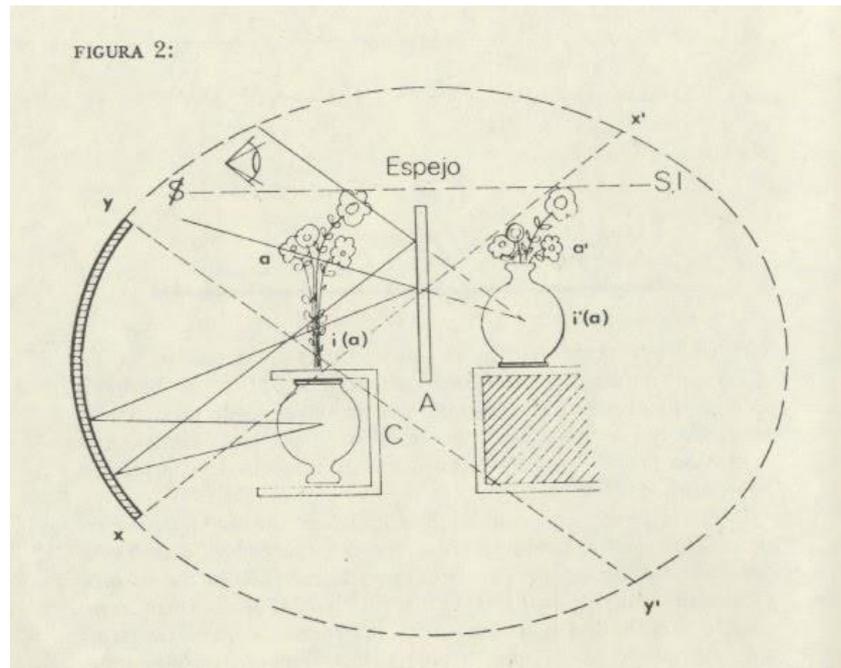
4.3 El modelo del esquema óptico.

Lacan (1987) se basa en las leyes reflexivas de la óptica para exponer ese instante fundacional de la constitución psíquica en la que el sujeto logra situar la representación y la imagen del cuerpo propio en el espacio virtual. Interesa muy particularmente, para este trabajo, la anterioridad de ese instante, la posibilidad de acceso a ese instante fundacional. Toma una experiencia de óptica conocida como *ilusión del ramo de flores invertido*, pero a los fines de hacerla útil y convertirla en un modelo teórico, introduce sus propias modificaciones y la llama *ilusión del florero invertido*.

Ciertas precisiones son necesarias para la comprensión de las leyes reflexivas. Existen diferencias entre un objeto del mundo y cualquier clase de imágenes que de él se puedan obtener. Si la imagen está en el fondo de un espejo, a esa imagen se la llama *imagen virtual*. Otro tipo de imágenes son las que aparecen en el espacio real provocadas por algún particular fenómeno, ejemplo de este tipo de imagen es el arco iris. Por mecanismos ópticos con espejos esféricos pueden obtenerse estas imágenes que aparecen en el espacio real, es decir, no proyectadas en el fondo del espejo; a esas se las llama

imágenes reales. Una *imagen real*, a su vez puede ser reflejada en el fondo de un espejo plano como *imagen virtual*. Por lo tanto existen imágenes virtuales de objetos, imágenes reales de objetos y también imágenes virtuales de imágenes reales. A su vez, es importante no olvidar que las imágenes siempre son captadas desde un determinado punto de vista y no de otro.

Figura 1: Esquema óptico.



Nota: El esquema que se describe es el que presenta Lacan en el texto Observación sobre el informe de Daniel Lagache (1987), también aparece el esquema con algunas variantes en algunos de sus Seminarios.

Lacan coloca de perfil un espejo cóncavo (esférico) y ubica la posición del sujeto que mira, con un ojo en el margen superior izquierdo. A cierta distancia del espejo cóncavo, sitúa un cajón abierto de cara al espejo, en donde habría un florero invertido. Luego, realza la eficacia del espejo cóncavo, por la cual el jarrón va a reflejarse en el espacio pero de forma invertida, apareciendo en otro plano. Por efecto y eficacia de la reflexión de los rayos, un objeto se presenta invertido y en un plano distinto del que está realmente; lo llama a este espacio, *espacio real*. Los ilusionistas suelen divertir con sus experiencias basadas en estas mismas leyes ópticas por las cuales se ve aparecer en el espacio real lo que en realidad es una *imagen* del objeto *real*, *imagen real*. El florero invertido es el objeto real y el florero derecho que no está colocado en el esquema porque se supone que el sujeto no lo ve desde donde está, es la imagen del objeto. A esta imagen

le corresponderá una escritura $i(a)$. A la imagen real del florero, erigido en el espacio real, Lacan le coloca unas flores, que no son producto de la reflexión, son reales, y las llama a , objeto a ; ellas no son imaginarias. Luego, frente a este artificio, coloca un espejo plano A, abriendo un espacio tras el espejo, un espacio virtual. Es el que se suele ver cuando alguien se mira al espejo. En ese espacio se refleja el cajón, el jarrón y las flores, la imagen virtual a la que le corresponde la escritura $i'(a)$. Es el reflejo de una imagen real y es la que ve el sujeto. El espejo plano es el Otro, y el sujeto, colocado donde dibujó el ojo, ubicado en cierta posición verá desde su punto de vista, objetos imaginarios reflejados en el espacio virtual. Llama estadio del espejo a este tiempo de conformación del espacio especular.

En la Tabla comentada de Representaciones gráficas que figura en “Escritos 2” se sintetiza así:

Figura 2: Variación de la precedente:

En la segunda figura, el ramo y el florero cambian sus papeles, mientras que por la localización del observador en el interior de espejo esférico y la interposición de un espejo plano A, se produce una imagen virtual.

Este montaje debe interpretarse así:

1. La realidad del florero y su imagen real $i(a)$, invisibles para el observador (y ausentes de la representación), figuran la realidad del cuerpo y su imagen real, cerradas a la percepción del sujeto.
2. Sólo es accesible la imagen virtual $i'(a)$ de la ilusión, reflejo imaginario en el que se anticipa el desarrollo de su cuerpo en una enajenación definitiva. Obsérvese que tanto la imagen real como la imagen virtual pertenecen ambas al registro de lo imaginario, pero la segunda, (percepción mediada por la relación con el Otro), duplica la ilusión de la primera (percepción “directa”- como tal, ficticia).
3. Finalmente el punto I (punto del Ideal del Yo, en el cual situar el trazo unario) es el que gobierna para el sujeto su imagen de sí (Lacan, 1987, p. 884).

Con su esquema Lacan propone que gracias a la perspectiva del Otro, a ese espejo del Otro equivalente a la significación del Otro; el sujeto verá anticipadamente una imagen unificada de su cuerpo. Con ella cerrará una conformación imaginaria del cuerpo y también gracias a esa operación unificante, surgirá la unidad del yo. Al hacer foco en la ilusión de la imagen real, $i(a)$ se puede afirmar que ésta remite a ese punto de la

anterioridad. Dice Lacan en este texto que “es para representar las condiciones de ésta en su anterioridad de principio para lo que hemos puesto la ilusión de la imagen $i(a)$ en el punto de partida del modelo” (Lacan, 1987, p. 655). Si ella corresponde a una subjetivación, es por las vías figuradas en el modelo por la reflexión en el *espejo esférico*. El modelo muestra por el florero escondido en la caja, el poco acceso que tiene el sujeto a la realidad de ese cuerpo. Si bien Lacan deja dicho en el mismo texto respecto de la imagen $i(a)$ que puede considerarse a grandes rasgos como imagen de alguna función global de la corteza, Amigo (2003) avanza, agrega y articula a la función de la corteza, la función de la madre como *espejo esférico*. De allí el verdadero interés por su planteo, para este trabajo.

4.3.1 Función materna como Espejo Esférico.

El esquema muestra que *el espejo esférico* permite la producción de *imagen real $i(a)$* ,²⁰ esa que el sujeto no ve; no puede ver por la posición en la que se encuentra (lo poco de acceso a la realidad de su cuerpo). Desde ya que el organismo, el sistema nervioso central es necesario para que se constituya el cuerpo del sujeto que como se destacó, no es asimilable al organismo. La prematuración con la que nace el ser humano, necesitará la mielinización de su sistema nervioso para poder tener dominio de su cuerpo, preso de fragmentados movimientos involuntarios. Por la tanto, con mayor especificidad, se señala que:

Si la madre juega el rol de espejo esférico podrá separar para siempre el soma del niño de un mundo meramente biológico al formar la imagen real del cuerpo, aquella donde se dibujan los agujeros de las zonas erógenas donde inicialmente circulará el primer esbozo de la pulsión. He aquí la primera captación pre-especular del cuerpo (Amigo, 2003, p. 75).

Ubica allí la formación de un yo dependiente de la imagen real, donde el cuerpo es percibido *feteado* por el trayecto pulsional. Primer modo del cuerpo, imagen real $i(a)$ a la que el niño no tiene acceso pero que siente como cuerpo pulsional, el cuerpo como vasija. Del mismo modo, Cruglak (2017) propone el primer modo del cuerpo y su posterior imagen:

(...) cúmulo de sensaciones propioceptivas – interoceptivas y exteroceptivas, el cuerpo se tiene por pedazos hasta el momento en que,

²⁰ Lacan vuelve sobre la función de *espejo esférico* y la *imagen real $i(a)$* en el seminario sobre La Angustia, a propósito de la angustia como señal, en tanto fenómeno de borde en el campo imaginario del yo.

se reúne en una imagen y es visto como un objeto otro. Las percepciones externas e internas se convierten en una imagen que compromete lo visual (p. 94).

Operatoria ésta que quedará o no posibilitada por la posición de la madre como espejo esférico. La madre estará en posición de espejo esférico si puede pasar la voz del Padre operante en ella. Eso equivale a que pueda alojar al niño en su falta, tomando la hipótesis freudiana de equivalencia simbólica niño=falo. Lacan (1987) puede considerar el cortex del niño en relación al espejo esférico; Amigo (2003) agrega que se trata del cortex estimulado por la palabra del Otro, que tiene la posibilidad de hacer espejo en la medida que esta palabra sea palabra que sostiene la hipótesis fálica. Aclara que según la experiencia clínica puede observarse que no siempre, y por distintas circunstancias, una madre puede cumplir este rol de espejo esférico y más aún, que en ocasiones una madre puede cumplir esta función, pero no llegar a la de espejo plano.

4.3.2 Función materna como Espejo Plano.

Si la madre puede ubicarse como espejo plano, en su fondo el niño todo y no ya el cuerpo feteado y discontinuo de las diversas derivas pulsionales, se ofrecerá como sutura de esa falta en el Otro. Este espejo plano permite al niño percibirse siguiendo la mirada y los significantes del Otro, desde la significación y la palabra del Otro. Gracias a la perspectiva del Otro, a ese espejo equivalente a la significación del Otro, el sujeto verá una imagen unificada de su cuerpo. El sujeto se aliena a esa imagen, tomándola como propia y en franco desconocimiento, dirá de ella: *soy yo*. Para que la perspectiva pueda darse, dice Baraldi (2005), es preciso que allí donde el niño rota su cabeza en dirección a ella –la madre-, ésta devuelva algo como: *ese sos vos y sos digno de ser amado*. Para que pueda dar ese mensaje al hijo de ser digno de ser amado, es fundamental que pueda vivirse, sentirse, verse separada del hijo, que lo pueda filiar, reconocerlo como propio.

Si la madre puede estar a la altura de prestarse a cumplir ambas funciones, la de espejo esférico y espejo plano, entonces podrá sostener la entrada del niño en el estadio del espejo, concluye Amigo. Es importante destacar que la función de espejo plano comporta elementos y operaciones que remiten a la segunda identificación. En este punto resulta imprescindible resaltar la importancia de la primera en sus distintos tramos, representada por la función de la madre, especialmente en su función de espejo esférico. Cabe considerar que la posibilidad que esta imagen se constituya en *digna de ser amada* (Baraldi, 2005), requiere de ciertas condiciones como la del punto de mira de la madre. Esta imagen que el niño ve, tiene que ser ubicada respecto del punto de mira y producirse

una equiparación entre *rasgo unario* e *Ideal del yo*, la ecuación de la madre entre un rasgo que ella inscribe y un punto de su Ideal. Ese trazo, ese rasgo le posibilita al niño saber que *yo no soy el otro*, articular su propia imagen y reconocerse allí donde no está, diciendo yo. Estaríamos en el campo de la segunda identificación. Como sostiene Lacan (1987), “el punto del Ideal del Yo, en el cual situar el trazo unario, es el que gobierna para el sujeto su imagen de sí” (p. 884).

Para finalizar este capítulo, que intentó un rodeo sobre recorridos, para arribar al estadio del espejo bajo la pregunta por las condiciones estructurales para el reconocimiento de la imagen especular, a modo de cierre se destaca que:

- El niño identificado a su propia imagen construye los cimientos del yo (Baraldi, 2005).
- Esta identificación a la propia imagen, su reconocimiento es propiciado por la función de los dos espejos esférico y plano de la función materna. Ello es en relación a la identificación primaria y sus tramos; y que si no hubiera logro de la identificación primaria, no podría haber reconocimiento de la imagen especular como propia. Es interesante preguntarse por aquello que hace que alguien que ocupa el lugar de madre pueda estar a la altura de semejante doble función. Pero sólo se sitúa la pregunta y se remite a la lectura de los capítulos 3, 4 y 5 del libro “Mujeres y niños, ¿primero?” (Baraldi, 2005) donde se desarrolla, detallada y ampliamente, el asunto de lo materno.
- La idea de identificación como aquello que designa el nacimiento de una nueva instancia psíquica: Operación psíquica o proceso de transformaciones inconscientes que tiene el poder de producir un nuevo orden significante (Bruner, 2016).
- “Pasando por la primera y segunda identificación ya podemos encontrar un yo” (Baraldi, 2005, p.102).
- “En el ámbito de la imagen del cuerpo, se sitúa el yo como instancia. La superficie del cuerpo deviene soporte real del yo” (Cruglak, 2017, p. 94).

Si bien estos recorridos se sitúan en relación al reconocimiento de la imagen especular, lo que contribuiría al nacimiento del yo, queda como interrogante si ello es suficiente para que el niño pueda nombrarse a sí mismo diciendo yo. Se sabe que la cuestión de los nombres comienza a jugarse a partir de la primera identificación. Cruglak (2017) recuerda que es Lacan quien propone que *dar nombre a las cosas* tiene que ver con una *función radical del nombre del padre*. Función equivalente al nombre del padre y se obtiene como efecto de esta primera identificación. Cruglak (2017) despeja este punto:

(...) la propuesta que hiciera Lacan en su seminario RSI: “identifíquense a lo Real del Otro real: ustedes obtienen eso que yo indiqué del nombre del padre” Lo que indicó es que el Nombre del Padre y su función radical, dar nombre a las cosas son equivalentes. Subrayemos la función radical del nombre del padre; dar nombre a las cosas. Esta función es equivalente al Nombre del Padre y se obtiene como efecto de la primera identificación (p. 42).

Se concluye que la asunción jubilosa de la imagen en el espejo, que en principio daría cuenta de la naturaleza imaginaria del yo, efectivamente contempla en su armado las operaciones de identificación, nominación. De modo que es importante que lo imaginario incluya la falta, con la participación de lo Simbólico y lo Real.

Capítulo 5: Las respuestas del sujeto

En búsqueda de recorridos psíquicos necesarios para el nacimiento del yo, se ha situado aquello que puede convertir al *espacio hablante* en un *hábitat* para el yo. En este sentido se hizo referencia a los factores necesarios para que dicho espacio ofrezca al yo un hábitat acorde a sus exigencias; se identificó además al *estadio del espejo* como una operatoria necesaria y se hizo foco en las condiciones estructurales para el acceso al mismo. En estos caminos han quedado enfatizado, lo que tiene que ver con el Otro, es decir, lo que el Otro ofrece, lo que tiene que llegarle del Otro al niño. Este capítulo trata -a sabiendas que no son procesos que puedan pensarse independientemente unos de otros- de aquello que le correspondería al Sujeto.

Amigo (2003) explica que en el Otro, la estructura que permite la apuesta al niño funciona de forma sincrónica; de un solo golpe el Otro puede soñar *con* ese hijo y a la vez imaginarse muchas otras cosas *para* ese hijo a futuro. Sin embargo, éste en cambio, absorbe diacrónicamente, es decir paso a paso. Y en cada uno de esos pasos el niño puede simplemente aceptar lo que del Otro le llega, inventar un cambio de rumbo o sucumbir a la imposibilidad de apropiarse de lo que le viene del Otro. Señala de este modo diversas alternativas respecto de lo que puede o podría el niño. Por lo tanto, al sujeto algo le compete *hacer* con eso que le viene del Otro. A este algo de lo que le compete hacer al sujeto, se lo puede nombrar *respuestas*, razón que le da el título a este punto. Idea recuperada del planteo de Flesler (2016). Ella afirma que cuando hay *respuesta*, se inaugura el intervalo, lo no idéntico, el trazo distintivo, y con ello un pasaje que va desde “el espacio inaugural donado y propuesto por el Otro al lugar que el sujeto diseña con su respuesta” (p. 67). Si bien la autora está retomando las ideas de Lacan (1969) en “Las

notas sobre el niño”, para poner el acento en la distinción entre *Responder* y *Realizar*, y subrayar y demostrar que no es lo mismo *responder* como sujeto que *realizar* la presencia del objeto en el fantasma del Otro; es de interés aquí, detenerse particularmente en lo que queda dicho respecto de las respuestas. Se resalta entonces como asunto importante la aparición, la puesta en marcha de las *respuestas del sujeto*. A partir del espacio inaugural donado y propuesto por el Otro, deberá haber *respuestas* por parte del *sujeto* para que quede diseñado su propio espacio y ganar su existencia: “Los padres dan la vida y también el intervalo primero y necesario. Pero la existencia, en cambio la gana el sujeto, si responde. El sujeto responde al Otro en el intervalo de su falta” (Flesler, 2011, p. 67).

Se intenta, desde esta perspectiva, identificar algunos recorridos que, como respuestas del sujeto, pueden contribuir al nacimiento del yo.

5.1 La Expulsión.

Freud propone la constitución del *no-yo* como lo originariamente *expulsado* del yo-primitivo:

Esto lo introduciré en mí y esto lo excluiré de mí. O sea ‘debe estar dentro de mí’ o ‘fuera de mí’. El yo primitivo regido por el principio de placer, quiere introyectarse todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo. Lo malo, lo ajeno al yo y lo exterior son para él en un principio idénticos (Freud, 1981, p. 2885).

La expulsión se convierte de este modo en una operación importante del psiquismo. Lo expulsado, posibilidad de constitución del sujeto dividido. El trabajo requiere detenerse en ella para averiguar cuál es el aspecto que permita tomarla como trabajo psíquico necesario para la constitución del yo, a la vez que situarla, tal como se propone en este capítulo, del lado de las respuestas del sujeto. Algunos autores y sus categorías guiarán esta búsqueda.

Lacan, en su Seminario 11, clase 10/06/64²¹ retomando a Freud y su texto “Pulsiones y Destinos de Pulsión”, articula la constitución del *no-yo* como lo originariamente expulsado del yo primitivo, como lo malo, lo que muerde al yo primitivo. Interesa recoger la explicación que desarrolla sobre *el no-yo* como operación fundante del aparato psíquico y su remisión al campo de los objetos pulsionales. Su desarrollo parte de aquella consideración de Freud del aparato psíquico en relación a la *homeostasis* para preguntarse luego cómo poder articularla con la idea de *placer*. Señala al *Ich*, como

²¹ En esa clase realiza articulaciones con la operación de Alienación, la división del sujeto.

aparato que tiende a cierta homeostasis. El *Ich* en Freud, está definido objetivamente por el funcionamiento solidario del aparato del sistema nervioso central con la condición de homeostasis, la conservación de las tensiones a un nivel determinado como el más bajo. Lo que hay fuera de eso, no es más que *indiferencia*, y en este caso, al tratarse de tensión, indiferencia quiere decir sencillamente, *inexistencia*. Freud indica sin embargo que la *regla del autoerotismo* no es la inexistencia de los objetos sino el funcionamiento de los objetos únicamente en relación con el *placer*. Entonces, en la zona de indiferencia se diferencia entre lo que procura *Lust* (placer) y lo que procura *Unlust* (displacer). El asunto, dirá Lacan (1987) es entonces figurar este estadio, articular *homeostasis* y *placer*, ya que resulta demasiado para el equilibrio que algo procure placer.

De ese *Ich* hipotético en el que comienza la primera construcción de un aparato que funciona como un psiquismo, Lacan se pregunta ¿qué será lo que lo hace funcionar? Propone el siguiente esquema: El *Ich*, como aparato que tiende a cierta homeostasis, aunque no la más baja que equivaldría a la muerte. El *Lust*, que por su parte es un objeto de placer, que como tal se refleja en el yo. Esta imagen en espejo, ese correlato bi-unívoco del objeto, es precisamente el *lust- Ich* purificado del que habla Freud, es decir, la parte del *Ich* que se satisface con el objeto como *Lust*. El *Unlust*, en cambio es lo que sigue siendo inasimilable, irreductible al principio del placer; a partir de esto, según lo dice el propio Freud, se constituirá el *no-yo*. El *no-yo* se sitúa, dentro del círculo del yo-primitivo, hace mella en él, sin que el funcionamiento homeostático logre nunca reabsorberlo. Origen de lo que se encontrará más tarde en la función del objeto malo. El *Lust-Ich* (yo placer) se diferencia y al mismo tiempo cae en el *Unlust* (displacer), fundamento del *no-yo*; esto no implica la desaparición del aparato, sino todo lo contrario. De este modo muestra cómo se produce en un estadio primitivo, esa *cercenadura* que destaca en la dialéctica del sujeto respecto del Otro. Este *No-yo* remitirá al campo de los objetos pulsionales. Esto es así en tanto el reconocimiento de la pulsión es lo que permite construir el funcionamiento de lo que él llama la *división del sujeto*, porque la dialéctica del inconsciente del sujeto no puede limitarse a la referencia del campo del *Lust*, a la imagen de los objetos benéficos, favorables. “Esto es así en la medida que se ha encontrado cierto número de objetos que no sirven para nada, dirá, son los objetos *a, el pecho, las heces, la mirada, la voz*” (Lacan, 1987, p. 250).

Primer objeto expulsado, como odiado, rechazado, *no-yo* que da cuenta de esa *cercenadura* que se destaca en la dialéctica del Sujeto y el Otro, y promueve la división del sujeto. Respecto del *No-yo* como *lo malo*, De Biasi (2013) agrega, “como astilla del

displacer que muerde el yo primitivo, displacer que debemos entenderlo como exceso de placer, es decir, como goce” (p. 113). Algo tiene que quedar entonces *expulsado, goce, no-yo* para posibilitar la constitución del sujeto dividido. Operatoria de inauguración para el nacimiento del yo, en tanto se entiende que la constitución del yo se va forjando mientras acompaña la aparición del sujeto en el campo del Otro.

Baraldi (2005) realiza una articulación entre la operación psíquica de la *expulsión*²² y la *identificación primaria*. Señala que lo que plantea Freud, ese *algo de sí* que quedará arrojado en un afuera *Ausstossung*, se produce gracias a la incorporación del lenguaje, operatoria que se situó como primer tramo de la *identificación primaria*. Y que esto es lo que permite al niño, una vez que su madre se ha identificado con él, ser él quien pueda identificarla.

La ruta de la *primera identificación*, junto con los procesos contemplados por la evolución, muestra el plano constitutivo; lo que acontece en el octavo mes de vida es un ejemplo. *La primera identificación*, que se produce por la incorporación del lenguaje, propicia lo que Spitz (1974) definió como *angustia del octavo mes*, es decir, *la elaboración del llanto frente a lo desconocido*. Cabe señalar que lo magistralmente observado por este autor, que da cuenta de una reacción frente a lo desconocido, en virtud de los desarrollos que se proponen aquí, puede considerarse como la consecuencia o resultante de una operatoria psíquica. Para llorar frente a lo desconocido tiene que haber un conocido, la madre. ¿Cómo ha identificado el bebé a su madre? Se ha encontrado con el *apetito* materno, como así también con la *renuncia* materna a devorarlo. *Apetito* y *renuncia* son dos operaciones solidarias entre sí. Es esto lo que permite que el bebé, identifique a su madre; el captar esa paradoja. De este modo, la focalización de la mirada, la instalación de ritmos de alternancia: hambre-saciedad, sueño-vigilia, junto con la aparición de *la respuesta sonriente*, *-la sonrisa* aproximadamente a los tres meses - propician un acontecimiento nuevo y decisivo que es la *angustia del octavo mes*. Sobre la respuesta sonriente cabe recordar que en el tercer mes, según Spitz (1974), el bebé responderá al rostro del adulto con una sonrisa. “Esta sonrisa es la primera manifestación de conducta activa, dirigida e intencional” (p. 75). Este aspecto es retomado por Amigo (2003) para señalar cómo el orden del lenguaje produce efectos en la imagen. Afirma que un niño que tiene la suerte de significar algo para la madre, un niño al que se le habla y del que se ocupan, reconoce con una sonrisa a cualquier Gestalt humana.

²² Tal como la plantea Freud en el texto *La Negación* (1925).

Habitar el lenguaje implica la inducción de la producción y reconocimiento de una imago que va a producir la sonrisa. Por vivir en el signo, en el lenguaje, aunque no todavía en el significante, el niño va a reconocer la Gestalt humana, sonriéndole con alegría (Amigo, 2003, p. 27).

Pero luego el bebé sonríe exclusivamente a la madre y no a cualquier figura humana, y exige que sea la madre y no otra persona del entorno quien acuda cuando llora. Si la madre se identificó con el niño, será el niño quién ahora puede identificarla. Es decir que de entre todas las personas que le hablan y le dan a ver su Gestalt, el bebé identifica quién es su madre. Es decir, algo de sí quedará arrojado en un afuera, *austossung* según la palabra de Freud (1925) en “La Negación”. Baraldi (2005) avanza en el planteo y subraya que:

El discernimiento de lo que es mío (Yo) y de lo que no es (No-Yo), fundará el espacio, delimitando un adentro y un afuera como condición necesaria del mismo. La inclusión en este interior previamente fundado de algo que se quiere asimilar, hará marca en el aparato psíquico: habrá un antes y un después de tal asimilación, (*behajung*) (p. 22).

Esta operación psíquica de la *expulsión*, por parte del niño, de lo que le es ajeno, se produce vía identificación primaria; nos dice la autora, allí donde se incorporó la voz se funda -así en ese momento- un exterior y un interior. Representa un movimiento psíquico que da lugar a la espacialidad. De este modo, *lo que no se puede incorporar, queda desalojado, fuera de mí y será diferente de lo que está adentro. Afuera- adentro* queda fundado en los primeros tiempos de la vida. Primero la *expulsión*, y cuando se incorpora lo que se acepta y lo que sí se quiere es *behajung*, que significa *afirmación* y es lo que inscribirá en el psiquismo un antes y un después. Por eso resalta que las preliminares del espacio y el tiempo quedan jugadas en la primera identificación y son coordenadas fundantes y fundamentales que encuentran sus primeros hitos en los albores del psiquismo. Si espacio y tiempo, es decir, *adentro-afuera, antes- después*, quedan jugados en la primera identificación y gracias a la *expulsión*, consideramos esta operatoria como fundamental para la posible configuración posterior de la imagen del cuerpo y la constitución del yo.

Por su parte Flesler (2016) señala la relación entre la operación *expulsión* y la conformación de la *imagen del cuerpo* con la que se asume el cuerpo como propio. Haciendo referencia a la redistribución de los goces en la infancia, dirá en su libro “El

niño en análisis y las intervenciones del analista”, que los goces del cuerpo dependen estrechamente de la recreación. Recreación de la falta primigenia que se inaugura cuando un goce incestuoso quedó, en cuanto expulsión –*Ausstossung*–, fuera del cuerpo del niño. Así esta pérdida de goce es entonces *condición necesaria* para una redistribución habilitante de nuevos goces, es una condición ineludible para causar el deseo. Y agrega:

En el origen, será por la eficacia de la expulsión que podrá comparecer la unidad de la imagen especular con la que se asume el cuerpo como propio. Con ella, el sujeto conocerá el primer goce jubiloso y jubilatorio del narcisismo con el que jugará desde la cuna a ser el falo imaginario del Otro. Sin él, no jugará ni en la infancia ni más tarde en la cama los juegos del amor. Es una operación integradora necesaria (p. 69).

Queda situado de este modo que para que pueda comparecer, advenir la unidad de la *imagen especular, la asunción del cuerpo como propio, el júbilo* de ser el falo imaginario del Otro, en el origen, la operación *de expulsión* debe ser eficaz. Si esta operación de expulsión, de pérdida de goce, es una condición necesaria para la unidad de la imagen, la asunción del cuerpo como propio; entonces advertimos su importancia y contribución para el advenimiento del yo.

5.2 Escritura de una diferencia.

Tensión-Distensión son inscripciones primordiales en el psiquismo, afirma Baraldi (2005)²³. La primera experiencia de satisfacción descrita por Freud (1895) en el “Proyecto de psicología para neurólogos”, señala que un niño sufre tensión y necesita la *acción específica*, la acción de otro humano -que actuará según su entender, es decir, según su deseo- y que esta *acción específica* calmará la tensión, distensión que llama *placer*; placer como bajada de tensión. De manera recurrente, comenta la autora, en los primeros tiempos de la vida, habrá tensión-distensión. Reiteradamente la *acción específica* marcará la bajada de tensión. De este modo, tensión-distensión funciona como inscripción primordial en el psiquismo. Mientras esto ocurre el bebé, esperando la *acción específica*, el *auxilio ajeno*, podrá comenzar el trabajo de fantasear. Fantasear por ejemplo mientras chupa el chupete que está mamando, fantasear con la llegada de aquello que lo aliviará, por ejemplo la leche materna. Podrá entretenerse un momento fantaseando, y

²³ La autora realiza una interesante propuesta sobre aquello que desde la primera experiencia de satisfacción, permite vislumbrar la antesala del jugar. Señala algunos elementos que se retoman para poder pensarlos en función del tema de este trabajo.

gracias a la fantasía soportar ese real de la vida que es la frustración, algo equiparable a la invención en el primer fantaseo. Baraldi (2005) ubica algo muy importante:

Para pasar de la escena donde el auxilio ajeno se torna indispensable para salvaguardar al pequeño de su indefensión, a aquella otra donde el pequeño se “independiza” del auxilio del Otro, se vuelve necesario un cambio en la posición del niño (p.119).

Un cambio en la posición del niño implica tener que adueñarse de lo que el Otro inscribió para hacer algo con eso.

La inscripción de la diferencia entre *tensión-distensión*, se imprime adjudicando o no placer; si la satisfacción es posible, aparece una ley de alternancia tensión-distensión. Ella será necesaria para puntuar el *armado del cuerpo*. Ese cuerpo que se ha situado en capítulos anteriores como siendo en principio *pre-especular*; es decir, ese cuerpo donde las acciones del Otro permitirán diferenciar superficie de borde, la piel de los orificios y los orificios entre sí; es decir, delimitar zonas. Recordemos la importancia del armado de este cuerpo y su posterior relación con la imagen especular. Perdido el soma, la primera aparición del cuerpo, corresponde mucho antes que el estadio del espejo, a una primera captación pre-especular. Es una primera formación del yo en la que el cuerpo es percibido por el trayecto pulsional. Por lo tanto este primer elemento de inscripción, tensión-distensión como escritura de una diferencia, es fundamental para el armado del yo.

Este comienzo de la *fantasía* propiciado a partir de esta primera experiencia de satisfacción es propuesto por Baraldi (2005) como prefacio de la ficción, de lo lúdico. En este punto se recupera lo señalado sobre la importancia de este aspecto para entrar en el estadio del espejo:

(...) la idea de *velo necesario* para la operatoria subjetiva y fundacional, en tanto es lo que permite al niño identificarse a la imagen especular *creyendo* que eso que proyecta el Otro como imagen de lo que es capaz de falificar, es él mismo (Amigo 2003, p. 120).

La primera inscripción tensión-distensión es propuesta así como preámbulo de S1-S2, como lo que escuchamos en boca de un niño como *fort-da-*. Es decir que adueñándose de lo que el Otro inscribió, tensión-distensión es ahora el niño quien puede enunciar *fort-da-*. S1- S2. Entendiendo al “Fort-da como primer par opositivo en el que emerge la existencia del sujeto entre dos significantes S1 -S2” (Flesler, 2016, p. 126).

Se infiere entonces que *la escritura de una diferencia*, que se inicia con la inscripción *tensión-distensión*, que remite al armado del cuerpo como también al

comienzo de la fantasía y que es preámbulo de la oposición significante, son elementos o trabajos psíquicos que serán necesarios para el advenimiento del yo. Es importante destacar que si la emergencia del sujeto se da en relación a la oposición significante, estos elementos son recorridos necesarios para que pueda aparecer la oposición significante como respuesta del sujeto. El primer par opositivo de significantes remite al juego del *fort-da* descrito e interpretado por Freud (1920) en “Más allá del principio del placer”.

5.3 Juegos constitutivos.

Analistas que trabajan con niños advierten que no habría modo de pensar al niño como sujeto deseante y su desarrollo sin considerar la dimensión del juego y el deseo de jugar. Hay juegos que los descubrimientos del psicoanálisis han demostrado como universales, como el *fort-da* junto con los *juegos transicionales* de Winnicott²⁴. Jerusalinsky (1994) añade a estos juegos, los *juegos de borde* o *el juego de caída*; Bruner (2016) propuso los *juegos de duelo*, que recorren como un hilo conductor las diversas formas de juego constitutivo y posteriormente amplía la serie de estos juegos nombrandolos *juegos unarios infantiles*. No se desarrolla todos y cada uno de ellos aquí, pero se los considera porque forman parte de los juegos *constitutivos* y *constituyentes*. ¿A qué se denomina *juegos constitutivos* y *constituyentes*? Bruner (2016) los define:

Son el espacio-tiempo central por excelencia en la infancia, en los que se efectúa, transcurren los procesos y operaciones primordiales de constitución del sujeto del inconsciente, la formación del yo, la realidad, el cuerpo y el mundo de los objetos (p. 50).

Es importante destacar que *la formación del yo* queda señalada en esta definición, en relación a estos juegos. Si se afina la lente puede leerse al juego como espacio-tiempo por excelencia en la infancia donde se efectúa, transcurre la formación del yo. ¿De qué modo en estos juegos se efectúa y transcurren los procesos primordiales? Afirma Bruner (2016) que “al jugarse y mientras se los juega, dejan inscriptas en el bebé o niño, una y otra vez de nuevo sus marcas, huellas, trazos a futuro quizás letras, surcando lo real de una manera singular y única para cada uno” (p. 49). Es decir que, mientras se los juega, dan lugar a que en lo real se produzcan para el niño, una serie de consecuencias simbólicas

²⁴ El objeto transicional que constituye un descubrimiento fundamental de Winnicott, puntualiza el conjunto de fenómenos que, con el mismo nombre de “transicionales” aluden a la sustitución del objeto de deseo. Lacan, que reconoce la importancia de esta observación de Winnicott, la remite al registro del falo.

e imaginarias. Según su hipótesis una de esas consecuencias sería *la identificación primordial del significante y sus leyes*.

¿De qué modo más preciso el juego interviene en el armado del yo? ¿Qué de esas consecuencias simbólicas e imaginarias se producen mientras se juega qué juego en lo real? El juego es una respuesta del sujeto; lo dice Freud (1920) cuando se refiere al primer juego, *de propia creación de un niño de año y medio*. Ese juego inaugural y paradigmático es el que el autor describe magistralmente a partir de la observación en su pequeño nieto, y se conoce como juego de *carrete* o *Fort-Da*. La expresión que utiliza en el texto²⁵ para describirlo es *el primer juego, de propia creación*. Desde la observación de las acciones *repetitivas* de este niño de dieciocho meses, el autor las describe e interpreta. Dirá que el juego completo consistía en *desaparición y aparición*. Es que su nieto jugaba con un carrete haciéndolo desaparecer detrás de los barrotes de su cuna mientras decía con expresión interesada y satisfecha *o-o-o-* (que a juicio de su madre y del de Freud mismo significaba *Fort= fuera*;) es decir *se fue*. Para luego hacerlo reaparecer mientras decía alegremente *Da=aquí*, es decir, *acá está*. Esta es una parte del juego, pero además describe otra. En ausencia de la madre, y habiendo descubierto su imagen en un espejo de la habitación que llegaba casi hasta el suelo, se agachaba de manera que la imagen desapareciese a sus ojos, es decir, quedarse *fuera*; luego al ver aparecer a su madre que había estado ausente varias horas, la recibió con las palabras: *¡nene o-o-o!* se fue. Freud dice que el niño había encontrado un medio para hacerse desaparecer a sí mismo, y verá certificado en este segundo juego la interpretación que había hecho respecto del primero.

Este juego es considerado en la teoría y práctica analítica como “la matriz lúdica de todo juego posterior y la marca de la aparición del sujeto representado entre significantes siendo el sujeto efecto de la presencia-ausencia del objeto (...) (Bruner, 2016, p. 55).

Lacan vuelve sobre el mismo de un modo particular en 1964. En el seminario 11 efectúa sobre este juego matricial, en el que se inaugura la experiencia de lo humano, una importante observación. Retoma el tema pero no para determinar el acento sobre el ángulo del significante y su oposición fonemática, sino en cuanto al *objeto a*.

Si el significante es en verdad la primera marca del sujeto, cómo no reconocer en este caso -por el sólo hecho de que este juego va acompañado por una de las primeras oposiciones en ser pronunciadas- que en el objeto al que esta oposición se aplica en acto, en el carrete, en él hemos de

²⁵ Más allá del principio del placer, Cap 2.

designar al sujeto. A este objeto daremos posteriormente su nombre en el álgebra lacaniana: el a minúscula (Lacan, 1987, p. 70).

En el mismo texto queda señalado que el carrito no es la madre, sino que es como un trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo. Que con su objeto, salta el niño los linderos de su dominio transformado en pozo y empieza su cantinela. Que lo que cae no es el otro en tanto que figura donde se proyecta el sujeto, sino ese carrito unido a él por el hilo que agarra, donde se expresa qué se desprende de él en esta prueba, la automutilación. Queda considerado de este modo que el juego del carrito es la respuesta del sujeto a lo que la ausencia de la madre vino a crear en el lindero de su dominio, en el borde de su cuna, a saber un foso, a cuyo alrededor sólo tiene que ponerse a jugar al juego del salto

Lacan, asentado en la observación de lo lúdico acuñada por Freud, según Marrone (2012) se define por su propio acento, en tanto no se trata de la necesidad de que la madre vuelva sino de la *spaltung*, de la *división del sujeto*, de la *producción de una hiancia*, de *un hueco o vacío* que es lo que le posibilitará cantar su propio canto de sujeto. Desde esta perspectiva, reconoce la autora, el juego cumpliría una función radical y determinante para la dirección de la cura ya que se trata de la producción de un vacío que permite la variación significativa.

Respecto de la función del juego en el análisis, Jerusalinsky (1994) señala que en la clínica con niños, podemos ocuparnos de lo que todavía no está constituido y para ello vienen en auxilio los juegos demostrados como universales. En el niño, aunque las articulaciones constituyentes de ese sujeto ya estén previamente configuradas en el orden del discurso, ellas padecen de la fragilidad y están expuestas por lo tanto a las vicisitudes de su inscripción.

¿Cómo enlazar estos desarrollos respecto del juego a la formación del yo? Bruner (2016) señala que la importancia de estos juegos de ocultación radica en que, para Lacan, conforman el núcleo de lo que permitiría la identificación del yo, en tanto la madre no es solamente la que da el seno, sino también la marca de la articulación significativa. En este sentido y por su parte Jerusalinsky (1994) afirma que el juego del Fort-da descrito e interpretado por Freud señala un momento constituyente del sujeto en el cual el pequeño niño captura, en la discontinuidad significativa (aquí-allá), la imagen de sí mismo, vista o no vista por el Otro, lo que implica colocar en serie la ausencia-presencia. Pero además sitúa algo muy pertinente y de interés para este trabajo; ya que considera que este momento, que le permite ordenar en palabras la mirada de ese Otro Primordial -

constituido por su madre-, captura hacia atrás los pequeños y minuciosos ensayos que desde bebé recorrió en los *juegos de imitación* (las *gracias* ²⁶ofrecidas a los adultos), en los *juegos de ocultamiento* (el famoso cuco-aitá), *las negativas* (darle vuelta la cara a su madre cuando ofendido), y otros.

A partir de la captura de la imagen de sí mismo, vista o no vista por el otro, en esa discontinuidad significativa que pone en serie la ausencia y la presencia, el autor revisa y releva lo que puede capturarse hacia atrás, es decir aquello que precede, como antesala al Fort-da, y que puede pre-anunciarlo. Esos minuciosos ensayos que realiza el bebé y que pueden situarse como recorridos previos que colaborarán con el reconocimiento de la imagen de sí, a la vez de convertirse en indicadores clínicos.

Ese momento constituyente del sujeto que le permite al niño ordenar en palabras la mirada de ese Otro Primordial, no sólo permite capturar *hacia atrás* estos ensayos recorridos por el bebé, sino también hacia adelante. De modo que hacia adelante, comenta el autor, atravesará el juego de *las escondidas*: lo que se da ver y se oculta en el cuerpo, lo que se descubre más allá de lo perceptible, la discontinuidad de lo visible y lo no visible, la oposición y articulación entre presencia y ausencia, entre posesión y falta. “La enunciación Oo-Aá (*Fort-da*) es la que, inscribiendo la mirada en el ámbito del lenguaje, encadena todos estos juegos, descubrimientos y encubrimientos en una serie que, probablemente, se extiende hasta la formación de la mentira” (Jerusalinsky, 1994, p. 12-13). El fort-da entonces, inscribe la mirada en el lenguaje y encadena todos estos juegos.

Mannoni (1985) también propone cierta articulación del juego con la imagen, el espejo, y por lo tanto con el yo. Explica que al sujeto lo constituye el límite de la ausencia y la presencia:

(...) esto se advierte leyendo el clásico juego del Fort-da (...) Hacer desaparecer el objeto para hacerlo aparecer de nuevo, es apelar a una imagen que no se sostiene sino por la desaparición del objeto. (...) Diciendo fort, el niño a un tiempo, se define y se ubica (...) La observación es acompañada por Freud, con una nota a pie de página (...) El niño, juega en el espejo y hace al mismo tiempo desaparecer la imagen de su cuerpo del espejo, borrarse del espejo es hacerse sostener en el nivel del ego imaginario (captación del yo por el otro en una relación erótica o agresiva). Sólo la falta de objeto permite al niño avanzar hacia la

²⁶ Como sucede en lán, comienza a *hacer ojitos* (Capítulo 7)

subjetividad, es decir, abandonar su estado de a-subjetividad de la presencia total. Pero esto supone por parte de los padres, poder tolerar no serlo todo en sus relaciones transferenciales con el niño y le permitan encaminarse al descubrimiento de la diferencia (citado en Bruner, 2016, p. 69).

Borrarse del espejo es hacerse sostener en el nivel del ego imaginario, captación del yo. Importancia de los padres para permitir la diferencia.

Marrone en una nueva articulación del juego y el yo, vía estadio del espejo, explica:

El estadio del espejo arroja el resultado de una identificación formadora, pero la complejidad del concepto resuena de otro modo cuando se admite que el juego concurre a su configuración (...) El juego toma su lugar en el estadio del espejo, bisagra que como tal, instauro cultura, de modo que para el yo y su narcisismo, no será indiferente que el juego encuentre allí su lugar o que falte a la cita (citado en Bruner, 2016, p. 70).

Para el yo y su narcisismo, no será indiferente que el juego falte o no a la cita. Se destaca el papel de la identificación formadora, como resultado del estadio del espejo pero a su vez es constitutiva del mismo. Y además que para el yo no es indiferente que el juego aparezca allí o no. Luego la autora se arriesga al afirmar que:

(...) el juego instauro el encuentro con la transformación del espejo. Se trata de la ocasión en la que se articula la unidad de la imagen del cuerpo al falo como aquello que 'da cuerpo a lo imaginario' pero en tanto 'esencia de lo cómico' (...) En definitiva: la transformación del concepto de estadio del espejo permite situar, desde el Seminario XXII: RSI a La Familia, una dirección retroactiva en la que el juego consta en los extremos del arco que allí tendemos (...) es posible enfocar dos manifestaciones psíquicas al mismo tiempo determinantes para el sujeto; la asunción del desgarramiento a través del juego y la afirmación de la unidad del propio cuerpo a través de la identificación. (Marrone, citado en Bruner, 2016, p. 71).

La consideración de estas manifestaciones psíquicas, determinantes para el sujeto, que el juego posibilita en los extremos de un arco, es decir *la asunción del desgarramiento* a través del juego y *la afirmación* de la unidad *del propio cuerpo*; resulta un buen modo

de situar y finalizar este rodeo por el juego, en tanto respuesta del sujeto y su colaboración con el nacimiento del yo.

Para concluir el capítulo, se señala que los distintos puntos desarrollados se consideran respuestas subjetivas, preliminares, necesarias en tanto recorridos que colaborarían con la constitución de la imagen especular, con la afirmación del propio cuerpo, por lo tanto contribuyen de algún modo al nacimiento del yo. Así desde la operación de expulsión se habilita la constitución del *no-yo*, de los objetos pulsiones, su incidencia para el espacio y tiempo, para la unificación de la imagen del cuerpo. *La angustia del octavo mes* leída desde la *identificación primaria* como momento fecundo que refrenda esa operatoria y hace su contribución al psiquismo. La inscripción de la diferencia, de la alternancia, en los primeros tiempos que se torna necesaria como preámbulo de la oposición significativa. Recorridos que prefiguran la posibilidad del juego en lo que tiene de función constitutiva y sus consecuencias.

MATERIAL CLINICO

Capítulo 6: Caso Nadia (de Lefort, R)

6.1 Una investigación que da lugar a otra.

Una investigación acerca de las condiciones y consecuencias de la internación prolongada de niños pequeños (*hospitalismo*), en el servicio de Jenny Aubry, dió ocasión a la *observación* de niños.²⁷ En ella, Rosine Lefort -quien formaba parte de la misma- transitará una experiencia, que la impulsará a pasar de esa tarea de observación a tomar en tratamiento psicoanalítico a dos de esos niños pequeños. Lefort pasará de la simple *observación* -para la que había sido convocada a los fines de dicha investigación desde 1951- a iniciar *tratamiento* con Nadia (13 meses) y Marie- Françoise (30 meses). Ello, además sin ser aún analista. Situación que permite destacar lo que puede suceder cuando alguien se siente interpelado en su deseo y puede ponerlo en juego. Lo cierto es que esta situación pondrá en marcha otro tipo de investigación, dará lugar a una experiencia e investigación de la cual este trabajo intenta nutrirse. La particularidad de la misma reside en que ella escribe diariamente, por las noches, notas de lo transcurrido en cada una de las sesiones con estos dos niños; y mucho más tarde, luego de unos años, intenta formalizar esa práctica desde algún saber teórico con el que en ese momento no contaba.

²⁷ Investigación (1948-1953) realizada en el servicio de Jenny Aubry. Se trató de una investigación asociada en su segundo período, con la investigación del equipo inglés bajo la dirección de John Bowly.

Si algún saber contaba en el momento del trabajo con Nadia, es un *saber inconsciente*, dirá.

De esa formalización posterior resultará la escritura de ambos casos en la publicación de un libro que lleva por nombre “El Nacimiento del Otro”. Aquí se toma ese texto y sólo su trabajo con Nadia. Puede resaltarse entonces que en este punto señalado, acierta con el célebre *consejo* de Freud (1912), consejo que indica lo importante de escribir sobre un caso una vez terminado el tratamiento, es decir, tal como lo plantea en “Consejos al médico en el tratamiento Psicoanalítico”:

(...) no elaborar científicamente el tratamiento de un caso si éste no está cerrado, proceder como al azar, dejarse sorprender por sus virajes abordándolo cada vez con ingenuidad y sin premisas. Someter el material adquirido al trabajo del pensamiento, sólo después de concluido el análisis (Freud, 1991, Vol. XII p. 114).

Se considera que acierta con la indicación de Freud en todo el sentido de la misma, no sólo porque ella elabora científicamente el caso, lo somete al proceso del pensamiento luego de algunos años de concluido ese trabajo sino que además se asiste en la lectura del mismo –sobre todo en la transcripción que realiza de lo acontecido en cada sesión- al testimonio de su proceder, es decir a cómo ella *va dejándose sorprender por los virajes, sin premisas*.

El interés por este caso está sostenido en la posibilidad de encontrar aportes que colaboren con el tema específico de esta investigación, en torno al nacimiento del yo, dado el particular modo del procedimiento señalado que convierte el material en una fuente de datos, una documentación escrita. Sin embargo, cabe resaltar que ese interés se ha visto superado ampliamente por aportes adicionales que lo enriquecen, aportes que pueden ordenarse en tres ejes: la práctica del psicoanálisis y la investigación; la posición ética de quien se dispone a trabajar con niños y la extraordinaria experiencia concreta y relatada paso a paso de constitución de un sujeto. *La práctica del psicoanálisis y la investigación*: puede reconocerse que el trabajo de la autora, en relación a Nadia, refleja la idea que propone Fernandez Miranda (2021) respecto de *la investigación y la práctica del psicoanálisis*. El mismo afirma que sería dudoso que una investigación en psicoanálisis no se entreme con la práctica ya que *el método psicoanalítico sería un dispositivo de lectura*. En este sentido considera que, atendiendo al *Paradigma indiciario* como marco epistemológico y metodológico para situar la investigación en Psicoanálisis, puede existir una *trasposición formal* de las reglas del *método de cura a la investigación*.

En tanto las reglas de método de cura tienen que ver con la *descomposición del sentido global y la puesta en primer plano de ciertos detalles anodinos como lugares a partir de los cuales es posible acceder a alguna verdad*. Puede leerse de este modo el caso que presenta Lefort, como una puesta en primer plano de lo que le sorprende, de los detalles, de cada uno de los *indicios* que va advirtiendo en la observación y en sus encuentros con Nadia en el transcurso del tratamiento, es decir como una descomposición del sentido global y consideración de los detalles. Se transforma de este modo la experiencia, en tanto dispositivo de lectura, en investigación impulsada por los enigmas de la práctica psicoanalítica.

Con respecto a *la posición ética de quien se dispone a escuchar a un niño*, basta una cita de quien deviene analista a partir de su trabajo con Nadia. La misma da cuenta de una posición ética para la práctica del psicoanálisis:

Excluida la crianza, en ese momento no tengo, sin embargo, ninguna idea preconcebida acerca de lo que soy susceptible de aportar a Nadia, salvo mi atención y mi disponibilidad a lo que ella pueda pedirme, con todas sus reticencias cuando se trata de contactos físicos. Soy ajena a todo saber teórico, no tengo ni la sombra de él, si poseo algún saber es un saber que puede ser calificado de inconsciente (...) (Lefort, 1983, p. 18).

Si bien el saber teórico será construido más adelante, a partir de la asistencia a los seminarios de Lacan, estas palabras dan cuenta de una posición que considera los siguientes elementos:

- Excluir colocarse en relación al saber sobre la *crianza*, riesgo que muchas veces puede correrse en el trabajo con niños. En este sentido es pertinente recuperar a Jerusalinsky (1994) al señalar cuán difícil es para los terapeutas sostener su neutralidad:

(...) esa tentación de decidir acerca de “lo mejor” para estos niños, la facilidad con la que se escapa una intervención pedagógica inoportuna (...) Ana Freud tenía buenas razones para afirmar que los niños se dirigen hacia nosotros más como un adulto que como a un terapeuta, aunque no podemos coincidir con ella en que sea ésta la posición que debemos cultivar en el desarrollo del análisis de un niño (p. 12).

- La puesta en juego de la disponibilidad, nada más ni nada menos que su *deseo*. Elemento fundamental para sostener un análisis.

(...) En ese sitio me dejaré interpelar, escuchar lo que tiene que decir, decir la muerte para poder vivir; a partir de allí, me obliga a abandonar

toda idea de su bien, a despojarme de toda intención de ayudarla, a colocarme en la diapason de su drama, a permitirle que oscile hacia mí como hacia el sitio donde su drama, puede formularse y ser escuchado (Lefort, 1983, p. 18).

- Este tratamiento, coincide además con el inicio del propio análisis de Lefort, dato que no es menor. Consideraciones todas ellas fundamentales para quien se dispone a escuchar a un niño y pueda devenir en cada caso, analista.

Respecto de *la constitución subjetiva*, el texto trata de una revelación extraordinaria de la función del analista como Otro, del ingreso a lo simbólico, de la construcción del Otro como lugar significativo, de cómo un niño llega o no a ser sujeto. A ese Otro, que si bien esta niña había *conocido en la multiplicidad de su existencia*, faltaba que le diera su condición de sujeto a través de la palabra. Condición que Nadia encontrará en el tratamiento donde Lefort ocupa el sitio del Otro. Sin embargo, de forma directa no es abordado el tema del *yo*. Aparecerá el término *yo* por primera vez en todo el texto en la última página, y en estos términos:

Su risa y su bienestar bastan para comunicar que (...) ahora ella tiene su imagen, su “yo” (...) Esquemáticamente podríamos decir que la libido que antes del espejo se prendía del otro y la desesperaba, después del espejo ha sido drenada por el “yo”; el “yo” que sólo puede ser especular (Lefort, 1983, p. 238).

Si bien no se encuentra en todo el texto la mención del término *yo*, salvo en esta cita, la riqueza radica en que permite rastrear e identificar situaciones o expresiones que pueden dar cuenta de ciertos trabajos y procesos comprometidos con la formación de ese *yo*. La cita parece hacer equivaler imagen y *yo*. El caso llega hasta allí, hasta cierto reconocimiento de Nadia respecto de la imagen, queda como interrogante si ello es equivalente a un *yo*, como parece indicarlo la autora.

De todos modos queda señalado que si bien este *yo* sólo puede ser *especular*, ello es una *conquista*, que sólo a ello se pudo arribar luego de muchas otras conquistas; puede decirse entonces no sin el recorrido por caminos previos. En este sentido es muy valioso el aporte, por ese motivo se intenta hacer foco en algunos de esos recorridos: lo pre-especular y los espejos.

6.2 Con Nadia o El Espejo.

El caso figura bajo el título *Nadia o El Espejo*. Se requieren en principio algunas coordenadas fundamentales respecto de lo que plantea la autora sobre la niña y sobre los

primeros momentos del tratamiento, para luego rastrear en aquellos capítulos específicos afines al tema de este trabajo.

Algunos datos sobre Nadia. Desde que nació fue separada de su madre tuberculosa. Transcurre con diversas afecciones rinofaríngeas que requieren idas al hospital. No conoce otra cosa que ese tipo de establecimientos. La niña ingresó a la fundación²⁸ a sus 13 meses y medio de edad, forma parte de un grupo de niños que han sido colocados durante 15 días en un espacio destinado a prevenir enfermedades contagiosas, condición que cumplen los niños al ingresar a la institución. En el servicio, Lefort está a cargo de la observación de 10 de esos niños, de modo que Nadia no es el único objeto de su atención. Sin embargo desde el primer día que la vio, percibe la posibilidad de un contacto con ella, aunque la niña no lo manifiesta.

Indicios.

- Las descripciones que realiza la autora de la imagen de la niña, la representan como siendo muy delgada, de piel amarillenta y rostro demacrado, con atraso en su estatura y peso (equivalentes a una niña de 8 meses). Sin embargo llama la atención sus grandes ojos negros con ojeras y advierte una mirada viva, muy atenta a lo que sucede a su alrededor. Señala Lefort que si bien hay falta de contacto espontáneo con el adulto, ello no justifica la evocación de un síndrome patológico, porque lo que ella está advirtiendo es su mirada vivaz y muy atenta. En función de lo que se investiga en este trabajo, este aspecto se puede considerar un *indicio*.

- Permanece inmóvil, sentada días enteros, no se desplaza, y en determinadas ocasiones puede balancearse violentamente. No toma los juguetes y grita si un niño a su lado lo hace. Da la impresión por la fijeza de sus actitudes de que su estado es catatónico, sin embargo un contacto se establece cuando al hablarle ella, la niña sonrío. Toma el muñeco que le ofrece, lo besa, lo lame, lo toma y se la da a Lefort. “La relación entre ella y yo se establece exclusivamente al nivel de la vista y la voz” (p. 9). El tratamiento duró aproximadamente 10 meses, desde octubre 1951 a julio 1952

Primeros momentos del tratamiento: Fuente hacia el espejo.

La sesión del 10/12 será la referencia para la lectura y formalización de la analista de operaciones fundantes vía transferencia. Lo acontecido al final de esta sesión es lo

²⁸ La *Fondation Parent de Rosan*, perteneciente al servicio de Jenny Aubry es una Institución de asilo temporario de niños, que dependía de la Asistencia Pública. Es un tipo de institución para niños pequeños que esperan ser colocados o han sido confiados temporalmente a ella durante la enfermedad de la madre.

siguiente: el balbuceo de *ma-ma-ma*, y de vez en cuando una mímica de succión, luego de que Lefort interrumpiera en Nadia la contemplación del espectáculo que la fascinaba completamente, el de *una enfermera que hace saltar a otra niña en las rodillas*. Sobre esta escena se detiene para su análisis. Señala que ella muestra una imagen que remite a la imagen que siempre ve la niña en su vida de internada a la hora de los biberones y de la espera de su turno, la imagen del Otro y otros acopladas, que Lefort anota: A+ a. “De modo que es una imagen indisociable en sus dos elementos y a ella vuelve Nadia en la escena de la fascinación, que ilumina aquello de lo que se trata: una relación meramente escópica, una imagen donde se encuentra incluida” (Lefort, 1983, p. 58).

Esta es la imagen que a partir de la intervención de Lefort será promovida al rango de significativo, de significativo *de la mujer y el niño*. Mientras la niña, sentada en su cama, contempla esta imagen completamente fascinada, Lefort la llama varias veces por su nombre antes de que se dé vuelta. Si bien sonríe levemente, se hecha hacia atrás al tenderse los brazos. Está angustiada. Sin embargo, luego juega con los pies y con el anillo de Lefort y en un momento, le golpea la mano balbuceando “ma-ma-ma” y hace mímica de succión. La autora intenta formalizar y explicar con amplios argumentos teóricos la constitución de la Represión Originaria, Fantasma Fundamental, la operación de Alienación /Separación, la instalación del significativo.

Con la referencia al seminario 11 del 13/05/64 y 17/7/64 retoma lo que Lacan propone como Represión primaria, esto es que lo reprimido primordial es un significativo y cita: “ (...) la necesidad lógica de ese momento en que el sujeto en tanto X se constituye solamente de *Urverdrängung*, de la necesaria caída de ese primer significativo (Lacan citado por Lefort, 1983, p. 62).

Considera que la saca de la satisfacción llamándola por su nombre: con un significativo. Y allí Nadia separa de sí esa imagen y no volverá a encontrarla nunca más. El acto de nombrarla, dirá, tiene el valor de *intimación que el Otro le hace al sujeto mediante su discurso* de acuerdo con la fórmula de Lacan, y de una prohibición que para Nadia implica la pérdida de la certeza de la imagen. Dirá que la condición de los pequeños sujetos que viven en instituciones y que conocen sólo esa vida es que ningún Otro viene a responder de manera permanente con un significativo que los represente. Afortunadamente, a pesar de todo, en las instituciones se habla, y el pequeño sujeto siempre tiene que ver con el significativo, aunque no sea más que su nombre, que necesariamente escuchará de muchas bocas, bocas a las que él debiera ir a buscar el sentido de ese acto de nombrar, como lo hizo Nadia tantas veces. Búsqueda vana en la

que el amor apenas esbozado ha remitido a Nadia al goce de un real, que no era más que un *significante a la espera*, y que sólo se convierte en significante en la transferencia. En este punto la autora remite a la clase del 12/02/64 del Seminario XI de Lacan “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis” y cita:

Esos puntos radicales en lo Real que yo llamo ‘encuentros’, que nos hacen concebir la realidad como algo a soportar, como sufrimiento que está allí, que espera (...) No hay otro sino el que he definido como Inconsciente (...) el sitio que Freud llama ‘la otra escena’ (Lacan, citado en Lefort, 1983, p. 64).

Continúa su desarrollo sobre la sesión del 10/12, señalando que “ese significante se eleva a una función esencial, fundadora del tránsito que realiza entonces y que será *fuelle* de su debate hasta el espejo” (p. 64). Es el signo de que en un instante ella ha pasado del miedo de que el Otro la incorpore a una relación que es la que conoció siempre en la institución hospitalaria, a su demanda al Otro en el campo del significante, advenimiento mismo del sujeto.

Para finalizar este punto que queda nombrado como *fuelle hasta el espejo*, se señala la argumentación que la autora realiza respecto de las operaciones de *Alienación /Separación*, para lo cual hace referencia a la clase del 17/02/1964 del mismo seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. Ella argumenta:

Lacan definió las articulaciones respecto de un primer campo, el del Yo, con otro campo, el del Otro, como la alienación y la separación. Define la separación como intersección entre dos conjuntos, uno de los cuales representa al Sujeto, y el otro al Otro adulto, donde se produce el sentido. El punteado que recubre los dos círculos representa el recubrimiento de dos faltas y es el sitio del no sentido donde se realiza el sujeto del Inconsciente.

La alienación está representada por el vel, que en el caso de Nadia podría decirse: “la imagen de la mujer y el niño, o la muerte”. (...) Mi deseo como analista aparece aquí como una función esencial en su relación con el deseo de Nadia, donde “se conserva algo de la alienación (...) por una parte con lo que se ha constituido a partir de la represión originaria, de la caída del significante binario; y por otra parte con lo que en primera instancia aparece como una falta, en lo que está significado por la pareja de significantes, en el intervalo que los une, a saber el deseo del Otro

(Lefort, 1983, p. 66).

Se considera pertinente situar estas coordenadas señaladas como fundadoras de un tránsito que conducirá hacia el espejo, y que denomina *fuentes hasta el espejo*, recorrido necesario de constitución subjetiva que abriría o no, vías posibles para el armado del yo.

A continuación, se toman del texto los capítulos que refieren específicamente a los espejos, y que permiten arrojar luz sobre aquellos trabajos psíquicos que puedan posibilitar la formación del yo. Ellos son: 6-*Lo pre-especular* (11 de diciembre, 3 enero); 8-*El Espejo I: nuestra imagen* (17-31 de enero); 9-*El Espejo II: el retorno* (1-8 de febrero); 10-*El Espejo III: el tercer término* (9 de febrero, 1° de marzo).

Lo Pre-especular.

Estos primeros tiempos del tratamiento en que se funda el significante, por la Represión de un Significante Primordial Originario que inaugura el Inconsciente, inaugura a su vez una nueva fase, que llama *pre-especular*. En ese primer tiempo, la intervención de Lefort, tuvo efectos. La escena que genera fascinación asume el rango del significante de *La imagen de la mujer y el niño*, el espectáculo de la enfermera que hace saltar a una niña en sus rodillas y que Nadia observaba fascinada. Ella quedará reprimida para siempre, apareciendo la vía significativa. La sonrisa que le ofrece la niña cuando la llama por su nombre, cuando lanza el significante Nadia, muestra que Lefort se dirige a ella en tanto sujeto, la reconoce como tal a nivel del significante que la representa, hace desaparecer a la imagen, la anula y hace que la misma se reprima. La *llamada* introduce la castración y al mismo tiempo la represión de ésta. Ya no es *la que mira* sino que es mirada por la mirada de Lefort, por el significante Nadia. Lo que da lugar a la nueva fase.

El cuerpo del Otro será el centro de esta nueva fase, en dos aspectos: como objeto de contemplación y como portador de objetos *a*. Dirá que Nadia oscila continuamente entre la demanda incondicional de amor y la agresividad dirigida a desprender el objeto del cuerpo del Otro y que esta oscilación es la Ambivalencia. Relata cómo se van revelando los agujeros en la superficie del cuerpo. Que en su debate de su relación con el cuerpo del Otro, persiste una estructura topológica de superficie: la de la piel, la del Otro donde Nadia busca un agujero o la suya cuyo agujero ha de cerrar el Otro por contacto y ello no sin la ambivalencia:

El 12/12 es una sesión ejemplar del ingreso de Nadia en ese debate. En ella la ambivalencia es patente. Después de colocar los brazos para que yo la levante (los pondrá enseguida alrededor de mi cuello) hace además de

pegarme, no sin hacer movimientos de negación con la cabeza, y desatendiendo todos los objetos de la sesión, busca un objeto sobre mi cuerpo, manipulando los botones de mi blusa (...) bebe el biberón extendida en mis brazos, con sus ojos en los míos. Hay un contacto real corporal conmigo, en el que halla placer sino goce: una mirada plena, sus ojos en los míos hasta su autoerotismo cuando chupa su pulgar en mis brazos después de haber bebido (p. 84).

Lefort considera que topológicamente la estructura del cuerpo de Nadia parece ser una banda de Moebius, retorcida sobre sí misma, superficie de un solo lado, sin exterior ni interior, y además superficie topológicamente no agujereada. Lo cual pone en duda los orificios reales del cuerpo infantil. Que para Nadia lo que está agujereado es el cuerpo del Otro y en él explorará.

Relata las siguientes sesiones en donde aparecen los *objetos separables*, por ejemplo la búsqueda de un papel en el bolsillo de su pecho (de Lefort), como también en la misma categoría un trozo de cartón de otro niño, un bizcocho, el biberón, la palabra. Introduce el bizcocho en la boca de Lefort, lo retira y lo destruye para privarla de él. Todo ello, dice la autora, para indicar que:

(...) aparece con claridad algo de lo que deben ser mi cuerpo y el suyo unidos uno a otro: mi cuerpo debe ser una superficie agujereada en razón de los objetos que ella quiere sacar de él, para que los agujeros de la superficie de su cuerpo estén llenos (p. 87).

Entran también en escena, los pies, los zapatos de la analista. Esta fase *pre-especular* culminará el 16/01 con *el primer espejo*. Y nos dice la autora, que ella prefigura la estructura corporal que la niña descubrirá a través del espejo, esto es la *estructura tórica*.

La lectura de cada sesión que pertenece a esta fase y el análisis que realiza la analista de cada una permite advertir la preponderancia del contacto de los cuerpos a partir de la instauración del significante y sus efectos. Así es que retornan especialmente los desarrollos de Amigo (2003) respecto del *soma* que se constituye como *cuerpo pulsional*, *pre-especular* y lo que a partir de allí se pone en marcha. A partir de esta fase, las sucesivas experiencias frente al espejo son enumeradas y analizadas.

La experiencia del espejo.

Lefort señala que la experiencia del espejo introduce algo que va más allá del contacto de los cuerpos. Tiene lugar el 16/01 luego de la sesión. Se describe a

continuación lo acontecido en dicha sesión ya que es lo que promueve, lo que llama *primer espejo*.

Sesión del 16/01: Cuando ve a Lefort, deja de llorar, la mira, sonrío y sus dos bracitos se apoyan en sus hombros. El tono emocional de la sesión está dominado por un deseo de hacerse acariciar y un violento negativismo que obliga a Nadia a rechazarla. Saca los juguetes del arca, una vez que deja caer el juguete, lo mira. Vuelve a poner en el arca lo que ha sacado y sólo se interesa por un barquito y un muñeco, luego por un soldadito de plomo. Agarra el muñeco y lo suelta varias veces automáticamente antes de arrojarlos²⁹ lejos. A partir de ese momento ya no tendrá movimientos automáticos. De un puntapié lanza un cubo bajo la cama. Varias veces arroja el barco al suelo y lo abandona para dirigirse a Lefort. Luego hace ruidos de succión, chupa el soldado, la mira tiernamente, le muerde la barbilla muy cerca de la boca, sin agresividad, con movimiento de succión esbozado débilmente. Luego le quita las gafas, las arroja, recoge el muñeco al que chupa enérgicamente. No lo dejará más, vuelve a ella con el muñeco en la mano, y se extiende en el suelo a sus pies, riéndose, jugando con ellos, dando vueltas sobre sí misma, dichosa. ¿Cabe considerar esta situación como esbozo posible de la puesta en marcha de la intrincación de las pulsiones?

Cuando la lleva de nuevo a su habitación, siempre con el muñeco, Nadia se ve en un espejo en brazos de Lefort. Es preciso decir que pasan todos los días delante de ese espejo cuando se dirigen a sesión. Es un espejo grande colocado encima de una chimenea, con una mesa para cambiar delante.

Primer espejo: 16/01

El 16/01, Nadia al volver de la sesión, le pide a su analista que la ponga de pie sobre la mesa ante el espejo. Comenta la circunstancia concreta del descubrimiento de esa imagen.

Nadia conoce el espejo. No puede no haberlo experimentado, dado que la colocan encima de la mesa para cambiarla por una parte y por otra dada la costumbre de las enfermeras de invitar al bebé a mirarse al mismo tiempo que ellas. Cuando el 16/01 me pide que la ponga de pie ante el espejo, hay una inmediata expresión de angustia. En seguida, aparta la cabeza y se refugia en mis brazos. Lo que ve en el espejo no tiene nada

²⁹ ¿No evoca a *esa perturbadora costumbre de los niños, que refiere* Freud en el texto donde trabaja el Fort-da?

que ver con la totalidad de la imagen fascinante; porque en el momento en que pide activamente que la coloque ante el espejo se ve sola en él, sin una mirada a mi imagen, ni a la del muñeco que conserva en las manos (p. 127).

Es interesante detenerse en este punto y destacar lo que puede haber de *indicio* clínico, ya que lo esperable en la experiencia del espejo, según lo hemos desarrollado como *estadio del espejo*, es el júbilo por parte del niño frente al reconocimiento de la imagen y no la angustia. Cabe interrogar entonces si hubo reconocimiento allí de su imagen o se trató sólo de una experiencia, una primera experiencia que podrá permitir otras. Por otro lado también es llamativo la iniciativa de la niña con su pedido de ponerse frente al espejo en esta ocasión particular y nunca antes. Interés actual que difiere de la indiferencia anterior.

El análisis de Lefort:

La lectura que realiza de esta experiencia hace hincapié en la exclusión del Otro como acontecimiento fundamental y necesario, considera que ella queda excluida en tanto imagen. Dirá que:

(...)en ese momento crucial del final de la sesión del 16/01, se produce una articulación entre el cuerpo incluido sobre el Otro y la exclusión del Otro a través de la relación del sujeto con otra imagen, la suya propia en el espejo (p. 129).

También hará equivaler el muñeco que Nadia sostiene en sus manos a lo no especularizable de la imagen. Además, en su largo análisis, la autora destaca la importancia de la *pérdida* en esa experiencia:

La pérdida se vuelve real a causa de la imposibilidad de adhesión con una imagen virtual por una parte y al nivel del muñeco por la otra. El muñeco simboliza esa pérdida (...), ese muñeco representa la pérdida conjugada del Otro y del objeto, en ocasión del primer espejo (p. 129).

Por ello considera que no debe protegerla de esa pérdida.

Su análisis continúa con algunas hipótesis respecto del muñeco, lo que revela la complejidad que la situación ha despertado en su lectura. Se interroga en relación al objeto fálico, objeto transicional, la posibilidad de perversión o de psicosis. Se pregunta:

- ¿Si hubiera saciado la falta de Nadia, si hubiera manifestado un interés por el muñeco, (luego de esa experiencia, la niña en su habitación llora por que se le perdió el muñeco, que quedó en la otra sala y Lefort no se lo acerca) esto hubiera podido llevarla no a ocupar

el sitio del muñeco, (objeto simbólico) sino a otorgárselo sobre el modelo que ella le había proporcionado- tenerlo ella también, es decir, presentarse como una mujer fálica? Lo que conduciría al camino de la perversión.

- Otra hipótesis consistiría en que el muñeco podría ser un objeto transicional, no sería ni de Lefort ni de Nadia. Cuestiona qué hubiera sucedido si ella se interesaba por él como se interesa un adulto en un objeto así para el niño, cuidando de devolvérselo para consolarlo. Sin embargo no toma esta hipótesis.

- Otra hipótesis conduce a la psicosis. En efecto dice:

(...) imaginemos que en el momento en que Nadia, delante del espejo, se aparta violentamente de su imagen para esconderse en mis brazos, yo no estoy realmente allí, que mi sitio está vacío. ¿Qué le quedaría entonces?
(...) Quedaría fijada, unida a ese muñeco, y lo reincorporaría a través de la vista y la boca, infinitamente, sin cesar, para colmar el vacío abierto por mi desaparición. Es el caso del objeto psicótico, que veremos en el caso de Marie- Françoise (p. 132).

Finalmente concluye, que:

Lo que Nadia pone en evidencia al fracasar en su intento de ir a buscar la imagen de su plenitud a través del muñeco es que el espejo no la remite a él, y ella se aparta angustiada y me busca (p.132).

Se considera que en este punto, vale efectivamente la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que el espejo no le devuelve a Nadia? ¿Qué sucede con la imagen de la plenitud? ¿Qué es eso a lo que no remite el espejo en este caso? No obstante Lefort sitúa la importancia del punto de transferencia al que Nadia ha llegado en la relación con ella:

Está en ese punto de articulación del que pende de un hilo el hecho de que el pequeño sujeto se vuelva hacia el Otro o sea remitido contra el muro de un objeto que puede apartarlo para siempre de la presencia del Otro, que habrá dejado vacío su sitio en el preciso momento en que es interpelado, momento fecundo si los hay, para el ingreso en la psicosis, sea que el Otro no responda o que no se ofrezca (p. 133).

La importancia de que el niño se vuelva hacia el Otro y no quede remitido contra el muro de un objeto, es destacada por la autora, pero quizás lo que no queda del todo referido en este punto es justamente la respuesta del Otro, en el sentido de lo que se espera de este Otro.

El gesto del niño ante el espejo, gesto que es bien conocido y que no es difícil de observar. El niño que está en los brazos del adulto es

confrontado expresamente con su imagen. Al adulto, lo comprenda o no, le divierte. Entonces hay que dar toda la importancia a este gesto de la cabeza del niño, que incluso después de haber quedado cuatizado por los primeros esbozos de juego que hace ante su propia imagen, se vuelve hacia el adulto que le sostiene, sin que pueda decir con certeza qué espera de ello, si es del orden de una conformidad o de un testimonio, pero la referencia al Otro, desempeñará aquí una función esencial.[.] lo que se vinculará respectivamente con el yo ideal y con el ideal del yo en la continuación del desarrollo del sujeto (Lacan, 2004, p. 393).

Es importante destacar este punto e interrogarlo: ¿no ha quedado vacilante en este momento de la experiencia de Nadia frente al espejo? La angustia de Nadia en esta experiencia, tendrá relación con ello?

A partir de la lectura de esta experiencia Lefort señala que en este primer encuentro con el espejo se abre un camino esencial.

Nadia perdió ese objeto pero supo que yo no lo tenía. Entonces se ha cumplido el viraje desde la búsqueda del objeto real sobre mi cuerpo, hasta el cuestionamiento de la falta. Ya no es lo Real lo que está en juego, sino lo Imaginario y lo Simbólico los que abren la relación con la carencia del objeto y que encontrarán su campo privilegiado en el espejo. En tanto objeto de la pérdida de Nadia, y en tanto que yo no se lo he devuelto, el muñeco es su “a”. Lo confirmé, porque a partir del encuentro de Nadia con el espejo, la imagen del muñeco “i(a)” que ella tiene en sus manos, no aparece; no se puede especularizar. Lo Real del muñeco excluido del espejo dará consistencia a lo Imaginario para Nadia (p. 134).

La apertura de este camino, encuentro con la carencia del objeto simbólico o imaginario, se puede elevar a la categoría de recorrido psíquico fundamental. Esta primera experiencia queda indicada como un primer tiempo del estadio del espejo, insuficiente. Sobre este primer tiempo del espejo dice:

Sólo el 22 de enero Nadia volverá al espejo. Entre el 17 y 22 persiste en su rostro el efecto espectacular del descubrimiento de su imagen en el espejo, acoplada a la pérdida del muñeco, pero es sólo un primer tiempo del estadio del espejo. Tiempo en que el pequeño sujeto ha encontrado su propia imagen pero todavía no ha descubierto la del Otro. En el curso de las cinco sesiones siguientes Nadia demostrará con su violencia y

somatización la insuficiencia radical de esta primera etapa del espejo (p. 135).

La autora describe una sucesión de otras experiencias frente al mismo que enumera y analiza y que se intenta sintetizar aquí, corriendo el riesgo de posibles amputaciones.

Segundo espejo: 22/01

El 22/01 se produce el segundo encuentro de Nadia con el espejo, al comienzo de la sesión, una enfermera la calza sobre la mesita, precisamente al pie del espejo. Allí Nadia manifiesta un gran interés por las imágenes, la suya y la mía; la suya que ese día puede mirar de veras mientras estoy a su lado, y la mía a la que confronta con mi cuerpo real (p. 135).

La sesión que sigue estará salpicada de efusiones corporales de ternura:

(...) me acaricia el rostro, pone todo su cuerpo contra el mío, verticalmente, los brazos alrededor de mi cuello, su boca abierta contra mi mejilla, lanza grititos de felicidad, me mira a los ojos. Su aire radiante llama la atención de la enfermera. Luego a partir del día siguiente lo pulsional aparecerá, mientras acaricia mi rostro, defeca en el pañal, me muerde el brazo, la barbilla, me pega en la boca. Lo pulsional en devorarme o quitarme un objeto, mis gafas, cuyas patillas rompe antes de chuparla, estableciendo un vínculo entre lo oral y lo escópico (p. 139).

Destaca que las sesiones siguientes continúan con la preocupación por la superficie del cuerpo. Le chupa la punta de la nariz, la mordisquea babeando mucho. Nadia come con la cuchara la mitad de la papilla, mirándola, balbuceando y relamiéndose. Extiende el resto de la papilla sobre el suelo, primero con la cuchara, luego con su mano y por último volcando el plato al que arrastra un trecho. No se trata sólo de ingerir, sino de extender, extender sobre la piel la suya y la de su analista, cuando toda embadurnada de papilla quiere subir a sus brazos y frotar las mejillas una contra la otra en una expresión radiante. Así, Nadia reclama el espejo por tercera vez.

Tercer espejo: 31/01

Lo único que mira esta vez en el espejo es mi imagen; pierde la sonrisa, vuelve a mis brazos de donde no quiere irse, ¿Es que el espejo le ha revelado mi pérdida la que ella experimenta al ver mi imagen a distancia, sin verse a sí misma? (p. 148).

Lefort señala que si en estos tres primeros espejos la promoción significativa es decisiva para la evolución de Nadia, paradójicamente, cada espejo revela una pérdida, que ella acusa y que percibe en lo inmediato de su descubrimiento. “Es lo que corta abruptamente todo júbilo. El muñeco del primer espejo, la defecación al día siguiente del segundo espejo, y ella misma en tanto que cuerpo real a partir del tercer espejo” (p. 148). Pero destaca que no puede menos que medir la ganancia que obtuvo a partir de su descubrimiento del espejo. Creó su estructura en el campo del significativo y el espejo es la pieza fundamental del tránsito decisivo de la metáfora a la metonimia. Cabe aclarar que el uso del término metáfora refiere para la autora a una estructura de inclusión que apunta al cuerpo y la metonimia excluye la imagen del Otro como sitio de adhesión.

Cuarto espejo:

Balbuzeando con ritmo intenso, Nadia explora la superficie opaca de la pared, hasta el hueco de la ventana, por donde sus ojos se dirigen al exterior, introduce así, nos dice la autora, un más allá de la pura superficie, esto es, una tercera dimensión que funda un exterior y un interior, no solamente de la habitación, sino de su cuerpo.

Al volver, me lleva a la mesa ante el espejo. Por primera vez el tacto concernirá a la imagen especular como concernía hasta entonces a la superficie de mis ojos. Es cierto que también se trata de una superficie, la superficie del espejo. Nadia se agita y sacude el espejo tocando su imagen (p.160).

Nos dirá Lefort que a partir de la existencia de la imagen, Nadia quiere encontrar la consistencia de los objetos. Cuando Nadia sacude el espejo, la existencia de la imagen trae la necesidad de controlar su persistencia. Y la verifica cuando pide volver al espejo por quinta vez.

Quinto espejo:

Pide volver al espejo y repite la misma escena que tuvo lugar un cuarto de hora antes. Está menos tensa y más sonriente-es cierto que la rodeo con un brazo- para seguir en el espejo su movimiento de búsqueda de la condición de su imagen (p. 161).

Lo que está en juego es la existencia de la imagen, como si ésta sólo pudiera persistir sobre el fondo de la consistencia del mundo exterior. Se pasa en el texto al séptimo espejo. Se omite el sexto.

Séptimo espejo:

Concierne a esta imagen de las dos que ella apenas miró en los espejos 4° y 5°.

Sonríe resplandeciente sin embargo interroga todavía la superficie del espejo, golpeándola con un cubo, excitada, como si practicara sobre la superficie del espejo el mismo intento de despegar la imagen que le había impuesto el transitivismo: lo que estaba sobre su ojo, debía estar necesariamente sobre el mío (p. 162).

Octavo espejo: 08/02

“Como he tenido que ausentarme verdaderamente dos veces mientras la preparaban, ella aparta francamente la vista del espejo cuando pasamos delante de él” (p.162). Esta prueba concierne a la importancia de lo Real de su cuerpo (el de Lefort) y la de su imagen. Dirá que lo que ha perdido cuando se ausentaba, le impide reproducir ante el espejo la misma experiencia de pérdida. Balbucea imperiosamente y dos veces va a esconderse en sus rodillas diciendo *mamá, mamá*, hay violencia con el biberón, en tanto objeto de destrucción. Más adelante, lo mismo que entre los espejos 4° y 5°, quiere explorar de nuevo la casa y palpar la consistencia de los objetos y reconoce la bañera. “Cada vez que toca un objeto se ríe mirándome; es decir, yo garantizo otro orden, no el de los objetos sino el de los significantes, en el Otro que soy” (p.163).

Son las premisas que buscará en el espejo nueve.

Noveno espejo:

Allí acepta plenamente nuestra imagen, ella en mis brazos y hace la experiencia de unir su mejilla con la mía, y hunde su cabeza en mi cuello. En seguida me lleva a la ventana para mirar afuera. ¿Se trata del resto de la violencia que en ocasión del 8° espejo le había impedido aceptar la imagen especular y la había obligado a volver a los objetos? (p. 163).

No pedirá el espejo hasta el 9 de febrero. El dinamismo de Nadia y la libertad de su estilo, la continuación de su balbuceo, sus mamás acompañados de ternura en los brazos de Lefort, o como llamada de socorro cuando se asusta, son expresión de que su trayectoria sigue y prepara otros espejos.

Décimo espejo: 9 de febrero

Quiere que me detenga ante el espejo. Apoya su mejilla contra mi boca y sigue intensamente en el espejo, los besos que le doy. Entonces, vuelve la cabeza, coloca su boca en mi mejilla, tal como vió en el espejo que hacía yo al tiempo que ella sentía el beso (p. 168).

Espejo once:

Al llevarla a su habitación, quiere que la ponga de pie ante el espejo. Reanuda el juego de la víspera, con la misma intensidad, golpea el espejo con excitación pero sin agresividad. Ve en el espejo a una enfermera a quién conoce, mira muy interesada la imagen y sin la menor vacilación, vuelve la cabeza para ver la realidad de la enfermera. Se ríe ante el descubrimiento, me rodea el cuello con los brazos. Esta vez no sentí que se refugiara en mí, sino que me hacía compartir la alegría de ese descubrimiento, de ese progreso hacia la vida. Estaba muy feliz (p. 169).

Hasta aquí la presentación de las sucesivas experiencias frente al espejo. Hay algunas otras hasta el 1º de marzo, última vez que Nadia refiere explícitamente al espejo:

El espejo donde Nadia pide verse con el orinal en las manos. Se ríe encantada, sacudiendo el espejo como para comprobar una vez más la persistencia de la imagen. También apoya el orinal frente al espejo, ese límite del espacio que sella a todos los objetos humanos reales con un más allá de la virtualidad. Lo mismo que en su cuerpo el espejo crea en el orinal, un interior, un exterior, bordes, fondos y también carencias (p. 187).

Nadia ha cambiado mucho, esos cambios son efecto de las conquistas en su estructura. Tiene gran curiosidad respecto de los objetos. Descubre cosas nuevas, especialmente la arena. Se pasea por la casa, en la cocina se pone a probar las confituras que antes rechazaba en su habitación. Establece con los adultos relaciones más ricas. Alterna presencia-ausencia, retirándose cuando llega su analista para luego volver enseguida a sus brazos. Es presa de celos hacia los otros niños que la llevan a pegarles sin inhibición, pero también de jugar con ellos y de recibir regalos. Una gran conquista subjetiva, que hace sospechar que algo de su yo podrá ser dicho. El 3/07 puede volcar la cuna del bebé, recoger al muñeco por el pañal y enviarlo a pasear riéndose a carcajadas, subir a la cama como para ocupar por un instante su sitio. Su risa y bienestar bastan para comunicar que ya no le concierne la imagen del pequeño otro que antes la fascinaba, porque ahora ella tiene su imagen, su yo. La libido que antes del espejo se prendía al otro, luego del espejo ha sido drenada por el yo. El yo que sólo puede ser especular y que como dice Freud, al no ser pulsional, desexualiza la realidad exterior.

Reflexiones sobre la experiencia del espejo.

Del amplio y minucioso análisis que Lefort realiza sobre el acontecimiento del 16/01, que da lugar al primer espejo, se destacan dos puntos que permiten poner el acento en lo que le sucede al Otro en esa experiencia, y permite considerar lo que debe venir del Otro, lo dice así:

Cabe decir que el espejo privilegia para el adulto un momento de placer que está dispuesto a compartir con el niño, considerando la imagen de éste en el espejo con más ternura que la realidad misma del niño a su cargo. Este placer del adulto es lo que queda asociado para cada cual a la imagen en el espejo, fortalecido la huella invertida de la experiencia primordial del espejo que el adulto en cuestión ha conocido y que resulta reavivada cuando al lado de su imagen aparece en el espejo la de un niño pequeño- cualquier pequeño otro que cumple la función de completarlo narcisísticamente (p. 127).

Se destaca el placer del adulto por la experiencia del espejo, placer que da cuenta de cierta completud narcisista que el niño viene a favorecer y que remite al lugar que debe ocupar ese niño para el Otro.

En cuanto a mí, a partir de ese viraje de Nadia no hago más que seguirla. Si me remito al registro de la sesión del 16/01 he de notar que, en realidad, al final de la sesión escribí: “Olvidé decir que Nadia me pidió que la pusiera de pie ante el espejo”. Es decir, que en ese momento el espejo no refería para mí a ningún conocimiento teórico: conocimiento del que no tenía ni la sombra, como ya advertí. Lo que estaba en juego era mi propia relación con el espejo y con mi imagen en el espejo, relación puesta en duda; en este sentido puedo decir con toda exactitud que el tratamiento de Nadia forma parte de mi análisis porque con y a través de ella yo abordaría mi propia imagen especular, o mejor dicho, sus relaciones con el Otro. Ilustración ejemplar del lugar de enseñado que ocupa el analista respecto del analizado; pero todavía más que de enseñanza se trataba del trayecto inconsciente esencial que ese bebé analizado me haría cumplir. Después del tratamiento de Nadia, yo ya no estaré frente al espejo como antes (p. 127-128).

El trayecto inconsciente que el niño le hace cumplir a quien está puesto en el lugar del Otro.

En estas citas parece hallarse un pensamiento que refiere a lo trabajado desde los autores sobre lo que tiene que venir del Otro en la experiencia del espejo, el narcisismo que debe poder implicar y jugarse en la mirada del adulto, su inconsciente y el lugar que debe ocupar el niño en él. Esa referencia al Otro en la experiencia del espejo, que como se señaló, cumple una función esencial, vinculada al yo-ideal e ideal del yo en la continuación del desarrollo del sujeto. Ese punto que propone Lacan (2004) al retomar y complejizar posteriormente en su enseñanza el tema del estadio del espejo.

Esa mirada del Otro, se interioriza mediante un signo. Con eso basta *Ein einziger zug*. Este punto I mayúscula del rasgo único, ese signo del asentimiento del Otro, de la elección de amor, sobre el cual el sujeto puede operar se encuentra ahí en algún lugar y se ajusta en el desarrollo del juego del espejo (Lacan, 2004, p.395).

Ese Otro que está ahí, detrás de él para comunicarle con su sonrisa, con las manifestaciones de su júbilo, algo que lo hace comunicarse con la imagen especular (Lacan, 2011, p. 134).

Lo que actualiza Baraldi (2005) al evocar la frase que se espera del adulto: *ese que está ahí sos vos y sos digno de ser amado*, frase que debería ser sostenida de alguna manera y que pone en marcha el proceso de identificaciones.

Lefort desarrolla un amplio y particularizado análisis de las experiencias del espejo, es posible asistir así, a cierta evolución en ese recorrido por el espejo. Éste va desde la angustia de Nadia y retiro de la mirada en ocasión del primer espejo a poder mirar luego su imagen y la del otro con placer. A reconocer la existencia de la imagen y consistencia de los objetos, a tocar el espejo, sacudirlo, explorar, mirar y sonreír mejilla con mejilla. Introducir la imagen de objetos en la superficie del espejo a la vez que se producen grandes cambios en la niña, no sin haber situado el encuentro con la carencia del objeto.

Para finalizar, se retoma lo señalado al inicio de este capítulo sobre el caso Nadia, en tanto el tema del yo no es abordado de forma directa; sin embargo la gran conquista subjetiva, los cambios en la niña que la autora señala como efecto de conquistas en su estructura, marcan recorridos que sin duda son necesarios. Queda demostrado que la experiencia del espejo es compleja, que la función del Otro como espejo no es sin consecuencias.

Resulta valioso recuperar la hipótesis que Lefort sólo deja señalada pero descarta, y la pregunta gira en torno de los efectos posibles de su consideración. La hipótesis del

muñeco como objeto transicional y el Otro interviniendo en esa dirección, de colaborar con su sostenimiento. Se recuerda lo señalado en el cap. 5 sobre los juegos transicionales en tanto constitutivos. No se sabe si Nadia pudo nombrarse a sí misma con el término *yo*, pero sin dudas ha logrado un enriquecimiento de sus experiencias frente al espejo. Desde la angustia en la primera experiencia al júbilo de la última, pasando por la puesta en marcha de nociones que dan cuenta de una presencia/ ausencia, un exterior/interior.

Capítulo 7: La clínica, indicios, preguntas, colores

Rojo: Manuel, 6 años

Analista: *¿Sabés escribir tu nombre?*

Manuel: En una hoja de papel responde escribiendo: *tu nombre*.

Amarillo: José, 2 años -8 meses

Cierro la puerta del consultorio tras despedir a José. Identifico en mi cuerpo las marcas de rasguños y de dientes hincados, contemplo el caos de objetos y juguetes diseminados por todo el espacio luego de un ataque enloquecedor. Y no entiendo qué sucedió.

Verde: Ián, 2 años - 4 meses

Los ojitos erráticos de Ián frente a las palabras que les son dirigidas me anuncian de que la voz y la mirada no han hecho lazo todavía...

Relatos clínicos teñidos en colores. Colores que no son azarosos, evocan los del semáforo. Y como ellos, invitan a interrogar estas experiencias en una equivalencia forzada quizás, en cuanto a *la detención, la precaución* y el *avance*; Rojo, Amarillo y Verde. Así, de igual modo, se podría pintar con ellos la interrogación acerca de los recorridos psíquicos tempranos en cada uno de estos relatos en relación a la clínica psicoanalítica y el nacimiento del yo. Aventurar lo que pudo haber quedado *detenido*, Rojo, en el orden de lo constitutivo en lo que respecta a Manuel; lo que comporta de *precaución*, Amarillo, en el sentido de operaciones subjetivas que podrían seguir propiciándose o no para avanzar o detenerse en el caso de la experiencia con José y en la situación de Ián, el Verde de lo tempranamente posibilitado, la puesta en marcha, el *avance*. Colores co-extensibles a la clínica y sus posibilidades.

Este apartado trata del relato de situaciones clínicas que en tanto experiencias de mi práctica han provocado cierto movimiento, desde la sorpresa, el reconocimiento de las dificultades, a las preguntas y el interés de investigar. Los nombres son ficticios y en fidelidad al consejo de Freud, estas situaciones clínicas no coinciden con el tiempo de esta investigación.

7.1 Un encuentro nuevo con la clínica.

El encuentro con Manuel, con José y con los padres de ambos niños dividió las aguas respecto de las problemáticas que solía abordar por entonces en mi incipiente práctica profesional. Ellas se presentaban mayormente y a grandes rasgos, en relación a lo que podía escucharse respecto del niño, por el lado de *aquello que hay de sintomático en la estructura familiar*, tal lo que se describe en “Dos notas sobre el niño” (Lacan, 2012). Lo que transita por las vías sintomáticas, cuando *el síntoma del niño puede representar la verdad de la pareja familiar*, esos casos más abiertos a las intervenciones psicoanalíticas. Sin embargo el encuentro con Manuel y más adelante con José, hizo tope a esa situación en la medida que puso en evidencia que en ambos casos no se trataba de lo que se presentaba bajo el modo sintomático, sino que se manifestaba como perteneciendo a otra estopa. Se abrió así en mi práctica la confrontación con un terreno que señalaba una diferencia. A partir de entonces, la clínica despertó mayor interés por aquello que hace a la constitución psíquica temprana, a las operaciones de constitución psíquica en los tiempos fundacionales e instituyentes del sujeto y fundamentalmente sus fallas o tropiezos.

En este sentido, los analistas con recorrido en la temática han enseñado que:

- Cuando hay manifestaciones tempranas preocupantes en un niño, se hace más necesaria la intervención sobre aquello que supone la relación entre ese niño y quien está colocado en el lugar del Otro primordial. Lo que se llamó *función materna*.
- Que respecto de esa función y debido a que no hay instinto, el saber inconsciente es el que guiará a quien ejerza la función para ser madre y poder inventar qué hacer.
- Que las patologías tempranas suelen estar muy ligadas a *accidentes psíquicos* sufridos por quién está ubicado en el lugar del Otro. Accidentes que pueden ser severos, a veces coyunturales, a veces estructurales que pueden entorpecer el advenimiento del niño como sujeto. (Baraldi, 2005)
- Que las circunstancias en las que va a llegar ese niño a la vida, serán también determinantes. De modo que los acontecimientos y el azar dejarán también su huella en los avatares constitutivos de un niño. Que hay momentos que dificultan el alojamiento de un niño, allí donde una madre está confrontada con situaciones muy difíciles.
- Que la estructura subjetiva se estructura y que ello no acontece de un solo golpe. Que serán necesarios tiempos y operaciones lógicas. Tiempo y operaciones que no siempre cabalgan juntos.

En el desarrollo del tema de investigación, fueron considerados algunos de los recorridos psíquicos que pueden contribuir el nacimiento del yo, y se resaltó que el reconocimiento del niño de su imagen especular es uno de los trayectos fundamentales para tal fin. Con esta lente las siguientes experiencias clínicas convocan a interrogar respecto del mismo, ya que se trata de situaciones en las que no aparece en estos niños el reconocimiento en el espejo, como tampoco el uso de la palabra yo para designarse a sí mismos.

7.2 Relato Rojo. Manuel (6 años).

Motivo de consulta: Con la formulación de un diagnóstico, que de inmediato fue colocado entre paréntesis, me dispuse a escuchar a los papás de Manuel que pedían para el niño la continuidad con la psicóloga. Sin el registro de ningún corte, pretendían que Manuel continuara conmigo el trabajo que había iniciado hacía un tiempo atrás con una profesional que ya no podía seguir atendiéndolo por razones de su inmanente maternidad. Percibo, en la primera entrevista que mantengo con ellos, que no manifiestan demasiada preocupación por la problemática del niño sino en todo caso por el objetivo de cumplir con lo que *se debe hacer* a partir de la recomendación de la escuela a la que asistía Manuel. La institución un tiempo atrás advirtió lo que ellos no habían notado, algo raro en el niño, que les fue informado como un *no integrarse demasiado, pegar a los otros niños en ocasiones y últimamente pegarse la cabeza contra la pared*. Esta situación motivó que hicieran una consulta profesional, la consecuente derivación a un centro especializado del que salieron con un diagnóstico y con la indicación de tratamiento psicológico, entre otros, para Manuel. Parecían no advertir demasiado qué le sucedía al niño, ni de qué se trataba ese diagnóstico.

Indicios:³⁰ Llama la atención que estos papás no hubieran advertido durante la crianza nada que les preocupase en el niño; y que sea la mirada de la escuela la que les señala y aún así, la ausencia de pregunta sobre ello.

Lo que preexiste a su llegada al mundo: Manuel llega a la vida de esta tranquila pareja, que por amor había decidido casarse, luego de finalizada la construcción de la casa, *como se debe*. Ambos trabajaban, ella pasó de trabajar en un supermercado a desempeñarse como la encargada de una tarea específica en una panadería. Él estaba empleado en una empresa multinacional, con una carga horaria elevada, además de

³⁰ Indicios en tanto señalan o indican -tal como lo propone Pulice (2000) que algo ha ocurrido, aunque no se sepa exactamente qué, pero de lo que se puede sospechar que se conectará con alguna otra cosa.

estudiar simultáneamente una eterna carrera universitaria. Cosas que lo ausentaban de su casa. Tenían una vida social bastante estrecha, con pocos lazos, lo que justificaba que no pudieran comparar las conductas de Manuel con las de otros niños de su edad, pero a su vez los vínculos familiares eran muy sostenidos. Ella hija única; él, el mayor de dos hermanos. Ambos muy ligados a la relación con sus padres. Transcurrido un tiempo de casados, asumieron que ya era momento para tener un hijo. Fue deseado por ambos y planificado, *como se debe*. El embarazo sin complicaciones, *todo bien*.

El encuentro con el niño: Luego de mi correspondiente presentación personal, Manuel ingresó al consultorio sin dificultad. Me encuentro con un niño vivaz, simpático en su expresión física, que habla poco y escribe mucho. Al ver hojas y lapiceras sobre el escritorio las toma y comienza a escribir.

Manifestaciones clínicas – Indicios:

- En relación a la Escritura. En este primer encuentro escribe palabras, una tras otras, muchas, por ejemplo: *Fiestísima, Roca, Don Juan, Suspensión, Motomecánica* y otras más; entonces voy preguntando acerca de ellas pero no aparece ninguna otra respuesta que la lectura de las mismas, es decir las repite con su voz y sigue escribiendo. Me cuesta reconocer algún lazo o cadena entre ellas, o reconocer que hicieran cadena con algo de sí, o con algún significante que pudiera retornar de la entrevista que tuve previamente con los papás; parecen palabras más bien sueltas, aisladas unas de otras.

Apostando siempre a la subjetividad, a la singularidad y haciendo caso omiso de aquella declaración que ubica al lenguaje como no estando al servicio de la comunicación en el autista (Kanner, 1943), le pregunto *¿sabés escribir tu nombre?* y con una sonrisa responde escribiendo inmediatamente: *Tu nombre*. Aún hoy recuerdo lo conmovedor de esa respuesta. Conmovedor por lo que comporta de indicador. No será el único indicio, sino el primero que advierto en él. Continúa como expulsando palabras escritas casi automáticamente. Sostenida desde la apuesta de que esa producción *no debería carecer de significación* (Laznik- Penot, 1997), finalizada la sesión le pregunto a la mamá acerca de esas palabras, y ella reconoce inmediatamente en la hoja que había escrito su hijo los carteles publicitarios que indican los nombres de los distintos negocios y los de las calles por donde habían venido caminando al consultorio. Pienso entonces, ah! Manuel está muy atento a algo, al recorrido.

Esta situación de escritura bajo esta modalidad se repetirá sucesivamente en el transcurso de las próximas sesiones, y a las palabras luego se le sumarán listas de cosas, por ejemplo de supermercado o de colores o de otras cosas, y más adelante letras de

canciones, todas como si, tal como describen ciertos autores, estuviesen *registradas en una cinta magnética*. Sin embargo la producción escrita de Manuel es muy valorada por los papás, ya que tratándose de un niño pequeño, *sabe escribir*. No han advertido ninguna particularidad en ello. La particularidad la advierto de entrada, en esa falla en la reversibilidad al responder escribiendo *Tu nombre*. ¿Falla de qué? ¿De qué da cuenta esa respuesta? ¿Qué señala, qué indica? En principio y rápidamente que no aparece la respuesta esperada, es decir, su nombre, Manuel. Por lo tanto cabe advertir que algo de sí no aparece, como tampoco aparece directamente en las palabras que escribe, que expulsa casi de modo automático, constituyéndose de este modo en un indicador de que alguna operación subjetiva no ha terminado de constituirse. Pienso en la instancia yoica.

-En relación al Lenguaje. Si bien habla, hace uso del lenguaje de una manera particular. Su habla consiste principalmente en nombrar identificando objetos, adjetivos, indicando colores y números. En ningún momento aparece la narración o relato, y mucho menos algún enunciado en el que él estuviese implicado. Pareciera no estar incluido él en sus palabras. Cuando aparecían frases, éstas sonaban a repeticiones de frases oídas, como si las tuviese almacenadas y las descargara, lo que suele llamarse *ecolalia demorada*. Por ejemplo: *Fuiste al supermercado, compraste papas fritas, es el cumpleaños de..*

Si Manuel quería hacer algo, por ejemplo si tenía ganas de escribir y no había papel a su alcance, solía decir: *Querés escribir, ¿Querés escribir?* Puede suponerse que así le preguntaban a él, lo mismo cuando más adelante aparece además de la escritura el interés por el dibujo, dirá: *¡Querés dibujar!* Cuando me anoticio de que se trata de una particularidad que insiste, y que no se trata de un eventual error que pudo haberse cometido, le digo en cada ocasión: *Vos querés dibujar; o Vos querés escribir!* y Manuel responde: *Vos querés dibujar o*, según el caso, *Vos querés escribir*. Este niño repite tal como oye, sin modificación para ajustarse al cambio de situación. Su enunciado es una copia de lo que acaba de ser pronunciado delante de él. O aun cuando los enunciados surgían espontáneamente, eran la repetición idéntica del discurso que había escuchado de otro. En el transcurso de las sesiones va quedando claro que existe una gran complicación con el uso del lenguaje, con el uso de los pronombres. Al comienzo, creyéndome aludida, considerando que era una propuesta, me disponía a realizar la acción si él enunciaba: *Sentate, Vos sentate!* o *Escribí!!*, cuando era él quién se sentaba o escribía. No se refería a mí, sino a él. Así respecto del uso de los pronombres personales aparecía la *imposibilidad de inversión*. Punto que se retoma y amplía más adelante.

Imagen especular: Su pasaje por enfrente del espejo que se encuentra en el consultorio, era totalmente indiferente. Intento deliberadamente en distintas ocasiones detenerlo frente al mismo para ver qué sucedía, pero también aparece indiferencia. Ubicada detrás de él, le señalo con el dedo su imagen en el espejo y poniéndole palabras le digo: *ese que está ahí sos vos!, o jese que está ahí es Manuel, qué lindo nene!* Escucha, me mira y se retira. Corroboro así que a esta experiencia le faltan los sostenes para que se constituya en lo que fue denominado *estadio del espejo*, y que hemos desarrollado teóricamente. Que efectivamente no se trata sólo de verse en el espejo, no se reduce a la experiencia concreta que se produce en el niño ante una superficie real que desempeña el papel de espejo. Se corrobora así que algo que hubiera tenido que suceder, alguna operación, lamentablemente no se ha podido poner en juego.

Yo: Como puede ir advirtiéndose, este niño no dice la palabra *yo* para referirse a sí mismo. Nunca aparecía este término, salvo tras algún infructuoso intento por momentos pedagógico y sólo como repetición de lo escuchado, para diluirse apenas pasa el tiempo y ser omitido luego en sus enunciados. Sólo en algunas ocasiones escribió en la hoja *papá, mamá, yo*. Pero no se puede aventurar que ello diera cuenta de alguna designación subjetiva.

Juego: No apareció el juego ni con personajes, ni relato de escenarios imaginarios. Le interesa el armado del rompecabezas de números y letras. El trabajo con las masas sólo lo convoca en la medida que le interesa comérselas. En un momento más avanzado del trabajo, las cajas que contienen juguetes son volcadas para vaciarlas sin selección de los mismos. Esto se transformará a partir de mi intervención en la posibilidad de jugar a expulsar -vaciar y luego llenar, apuesta a la demarcación de un adentro y un afuera. Siente mucho gusto por la música y se encarga de poner los CDs en el equipo y subir y bajar el volumen. Germen para introducir una posible futura oposición significativa. El juego del veo veo aparece como repetición de lo escuchado en la escuela, *ecolalia*, y lo ensayamos sin mayor éxito, ya que realizar este juego implica la representación de una presencia-ausencia que en este caso aparece entorpecida en su constitución.

El primer indicio al que se hizo referencia al comienzo, la escritura de *Tu nombre* como respuesta a la pregunta *¿sabés escribir tu nombre?*, se suma a estas otras particularidades señaladas no sólo respecto del uso del lenguaje sino también estos otros aspectos que se presentan como manifestaciones. La ausencia de escenarios imaginarios, de la oposición aquí, allá, adentro afuera (fort-da) que viene a reducir o hacer precaria la posibilidad de juego; la ausencia de reconocimiento de la imagen especular, y por su

puesto la imposibilidad para nombrarse a sí mismo con el término *yo*. Expresiones todas que se convierten, en tanto manifestaciones clínicas, en indicios para investigar y formular hipótesis en relación a la instancia yoica. Nos detendremos en algunas de ellas.

Tropiezos en la inversión de los pronombres y la instancia yoica.

Laznik- Penot señala que debido a las particularidades del lenguaje en el autismo, muchas veces se *descuidan los enunciados del niño* y afirma, en relación a la *dificultad de invertir los pronombres*, algo muy importante para el tema de investigación planteado en este trabajo:

Los tropiezos de la inversión pronominal, que atestiguan la ausencia de constitución de la instancia yoica, puede brindarnos puntos de referencias clínicos sobre lo que tiene que llegar del Otro para que el niño pueda asumirse como sujeto de su propio enunciado (Laznik- Penot, 1997, p. 126).

Pone en relación la dificultad en la inversión de los pronombres y la ausencia de constitución de la instancia yoica. Pero además señala lo que ello puede enseñarnos clínicamente respecto de lo que tiene que venir del Otro para que el niño pueda asumirse como sujeto de su propio enunciado. Asumirse como sujeto de su propio enunciado implica que pueda nombrarse a sí mismo con el término *yo*, y para ello algo tiene que llegar del Otro.

Manuel y sus tropiezos pronominales. En el discurso de Manuel, las dificultades aparecen de este modo, él dice:

Querés dibujar - en lugar de decir: - Quiero dibujar

Te ayudo - en lugar de decir: - Ayúdame, o me ayudás

Vos Sentate , o *Sentate*- en lugar de decir: - Quiero sentarme

Ejemplo: *Querés dibujar* (A veces como interrogación y a veces como afirmación).

M: -*Querés dibujar*

A: -¿Quién quiere dibujar?

M:- *Manuel*.

En una posición pedagógica le digo:

A: -*Se dice quiero dibujar, yo quiero dibujar*, y acompaño las palabras con la acción.

M: -*Yo quiero dibujar*. Lo repite cuando se lo pronuncio, como eco: *yo quiero dibujar*, y más tarde vuelve a su forma habitual de decirlo.

Otro ejemplo: *Te ayudo*

M: *-Te ayudo*. Cuando quiere ser ayudado, por ejemplo al no poder abrir la caja de lápices o de juguetes o de masas.

A: *-Si me decís ayúdame, yo te ayudo* (Remarco, enfatizo la palabra ayúdame)

M: *-Ayúdame*. Luego, más tarde, nuevamente necesita ayuda y dice

M: *-Yo te ayudo, Claudia yo te ayudo*.

A: *-Yo es la persona que habla, que dice lo que quiere hacer!* Frente a mi propia frustración le explico cómo y cuándo se debe usar el yo!!!

El deseo puesto en juego, la apuesta al sujeto, a la historización, a la simbolización en la escucha que mantenía en entrevistas con los papás y en las sesiones con Manuel, que iba teniendo efecto en ellos y en el niño, no impidieron, es de admitir, que cuando la frustración e impotencia me ganaban, apelaba por momentos a recursos conductuales o pedagógicos en las intervenciones respecto del uso de los pronombres, corroborando cada vez su ineficiencia.

Otro ejemplo: Vos sentate.

Manuel utiliza el *vos* para nombrarse a sí mismo.

Cuando en ocasiones estábamos en uno de los consultorios donde no había sillas, o si quería beber agua él podía decir:

M: *-Vos sentate, vos querés sentate*.

M: *-Vos querés agua*.

A: *-¿Quién quiere sentarse?*

-¿Quién quiere agua?

M: *- Vos*.

Cuando evidentemente este Vos lo designa a él. *Querés, Te ayudo, Vos sentate*, son enunciados que indican que él quiere, *que es él el que quiere*. Este niño, que por un lado va siendo capaz de nombrar y dibujar a todos los miembros de la familia, es incapaz de sostenerse como sujeto de su propia demanda.

El asunto del uso de los pronombres personales comporta complejidad. Tanto Lacan como Jakobson se han ocupado del tema. Respecto de los pronombres personales, llamados en lingüística *shifters*³¹ y sus dificultades, Lacan hace una referencia en su escrito “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. Luego de señalar que el yo, como sujeto de la oración en estilo directo, deja en suspenso conforme

³¹ Sobre el término *schifter* utilizado por Jakobson, Laznik-Penot señala que ha sido traducido como embragues, y resalta que los embragues tienen un doble carácter, son a la vez símbolos e indicadores.

a su función llamada de shifter en lingüística, la designación del sujeto hablante, afirma en una nota a pie de página lo siguiente:

Roman Jakobson toma este término (shifters) de Jespersen para designar esas palabras del código que sólo toman sentido por las coordenadas (atribución, fechado, lugar de emisión) del mensaje. Referidas a la clasificación de Pierce, son símbolos-índices. Los pronombres personales son un ejemplo eminente: sus dificultades de adquisición como sus déficit funcionales ilustran las problemáticas engendradas por estos significantes en el sujeto. (Román Jakobson, Shifters, verbal categories) (Lacan, 1987, p. 517).

Se destaca esta cita en la que Lacan retoma a Jakobson, no sólo por la importancia que adquieren estos *significantes* llamados en lingüística *shifters*, sino porque además queda señalado que las dificultades en la adquisición o déficit funcionales de los pronombres personales dan cuenta de problemáticas en el sujeto. Así lo advertimos en la situación clínica que se está desplegando.

Por su parte Jakobson (1968) piensa que el uso de los pronombres personales es un asunto complejo y por ello está dentro de las adquisiciones más tardías del lenguaje infantil. Es así que sostiene que:

(...) se puede comprender que un niño que ha aprendido a identificarse con el nombre propio no se acostumbra fácilmente a términos tan alienantes como los pronombres personales y que puede dudar de hablar de sí mismo en primera persona cuando los interlocutores lo llaman vos (Citado en Laznik-Penot, 1997, p.139).

Teniendo en cuenta esta formulación, se podría considerar entonces que la inversión de los pronombres personales correspondería sólo a un momento específico del lenguaje infantil, pero no se puede dejar de lado que Manuel tiene ya seis años, y que las investigaciones en psiquiatría pediátrica aparentemente observan este tipo de confusiones, en cuanto al uso de los pronombres, en patologías de rasgos autistas. Y fundamentalmente se subraya que “después de los dos años, la inversión entre el yo y vos aparece prácticamente en los estados autistas” (Laznik- Penot, 1997, p. 140).

Advertidas estas dificultades en la situación de Manuel, y consideradas indicios para la investigación, se podría ensayar la hipótesis de una posible relación entre estos aspectos particulares de su lenguaje y la indiferencia frente a su imagen en el espejo. En este punto se hace una referencia de Laznik- Penot respecto de un caso. Ella menciona un

trabajo realizado por el equipo de Ajuriaguerra³² en el que los autores toman en cuenta los desarrollos de la lingüística de la época y en particular la cuestión de los *shifter*, a la vez que piensan en lo que Lacan había publicado tres años antes sobre la estructura imaginaria del *moi* y su vínculo con la relación especular con el semejante. En ese trabajo, y a propósito del caso de Dominique, un niño que hablaba de *sí* en tercera persona, o nombrándose con su nombre, o diciendo *vos*; los autores ponen en paralelo -tal como se hace en la observación de Manuel- su incapacidad de invertir el *yo* y el *vos* y su desinterés total por su imagen en el espejo. Ellos plantean trastornos de *la identificación* para dar cuenta de este problema. No deja de ser muy interesante reconocer el punto en que, a partir de un largo psicoanálisis, este niño Dominique comienza a descubrir el uso correcto de estos pronombres.

Una intervención de su analista ubica el momento en que este niño empieza a descubrir el uso correcto de los pronombres.

Le dice “yo soy la Srta. Simón y yo te conozco tu eres Dominique”, lo que promueve que el niño levantando su cabeza por primera vez pueda decir: “Entonces Dominique conoce a Dominique, Tú eres la Srta. Simón y yo te conozco” (citado por Laznik-Penot, 1997, p. 141).

Remite al planteo de Lacan (2011) acerca del *¿quién soy?* inconsciente e in formulable, antes de que se formule un *tú eres*.

No sólo se ha puesto en relación la indiferencia de Manuel frente a su imagen en el espejo, con su imposibilidad de invertir pronombres personales como el *yo* y el *vos*, (recordemos el *tu nombre*); sino también las otras particularidades de su lenguaje, la modalidad del contenido de su escritura, la precariedad del juego y demás, para interrogarnos por la ausencia de la instancia yoica. ¿Con qué elementos pensar la indiferencia de Manuel frente a su imagen en el espejo? En capítulos anteriores de este trabajo, el *estadio del espejo* se ha considerado como uno de los recorridos psíquicos necesario para la constitución del yo. Se planteó que el acceso al mismo es en relación al segundo tramo de la *identificación primaria*. También se ha señalado que para que la experiencia del espejo permita al niño el reconocimiento de su imagen y con ello, las bases o los cimientos del yo, es necesario que la madre se preste a cumplir una doble

³² Ajuriaguerra, Diatkine y Kalmanson, Les troubles de developpement du langage au cours des états psychotiques precoces” en *La psychiatrie de l'enfance*, tercer trimestre de 1959, Paris, PUF, citado por Laznik- Penot.

función de espejo, como *espejo cóncavo* y *espejo plano*. Se retoma dicha cuestión de la mano de Laznik- Penot que lo señala así:

Para que la experiencia del estadio del espejo permita la constitución de un yo, por más imaginario que sea, el júbilo experimentado en ese momento, tiene que recubrir una huella, un signo, un significante de la falta en el Otro (Laznik- Penot, 1997, p. 143).

¿Cómo considerar la experiencia del espejo en Manuel? ¿La ausencia de reconocimiento frente a su imagen en el espejo, y por lo tanto de júbilo, permite deducir entonces que algo de una falta no se ha puesto en juego? Este niño que no puede decir *me ayudás, o ayúdame, o me quiero sentar, o mi nombre es Manuel, o quiero tal cosa*, sin embargo dice. Se podría suponer que *te ayudo, sentate, querés, Manuel*, son significantes que le han sido aportados por el Otro y que él repite del mismo modo. Entonces el Otro primordial, cuyo lugar puede estar ocupado por la madre, pudo haber enunciado *te ayudo, sentate, querés, Manuel*, como significantes que sin duda forman parte de su tesoro. Estos significantes como otros que, en tanto elementos del código, la madre ha podido usar en su relación con Manuel para poner en palabras algo de las experiencias con el niño. En términos de Aulagnier (2007), esa *sombra hablada* del *portavoz*. Pero desafortunadamente no alcanza con ello, ya que como lo recuerda Laznik-Pentot (1997), “que el Otro pueda enunciar esto, con los elementos que forman parte del código, las palabras, no alcanza para que el niño pueda mirarse en un otro con una falta” (p. 143).

El niño puede estar atravesado por esos significantes, por estos enunciados, pero como *una banda publicitaria*, para poder invertirlos, debe poder apropiárselos. Por lo tanto que el niño pueda decir *ayúdame, o me quiero sentar, o quiero tal cosa, o mi nombre es Manuel, o yo soy Manuel*; cosa que Manuel no puede lograr, supone un yo que puede *imaginarizarse* como marcado por una falta, una impotencia.

Para que el moi se constituya sobre la imagen de otro - tal como Lacan lo formula- para eso, para que el moi pueda integrar una falta, tiene que haber una huella de la misma en el otro. El otro tiene que estar marcado por una falta (Laznik-Penot, 1997, p. 143).

Esa falta necesaria que remite al *blanco en la imagen* del Seminario 10 (Lacan, 2011) donde plantea que la investidura de la imagen especular es un tiempo fundamental de la relación imaginaria, fundamental en la medida que tiene un límite, ya que no toda la investidura libidinal pasa a la imagen. Se pueden considerar los enunciados de Manuel como significantes que representan al sujeto para otro significante. Ahora bien, Laznik-

Penot (1997) recuerda que en Lacan para que un significante pueda representar a un sujeto, tiene que poder referirse a un “significante de la falta del Otro, sin lo cual ningún significante representaría jamás a persona alguna” (p. 142). Por lo tanto poner en paralelo el particular uso del lenguaje en Manuel y su falta de imagen especular, habilita a pensar que algo de la falta en el Otro no se ha podido poner en juego.

Si tal como plantea Laznik-Penot los tropiezos en el uso de los pronombres, dan cuenta de la no constitución de la instancia yoica y ello brinda puntos de referencia clínicos sobre lo que tiene que llegarle del Otro para que el niño pueda asumirse como sujeto de su propio enunciado, cabe el siguiente interrogante, particularmente en este caso: ¿Qué no le vino del Otro a Manuel para que pueda asumirse como sujeto de su propio enunciado? ¿Qué no vino para que pueda instalarse esa falta necesaria a la constitución del yo? Seguramente muchas cosas importantes no llegaron del Otro, pero tal vez sea suficiente para considerar esta cuestión, el comentario y relevancia de la siguiente situación. Se trata de una pregunta que se formula y una vez formulada, por el efecto que produce, puede leerse como intervención: estos padres, principalmente esta madre a quien elevamos a la categoría de Otro primordial -indispensable para la constitución psíquica del niño- pudo escuchar en la primera entrevista una pregunta de la analista que marcó el inicio de la relación transferencial, tan posibilitadora de los futuros avances en el niño. Pero que a su vez permite recortar y situar algo de eso que tal vez, no le vino del Otro a Manuel.

A: - ¿Ya le dijeron a Manuel del cambio de psicóloga?

Mamá: - Unos segundos de silencio, pensativa dice: *Tenés razón !!!*

Pienso ¿razón de qué, si sólo ha sido una pregunta, y tan obvia por otra parte para quién está familiarizado con la apuesta al sujeto? Esta respuesta *tenés razón*, hace pensar que la pregunta funcionó como disparador y como una intervención, a juzgar por sus efectos. Pudo movilizar quizás de inmediato una puesta en cuestión del lugar de este niño en ellos. El *tenés razón* señala algo de eso, la razón de la pregunta. En tanto no había sido ninguna indicación, ni afirmación que desprendiera algo con lo que acordar o no, dar la razón o no; sino tan sólo una pregunta, pero una pregunta que remite efectivamente a la consideración de un lugar de subjetividad para el niño, una atribución subjetiva.

Mamá: - *Tenés razón. No le hemos dicho ni siquiera que su psicóloga no iba a atenderlo más!!*

¿Qué no le llegó del Otro a Manuel? No se trata sólo de esta información faltante, de esta especie de omisión, de que algo no queda registrado como falta (el fin del

tratamiento con el primer profesional) sino lamentablemente de algo que la sobrepasa, que va mucho más allá. En todo caso de aquello en lo que dicha omisión está sostenida, puede decirse como algo de la atribución subjetiva. Atribución tan necesaria como fundante. Es importante considerar por ello ¿Cómo fue ubicado Manuel en este Otro? ¿Cómo fue mirado por este Otro? ¿Cómo fue sostenido, investido? Dar un rodeo por aquí, por este lugar de Otro encarnado en la madre o en quien cumple la función, supone hacerlo co-extensivo al lugar de los padres reales en los primeros tiempos de la vida. Relevar la importancia de las vivencias del niño con los padres reales y su inscripción, asunto que describe Janin (2005) de la siguiente manera:

Cuando hablamos de los padres, es una construcción que todo niño hace, basándose en aquello que inscribió de las vivencias que tuvo con los padres reales. Hay que tener en cuenta, no sólo la personalidad materna y paterna, sino los avatares de su vida, el momento en que ese hijo nace, los otros que los rodean... Madre y padre son sujetos atravesados por deseos inconscientes, prohibiciones, identificaciones. Y ese hijo vendrá a ocupar un lugar particular en su historia...No se trata de desamor materno o ausencia paterna. La cuestión no es tan simple. Se trata más bien de matices, de funcionamientos psíquicos materno y paterno, que implica toda la complejidad y las contradicciones del psiquismo (entre otras, la ambivalencia). Son encuentros sutiles, imperceptibles a veces en los que conjugan ciertos movimientos maternos o paternos con la capacidad inscriptora y metabolizadora de un niño, y esto en un tiempo y un espacio, en un momento particular de una pareja y de una familia y en una historia colectiva (p. 40).

Se subraya, no sólo la personalidad materna y paterna, también los avatares, el momento en que nace el hijo, los otros que rodean, deseos inconscientes, prohibiciones, identificaciones, etc. En este sentido ubicamos el momento en que nace Manuel, la particularidad de la historia, el atravesamiento de los deseos inconscientes, prohibiciones, identificaciones de los padres; para constatar que no se trató de ninguna manera en el caso de Manuel de desamor materno ni de ausencia paterna, sino de ciertos avatares que impactaron en la subjetividad de la pareja, sobre todo de la mamá, poniendo en marcha la complejidad y las contradicciones del psiquismo. Como ya señalamos al comienzo, Manuel llega a la vida de esta tranquila pareja, que por amor había decidido casarse luego de finalizada la construcción de la casa. Ambos trabajaban, el papá además estudiaba una

casi eterna carrera universitaria y asumieron que ya era momento para tener un hijo. Fue deseado por ambos y planificado. Todo como *se debe*, sutileza del discurso que señala rasgos particulares de personalidad en relación al sometimiento al deber, *la exigencia* y que deja un poco eclipsado el asunto del querer, del deseo. Es sólo una acotación en relación a este significante que insiste. En este contexto, este hijo fue querido, planificado y el embarazo sin complicaciones. *Todo bien*. Sin embargo cuando la escucha analítica se pone en marcha, se va propiciando aperturas, posibilitando la historización, etc., aparece de a poco en el discurso, que en realidad no estuvo todo tan bien. La mamá podrá ir poniendo palabras, reconstruyendo o ¿construyendo? una situación que vivenció a partir de su embarazo y que la sumergió en una profunda angustia. Situación que leeremos, movilizó toda su conflictiva edípica. Su jefe, para quién ella ocupaba un lugar particular de mucho afecto por ser una excelente empleada, al enterarse de la situación de su embarazo se disgustó absolutamente con ella. El trato cordial y afectuoso que le dispensaba, dejó de darse y en su lugar apareció una notable exigencia.

Este acontecimiento no pudo ser metabolizado más que como una gran frustración por su parte, que opacó toda la alegría de su embarazo y los primeros tiempos de la vida del niño. Ocasionalmente que sintiera que al ir a trabajar tenía que *hacer como*, que *pensarse como* si no estuviese embarazada, como si tuviera que *mantenerlo en secreto*; que luego, frente al nacimiento de Manuel, no completase la correspondiente licencia por maternidad y retornara rápidamente al trabajo; que cuando llegaba a su casa, en lugar de tener ganas de estar con el niño, se sintiera extremadamente agotada porque percibía que las exigencias para ella en el trabajo eran mayores. Por otro lado, el embarazo había renovado los temores de su propia madre, abuela de Manuel, quién fantaseaba con el peligro de tener ahora, un nieto discapacitado, como antes había temido la llegada de un hijo así, por identificación con su propia hermana cuyo hijo estaba en relación a una cierta discapacidad. El embarazo, bajo estas circunstancias, tanto por la vía de su jefe como por la de su madre, venía a cierto lugar de *lo prohibido*.

¿Cómo ubicar en todas estas condiciones la puesta en marcha de la libidinización temprana, la narcisización indispensable, el investimiento en tanto fundamental para la constitución del psiquismo? ¿Cómo ubicar en términos de Aulagnier (2007), ese espacio hablante que debe ofrecer al yo un hábitat acorde a sus exigencias? Ese *yo anticipado* que planteó la autora, el de los enunciados identificantes que construye el Otro, y de los que el niño debería apropiarse? Las vicisitudes planteadas en esta situación señalan que la función de ese Otro, en tanto *sombra hablada*, *portavoz*, y demás ha estado al menos

conmovida para la puesta en marcha y sostén de enunciados que se presten a confirmar el derecho a reconocerse en una imagen narcisizante y valorizada. ¿Cómo se habrán jugado las maniobras amorosas que debieran acompañar los cuidados primarios con los que la madre atiende al niño y con las necesarias representaciones totalizantes por parte de ella? ¿Cómo ubicar la *función de espejo cóncavo* y la función de *espejo plano*? Esa doble función de espejo que debe prestarse a cumplir la madre para el acceso del niño al estadio del espejo (Amigo, 2003).

Así, con ese *yo-anticipado* en problemas al momento de la llegada de Manuel al mundo, ¿se puede inferir que la función *espejo esférico* tal vez pudo asumirse aunque quizás, rudimentariamente? ¿Que los primeros tramos de la identificación primaria han sido recorridos? ¿Que algo del cuerpo pre-especular, de la intrincación pulsional se ha propiciado? Pero la función que apuesta a lo totalizante, a la unidad de la imagen especular a lo ideal, a lo valorable ¿Qué ha sucedido, con ese segundo tramo de la identificación para el ingreso al estadio del espejo? ¿Cómo ha impactado esta situación particular y traumática, este *accidente* vivido por esta madre en su mirada materna hacia Manuel? ¿Cómo se ha desplegado ese *rol fundador de la mirada del Otro primordial* que señala Laznik-Penot, (1997)? Esa función, esa mirada, esos espejos necesarios para que el niño sea un objeto de investidura libidinal. Testimonia alguna respuesta la ausencia del reconocimiento de la imagen especular en Manuel. Testimonia, en todo caso, que ciertos trayectos psíquicos no han podido ser recorridos.

Laznik-Penot (1997), en su libro “Hacia el Habla”, trabaja tres casos de niños autistas en psicoanálisis. Texto rico en aportes teóricos y clínicos que en este trabajo se toma en consideración, particularmente la presentación del caso de un niño de tres años. Despliega, paso a paso, el momento del surgimiento por primera vez de la palabra *yo* y del reconocimiento de su imagen especular. Señala que aunque se vio emerger, en el caso de este niño, al sujeto del enunciado, hubo que desplegar un largo trabajo para que pueda constituirse un sujeto de la enunciación, un sujeto de deseo. En el caso de Manuel, si bien se abrieron muchas vías habilitantes que le permitieron una ubicación distinta en relación a sus padres, a sus pares, a sus actividades e intereses, incluso al abandono de la medicación; no apareció el *yo* en su enunciado, salvo en alguna ocasión escrita de la que no puede decirse que haya podido asumirse, como tampoco el interés por su imagen en el espejo, aunque sí cierto reconocimiento en las fotografías familiares. En relación a las posibilidades de intervenciones en los tiempos constitutivos del sujeto y al color Rojo con el que matizamos este relato clínico, resuena y retorna la pregunta *¿qué tan temprano*

llegamos tarde? Pregunta que formula Baraldi (2005) al proponer que, en tanto la estructura subjetiva no acontece de un solo golpe, los tiempos y las operaciones lógicas que necesita un sujeto para apropiarse de la misma no siempre cabalgan juntos. De allí esta pregunta sobre las intervenciones en los tiempos constitutivos y la importancia en ello del tiempo real. Acordamos con ella en que no es lo mismo tomar a un niño con rasgos de desconexión en el primer año de vida que luego de los tres años, ya que el tiempo real deja marcas en el aparato psíquico, en algunos casos de forma definitiva.

7.3 Relato Amarillo. José (2años, 8 meses).

Motivo de consulta: Luego de una especie de tsunami vivenciado a raíz de una enfermedad del niño, iniciada a los tres meses de nacido, los papás de José se encuentran frente a una situación que los convoca a realizar una consulta psicológica. El motivo es la conducta. Dirán del niño que *no puede quedarse quieto, le cuesta relacionarse con otros niños, es violento, tiene conductas disfuncionales, no hace caso, hace berrinches, es un descontrol. Su lenguaje es casi nulo y las pocas palabras que dice, no se le entienden.* Frente a todo esto, ellos *se sienten imposibilitados de hacer.* El problema de salud del niño ahora *está ordenado, ...pero...se desordenó la conducta.* Consideran que el haber estado tan pendientes de los cuidados extremos, por el riesgo de vida que ocasionaba cada crisis convulsiva del niño, *descuidaron o no pudieron con la conducta.* Reconocen que *como papás hicieron agua.* El motivo es que sintieron muchísimo *temor* porque las crisis eran muy severas, hasta que lograron dar con un profesional que ajustó el diagnóstico y se pudo hallar una medicación adecuada.

Indicio: Llama la atención el uso de las palabras *Violento*³³ y *Conductas disfuncionales*, que aparecen en el discurso de los papás para describir algunas manifestaciones que en realidad suelen ser afines a los niños pequeños como *pegar, morder, empujar si se quiere subir a un tobogán y hay otro nene.* Como así también, que estas conductas del niño generen tanta angustia sobre todo a la mamá, y especialmente cuando se dan en lugares públicos, y que queden ambos padres tan inermes frente a estas expresiones del niño al punto de *sentirse imposibilitados de hacer.*

Lo que preexiste a su llegada al mundo: La mamá de José es profesional de la salud mental, había decidido que no tendría hijos en su vida. Uno de los motivos

³³ Se considera de la diferencia entre violencia y el concepto psicoanalítico de *agresividad* en tanto constitutiva. Tema planteado por Lacan en el texto *La agresividad en psicoanálisis*. La relación con el *estadio del espejo* no tarda en aparecer y por ello resulta importante esta acotación.

principales era su temor de tener un hijo con problemas neurológicos, o alguna discapacidad, área en la que ejercía su trabajo. El papá de José es profesional de la gastronomía; en ocasión de una fiesta a la que asisten ambos, se enamora a primera vista de ella; piensa que le gustaría que fuese la madre de sus futuros hijos. Logra conquistarla y en base a ese amor forman una pareja y ella resigna su decisión y acepta tener hijos. Nace José sin inconvenientes. No sin temores, los tres primeros meses fueron sin salir a la calle bajo el supuesto saber de la mamá que eso, es decir, los diferentes estímulos del ambiente, dañaría al bebé. En ocasión de la primera salida, a los tres meses, el niño realiza un episodio convulsivo en la calle, y ese será el primero de muchos y complicados otros. La angustia, desesperación e incertidumbre se apoderan de ella. Inician un largo derrotero por diferentes médicos ya que se trataba de una patología que no era de las más frecuentes.

Cabe recordar lo señalado sobre el perfil de madre *normal* que describió Aulagnier (2007). Entre otras cosas la importancia de acordar con lo que el discurso cultural del medio al que se pertenece dice acerca de la función materna. Lejos de un acuerdo esencial, esta mamá pudo ir poniendo en palabras en las entrevistas que se molestaba mucho y no toleraba el discurso de las madres que se la pasan hablando de sus hijos, de los pañales, de la caca, etc. Se resistía a caer en ese *lugar común* de las conversaciones a la hora de un encuentro entre mujeres madres, donde justamente, de alguna manera se pone en circulación lo que el discurso cultural dice acerca de la función materna.

El encuentro con el niño: Encuentro a un niño de imagen agradable, vivaz, que emanaba una ternura que hacía contraste con la imagen que habían descripto sus papás. Habiendo esperado inquietamente unos minutos en la sala de espera ingresa al consultorio.

Manifestaciones clínicas - Indicios:

- Ingresa sin ninguna discontinuidad que señale el paso de un lugar a otro. Ingresa sin mirarme, aunque de ningún modo inhibido, más bien sin registrarme. Tampoco manifiesta nada al ser dejado allí por su papá, como sin afectación porque su papá se fuera y lo dejara allí conmigo, sin conocerme. Pienso de inmediato cómo opera allí, el otro en tanto extraño, esa conquista simbólica que en psicoanálisis se conoce como *La categoría del extraño*³⁴.

- Explora absolutamente todo, toca todo. Lo que se puede tocar y lo que no. Voy interviniendo, poniendo palabras. Frente a mis *No*, de *ese no se puede tocar porque es*

³⁴ Concepto mencionado en la introducción de este trabajo.

peligroso, lo intenta nuevamente y al advertir que el *No* se sigue sosteniendo, deja de insistir.

- En relación al Lenguaje. Es muy escaso, sólo dice algunas palabras que no logro entender. No se nombra a sí mismo.

- El pasaje por el espejo le es totalmente indiferente, no se reconoce allí.

Juego: No aparece el juego esperable en un niño de esa edad o la intención de jugar, sólo la exploración de objetos. Pero hay situaciones que pueden ser transformadas con la intervención del adulto en un juego. En un momento, con su mirada bien dirigida a mí y de manera sostenida y - no podría calificarla de *desafiante* sino leerla más bien como *suplicante*- se pone un objeto muy pequeño en su boca. Al insistir en que me lo dé, que es peligroso, que le puede hacer daño, se resiste, lo mantiene capturado en su boca. Si bien se enoja cuando se lo saco, las patadas que tira son registradas por mí y transformadas en la propuesta de creación de un *baile* para jugar. Se tranquiliza y bailamos. Esta situación permite pensar que José necesita, o más bien suplica de alguna manera que alguien delimite, acote.

Cuerpo: En esa exploración de objetos, más adelante y sin que pueda yo advertir algún motivo, este niño, de repente estalla, comienza a tirar patadas y puñetazos descontrolados, no coordinados, como si fuera presa de una fuerza extraña que lo descontrola, que descontrola su cuerpo y desparrama todos los objetos. Como mis modos de intentar acotar esta situación a través de la palabra no son exitosos, decido poner el cuerpo para calmarlo, lo abrazo, lo contengo. Recibo así, patadas, mordiscos, rasguños, tiradas de pelo, y aún así sigo intentando ligarlo a algo que lo pueda desalojar de esa furia como *tanática*, alejada de *eros*. La escena de este *ataque* evoca la representación de un cuerpo por pedazos, sin unidad, sin control, como un *¿cuerpo pulsional desintrincado?* Y lo estimo muy alejado de lo que podría ser considerado del orden de un berrinche, como lo señalaban sus padres. Por otro lado, advierto que fuera de ese episodio, aparece cierta torpeza motriz, puede llevarse los muebles por delante y no reparar en ello.

Interrogando el tema que ocupa a este trabajo, en esta situación de José también se puede ensayar la hipótesis de poner en relación estos *indicios* y la indiferencia frente a su imagen en el espejo. Indicios que señalan o *indican*, tal como lo propone Pulice (2000), que algo ha ocurrido, aunque no se sepa exactamente qué, pero de lo que se puede sospechar que se conectará con alguna otra cosa. Por tanto, se pondrá en paralelo su modo de ingreso al consultorio -que hizo pensar en la falla de cierta operación-; lo señalado en relación al juego o a la actividad de jugar; la ausencia de bordes o topes registrada en la

observación de su conducta; los ataques que no serían berrinches; la falta de palabras y por su puesto del término *yo* para designarse a sí mismo, con su desinterés total por su imagen en el espejo, es decir la falta de reconocimiento de su imagen especular.

Ataques que no son berrinches: En los momentos de esos ataques, la visión del cuerpo de José muestra algo que se puede representar como lo *no unificado*, como disgregado, dando la sensación de ser un cuerpo comandado por una fuerza extraña que lo conmina a movimientos descontrolados e incoordinados. Si cupiera algún tipo de equivalencia surge inmediatamente la idea de *Tánatos*, esa tendencia pulsional de muerte a la que hiciera referencia Freud en “Más allá del principio de placer” (1920) en tanto tendencia a la destrucción y contrapuesta a la pulsión de vida. La visión del cuerpo de este niño en esas situaciones, evoca lo desintrincado, la no ligazón. Aspecto que se ha trabajado en los desarrollos que se hicieron sobre la identificación primaria, de la mano de Amigo (2003), allí donde la autora trabaja la *cadaverización del soma* y la *erotización de los bordes del cuerpo*, puntapié inicial del lanzamiento de la pulsión. Recordamos con ella que “la ligazón de las pulsiones, el encuadramiento de una pulsión por otra, se genera ya en la primera identificación” (p. 71). Operación que permite la primera captación pre-especular del cuerpo, donde se percibe *feteado* por el trayecto pulsional. Operación que es posibilitada por la función de *espejo esférico* (formación del yo dependiente de la imagen real), pero que necesitará la del *espejo plano* para que ese cuerpo pueda percibirse unificado, para que concluyan los movimientos defensivos pulsionales que dependen de la formación del yo especular y pueda lograrse el estadio del espejo. Movimientos que autorizan además la entrada en la paradoja significativa. Lo que permite poner en cuestión el desarrollo de estas funciones de espejo en José. El cuerpo de José se presenta, en esos momentos, lejano a una unidad. Sintetiza Flesler (2016):

Sabemos que en el estadio llamado del espejo, por la función que la mirada cumple en él, se constituye y configura el cuerpo del sujeto en una imagen unificada y precipitante del yo, del moi. En él el cuerpo se unifica y se sostiene narcisísticamente gracias a la imagen reflejada en el Otro. Es un tiempo necesario y contingente de constitución de lo imaginario (...) (p. 38).

Si el cuerpo se constituye y se configura en el sujeto en una *imagen unificada* y precipitante del yo, si en él, ese cuerpo se unifica y se sostienen narcisísticamente y es gracias a la mirada reflejada en el Otro, cabe detenerse en esa mirada del Otro en José, e interrogar cómo habrá sido, cuáles han sido los avatares, ya que algo del cuerpo unificado

no se constituye precipitando al *yo* en este niño. ¿Cómo habrá sido esta imagen reflejada en el Otro, teniendo en cuenta que dicha mirada ha estado teñida desde el principio por el temor materno, antiguo o histórico, a la discapacidad; y en lo actual, por el temor o la posible confirmación del temor provocada por los episodios convulsivos de José que la dejaban fija en ese punto. Cuestión relevante que invita además, a una reconsideración de aquellos términos usados por ella para referirse a las dificultades de este niño y que llaman la atención por tratarse de un niño pequeño: *es violento, tiene conductas disfuncionales*, términos que quizás pueden ser ahora resignificados desde esta perspectiva

Además de la importancia de esta mirada, recordamos la importancia de la operación de expulsión para el logro de la imagen unificada del cuerpo. Flesler (2016) plantea lo que tiene que quedar por fuera del cuerpo del niño para que éste pueda asumirlo como propio. *Ausstossung* que inaugura una *falta primigenia* y que ella será necesaria para la constitución *de la unidad de la imagen*. Lo dice así:

(...) esa falta primigenia inaugurada cuando un goce incestuoso quedó, en cuanto expulsión, *Ausstossung*, fuera del cuerpo del niño.

En el origen, será por la eficacia de esta expulsión que podrá comparecer la unicidad de la imagen especular con la que se asume el cuerpo como propio. Con ella el sujeto conocerá el primer goce jubiloso y jubilatorio del narcisismo con el que jugará desde la cuna a ser el falo imaginario del Otro. Sin él, no jugará en la infancia (p. 64).

Cabe destacar que esta operación de *expulsión* de un goce incestuoso del cuerpo, que permite la unicidad de la imagen del cuerpo y el asumir el cuerpo como propio, se prepara desde antes de nacer, cuando el Otro anticipa imaginariamente el cuerpo del bebé. Por ello es importante poner en consideración los aspectos señalados como lo que preexiste a la llegada al mundo de José, donde el fantasma de la discapacidad rondaba insistente.

Las expresiones que manifiesta el cuerpo de José en ocasión de estos episodios de ataques, permiten suponer que algo de la unidad de esta imagen y la asunción de un cuerpo como propio, se presenta de modo fallido. Aparece un cuerpo descontrolado, movido ferozmente, sin dominio. Algo sucede con el espejo del Otro que el sujeto no puede ver su cuerpo integrado, su dominio corporal, su cuerpo como propio, algo de una imagen no cierra bien a esa mirada. Si la unidad de la imagen del cuerpo queda referida a estas dos operaciones, la *imagen reflejada del Otro* y la *expulsión de goce del cuerpo del niño*, se

puede suponer que algo de estos trabajos, trayectos necesarios para el nacimiento del yo, han sido recorridos con dificultad o no recorridos.

Desparrame de objetos que no es un juego: Es sabido que hay un momento constitutivo en el que arrojar los objetos por fuera del campo del Otro se torna típico en los niños. Éste se torna un acontecimiento importante. Tomando la experiencia que describe Freud del juego de su pequeño nieto conocido como juego del carretel o Fort-da³⁵, Flesler (2016) rescata una mención que él mismo hace en el texto donde lo trabaja, una mención, que allí se hace al pasar. Se trata de un tiempo lúdico previo al del carretel, tiempo que Freud menciona diciendo que el niño arrojaba los objetos lejos, donde no podían ser fácilmente encontrados, *el niño tenía una perturbadora costumbre*. Lo perturbador, claro está, lo es para quién tiene que agacharse a recoger los objetos cada vez y la autora señala además el júbilo que esto suscita, esto le ocasiona júbilo al niño, comenta. Es interesante su reflexión:

El niño que está jugando a no ser el objeto, tira los objetos perturbando el campo del Otro y lo realiza jubilosamente porque en su accionar, pone en juego al sujeto. Es evidente la secuencia, se trata de un tiempo previo y necesario a ese otro tiempo del juego, de fuera- dentro, Fort-da (p. 126).

Se advierte que no se trataba de esto en la situación de José, este niño no arrojaba los objetos jubilosamente para perturbar el campo del Otro y poner en juego en su accionar al sujeto; o se trataba de un modo fallido que no responde a esta descripción. El no ser objeto del Otro no podía ponerse en juego. Lo que aparecía, contrariamente, era un desparramar compulsivamente todos los objetos; no se parecía a un juego, los objetos eran expulsados furiosamente y sin júbilo, más bien con soberano sufrimiento. Arrojar objetos tal vez como intento, una puesta en acto en lo real, de lo que correspondería a la operación *Ausstoussung*, expulsión fuera. Comenta Flesler (2016) que sin la operación de expulsión, falla la *Behajung*, la afirmación del sujeto. Compartimos la idea que cuando el niño realiza la presencia del objeto en el fantasma materno y falla la expulsión de goce fuera del cuerpo, arrastra con ella la afirmación subjetiva, impide la existencia del sujeto y niega consistencia al cuerpo.

Arrojar objetos con júbilo, es un tiempo previo y necesario al juego fundante y constitutivo del sujeto, el Fort-da, por lo tanto importante también para el nacimiento del yo. Se considera entonces esa acción, como recorrido necesario para el nacimiento del

³⁵ Al que se hizo referencia en el cap. 5, como respuesta del sujeto.

mismo. Claramente se advierte que en este punto del trayecto, José se encontraba varado. Pero seguramente con posibilidades de avanzar con alguien que pudiera ayudarlo.

Esta experiencia clínica promueve la pregunta en relación a la constitución del yo. Los indicios señalan que muchos de los recorridos o trabajos psíquicos que se fueron despejando se presentan fallidamente, o no se presentan. Se ha sospechado la ubicación de este niño como realizando la presencia del objeto en el fantasma materno, tal como propone Lacan (1969) en sus “Notas sobre el niño”. Posibilidad, como él aclara, que comporta *mayor dificultad para la operatividad del analista*, de modo que en esta experiencia la apuesta subjetiva no ha dejado de ser sostenida, la escucha, las intervenciones tanto con el niño como con los papás, han apostado a crear la posibilidad de apertura para que algo puedan ponerse en juego de otro modo. Algunas situaciones son leídas en esta dirección.

¡Zul!no...vede!!! (en referencia a los colores azul y verde): El tiempo de tocar todos los objetos sin poder detenerse o recortar alguno fue quedando atrás dando lugar a la selección, elección de algunos de ellos para poder referir algo sobre él mismo. Como su lenguaje también apareció muy rápidamente, podía decir alguna cosa sobre un objeto o señalar alguna conquista cognitiva, por ejemplo su color. Cuando elegía las masas, por las que comenzaba a interesarse particularmente, decía como victorioso de saber *Zul!!!*, inmediatamente me miraba, - ahora sí - buscando aprobación o complicidad y como advertía rápidamente cierta confusión en el color nombrado, se apresuraba a corregir *¡nooooo....vede!!!!* Y esta situación comenzó a repetirse, como un juego en el que ambos podíamos reír. Entre el azul y verde, algo se escapaba, una escansión, algo del orden de un *intervalo* comenzaba a aparecer y con ello la posibilidad de un juego allí donde no lo había.

Pío Pío: Transcurrido un tiempo de trabajo, al ver un adorno con forma de pajarito de madera que se encaramaba en una maceta del consultorio, una novedad se instala. Bordeándolo con sus manitos y con mucha ternura dice: *pío pío!!* Este episodio, posibilitado por la puesta en marcha de ciertos movimientos, convoca a considerar dos planteos de Bruner (2013):

La presencia real del niño y su cuerpo en el Otro (presencia sin velo, sin imagen) es la presencia del a, no en posición de i(a) (...) El niño por esta vía no entra en la relación especular, su cuerpo es lo que es, sin velo, sin vestimenta, sin imaginario que lo envuelva (p. 4).

Pensamos en ese cuerpo de José tan tomado, a raíz del problema neurológico, desde el fantasma materno ¿como real para la mirada materna? Sin embargo, comienza a movilizarse algo que hace resonar la otra idea de la autora:

El niño en sus juegos “anima” al objeto, le dá “ánimo”, “alma”, lo viste y lo inviste. Los recubre con una imagen de vida y los personifica. El niño anima al objeto inanimado y lo convierte en su objeto, su juguete, su representante. Lo hace su doble imaginario, que es otro, al mismo tiempo que ya no es él (Bruner, 2013, p. 20).

Quizá comenzaba a aparecer en este niño cierto traspaso de algo real a objeto imaginario, *transicional*, juguete; de su posición inicial al Pío-pío, ¿alguna representación de la falta empieza a asomarse? Falta que se ha señalado como tan necesaria para la constitución de la imagen especular.

Si bien José no logró nombrarse a sí mismo con el término *yo*, se sospecha de alentadoras posibilidades de que así lo hiciese. Por ciertas circunstancias, el análisis se vio interrumpido, bastante apresuradamente, allí donde las palabras comenzaron a aparecer cada vez más y con mucha claridad; también su mayor tranquilidad y la de sus papás, de poder permanecer en lugares público, con otros, sin que se sintieran desbordados e *imposibilitados de hacer* por su conducta. El destierro de esos ataques y los primeros esbozos de juegos y de júbilo, de oposición significativa y de cierta representación. Su imagen frente al espejo comenzaba a deshacerse de a poco de la indiferencia para dar paso a su incipiente interés. No obstante, como el trabajo quedó interrumpido, queda el tinte de la precaución.

7.4 Relato Verde. Ián (2 años, 4 meses)

Motivo de consulta: El niño no responde a sus padres, no responde al llamado de sus padres, no gira la cabeza si lo llaman. Los papás se angustiaron mucho al observarlo en relación a otros niños de su edad en un cumpleaños, porque Ián no interactuó con pares. Advierten que a veces se desconecta, o decide en un momento que no tiene ganas de interactuar. No contesta. Temen que se trate de un *Trastorno cognitivo*.

Su llegada al mundo: La pareja luego del noviazgo decide casarse y al mes del regreso del viaje de bodas ella queda embarazada. Reciben la noticia con alegría. Pero luego se enteran que no llegará un hijo sino dos. El embarazo transcurre sin demasiadas complicaciones hasta que en un momento, una cuestión de salud, ocasiona la decisión médica de adelantar la fecha de parto. Nacen dos bebés prematuros, pero sin dificultades. Encontrarse de repente con dos bebés para asistir, para esta mamá fue *caótico*. Asumirá

que le llevó un tiempo encontrar el eje. Lo caótico fue la organización cotidiana. De *tendencia acaparadora*, sintió que sólo ella podía ocuparse de manera adecuada de la asistencia de los niños, lo que le impidió delegar y recibir colaboración. Se creó una *simbiosis de tres*. Las manifestaciones de los bebés no se hicieron esperar; mucho llanto, cólicos, problemas de intestinos, alérgicos a la proteína de la leche. Todo ello hizo que para ella fueran los *peores meses de su vida, pasó hambre, mal humor, estaba loca. Fue drástico* según sus propias palabras.

Encuentro con el niño: un niño de imagen agradable, vestido a la moda, ingresa al consultorio de la mano de su mamá, sin mirarme, no acepta que la madre lo deje. Trabajaremos entonces en ese encuentro y los siguientes, los tres.

Manifestaciones clínicas, indicios:

- Le hablo y corroboro lo que habían dicho los papás, que no los mira cuando le hablan. No obstante sigo poniendo palabras a cada situación que se va generando, armando un relato de lo que va sucediendo; repara en las llaves, un banquito, otros objetos del consultorio. Voy advirtiéndole que el hablarle pausado, detenidamente, dirigiéndome sólo a él, como único, con mi voz, mi mirada y el cuerpo, él comienza de a poquito a sentirse referenciado y tímidamente a dar esbozos de respuestas. Me ocupo simultáneamente de que la mamá se sienta incluida, participando también, *interactuando*. Ella irá relajando de a poco su tensión, en la medida de lo que va observando sobre lo que va aconteciendo.
- Imagen en el espejo: pasa por el espejo sin advertir su imagen.
- Lenguaje: casi no habla.

Juego: Voy propiciando situaciones de juego que incluyen a su mamá también y él no las rechaza. Por ejemplo toma las masas pero las deja desinteresándose, entonces para convocarlo le pregunto si le gustan las pelotas, responde afirmativamente con movimiento de cabeza y ligeramente armo unas pelotas con las masas. Jugamos entonces a pasarnos la pelota, yo a él, él a mí, yo a su mamá y viceversa, sostenidamente. Se abre un juego de a tres, que estimo y apuesto sea diferente a la *simbiosis de tres*. Al observar el sector de los juguetes del consultorio, entre los variados objetos que hay, se interesa por dos objetos que son iguales. ¡Qué casualidad, dos iguales como él y su hermano mellizo!!! Se trata de dos maquinatas registradoras como las que hay en los supermercados. En los próximos encuentros las buscaré para explorarlas. Luego habrá palabras sobre estos dos juguetes: pongo palabras y al modo de lo que puede ser una *construcción*, digo, hago referencia a las dos maquinatas que parecen iguales y desde allí a lo que él pudo haber sentido, a cómo pudo sentirse él frente a la situación en la que se

encontró su mamá cuando ellos nacieron, lo que le sucedió al querer cuidar con tanto amor a dos niños a la vez. Intervención sostenida en lo escuchado en los encuentros con los padres y no sin efectos sobre el niño y sobre la mamá.

La voz y la mirada en Ián: Al desarrollar el tema de la *primera identificación*, posibilitadora en su segundo tramo, de la entrada en conocido *estadio del espejo*, se ha destacado la importancia de la voz de la madre -en tanto transmite la voz del padre muerto- y la mirada de la madre que, al ser narcisizante, permitiría la unidad de la imagen del cuerpo y con ello propicia la constitución del yo. Se ha situado la doble función materna de *espejo esférico y espejo plano*. Se retoma este tema de la voz y la mirada de la madre desde los aportes de Baraldi (2005) para pensar estos momentos constitutivos particularmente en Ián.

La autora en el capítulo II del libro “Mujeres y niños, primero?”, en virtud de abordar la primera identificación en relación a la voz de la madre y el cuerpo del niño, señala que para que una madre pueda sobrevivir a noches sin dormir, a momentos de desazón, sobreponerse y sentirse capaz de transformar ese llanto en pedido y realizar *la acción específica* para calmar al bebé; esa mamá – al ser el amor , amor narcisista- tiene que verse reflejada en el niño, para poder decir *es mío*. Podrá sentir que es ella entonces quien tiene que transformar ese llanto en pedido y calmar. Si una madre no se ve reflejada en el niño, no podrá responder a su llamado.

En virtud de los indicios situados ¿cómo considerar este aspecto en esta situación clínica? Particularmente este verse de la madre en el niño, el poder decir *es mío, soy la que tengo que transformar ese llanto en pedido* ¿puede pensarse con un cierto exceso? En el sentido que esta mamá sintió tanto, ¿excesivamente? que *eran de ella, y sólo de ella*, que sólo ella podía asistirlos adecuadamente y con su tendencia *acaparadora* que no pudo dar ninguna intervención a un tercero; ni a su propia madre, ni al papá de los niños, para permitir que colaboren. Pero exceso también de lo que tiene que ver con la demanda, el reclamo era por partida doble. Se trataba de dos niños, razón por la que estos reclamos, estos llamados, estas demandas de los bebés la sobrepasaron, la *enloquecieron*. Demandas que se sumaban a sus propias y excesivas exigencias en relación a la organización de la casa, el orden, el control al que su estructura subjetiva la sometía históricamente. Y que se vieron alteradas en esa situación, provocando un *caos* en su subjetividad; *lo drástico* que ocasionó que sintiera esa etapa como *los peores días de su vida*. De este modo algo comenzaba a alterarse y a dejar sus marcas, sus huellas en Ián. La desconexión, la mirada, la voz desimbricadas.

En el Proyecto, Freud trabaja lo que es la primera experiencia de satisfacción. Allí comienza a instalarse en el aparato psíquico el primer par significativo de oposición tensión- distensión. Esa tensión- distensión quedará siempre mediada por una acción humana que impedirá la desimblicación de pulsiones. Si se incorpora la voz, se impide la desimblicación de pulsiones. Lo que una madre, de un modo simple o complejo, tiene que hacer es impedir que se desimbliquen (...) La pulsión va a ser el circuito que va a delimitar zonas erógenas en el cuerpo a partir la acción del Otro primordial. Se consolidarán entonces un campo escópico, un campo invocante, el campo de la oralidad el de la analidad y en éstos siempre habrá un objeto que va a caer: la voz, la mirada, las heces, etc. y una zona corporal que se va a constituir (Baraldi, 2005, p. 37).

Campos que, en virtud de lo destacado, comenzaron tal vez a consolidarse problemáticamente en Ián. Las dificultades con su mirada, su voz, la del Otro, sus heces retenidas que no lograban desprenderse fácilmente testimonian que la caída de los objetos pulsionales no terminaba de darse. Y con ello las zonas erógenas en el cuerpo no terminaban de delimitarse. Tal vez no se pudo, de modo simple o complejo, impedir que las pulsiones se desimbliquen. Sabemos que cuando el niño se amamanta traga e incorpora, además del alimento leche, la mirada y la voz. Tomar la leche sin mirada y sin voz cubre el campo de la necesidad, pero no de la necesidad psíquica. Y nos recuerda Baraldi (2005) el aporte de Lacan (1969) respecto de la necesidad del niño, como siendo la necesidad del deseo del Otro no anónimo. O Amigo (2003) ese *deseo de engullir y no devorar*. ¿Cómo se ha manifestado este deseo en una mamá que se ha sentido desbordada, loca, en caos, viviendo los peores días de su vida?

Los encuentros fueron de a tres, Ián su mamá yo. En ellos, la mirada y la voz como protagonistas intentaban ligarse mostrándose en escena. No fueron muchos los encuentros, ya que prontamente la desconexión cedió. Su mirada comenzó a llenarse de brillo y de respuestas frente al clásico pedido que suelen hacer los papás cuando las cosas marchan, de *hacele ojitos a...*, acción que realizaba cerrando sus ojos graciosamente para abrirlos acompañados con una gran sonrisa. Algunas palabras comenzaron a aparecer, como también cierto placer en dibujos y masas. Decidimos poner fin el trabajo con la posibilidad de retomar si fuera necesario. Cosa que no sucedió.

Sin embargo esta mamá, sorprendida por los avances del niño, no dejaba de angustiarse cada vez que su exigencia de perfección amenazaba con el temor de algún posible trastorno si Ián, o su hermano, no respondían a lo esperado (desde su ideal). Al poco tiempo, transferencia por medio, pide un espacio de análisis para ella, para trabajar lo que se advirtió, eran sus fantasmas y temores. Esta vía abre una puerta que apuesta a alejar al niño del riesgo de quedar atrapado en ellos. El trabajo con el papá también fue muy importante para que pueda comenzar a sentirse partícipe de las vivencias de su hijo, inscribiendo otro lugar posible.

La situación presentada permite poner de relieve que este gran tiempo constituyente de la imagen unificada del cuerpo, dependiente del Otro, que con su mirada y su voz, fija y da sostén, puede sufrir un contratiempo y empantanar esa vía que aparece como necesaria de ser transitada como trabajo psíquico, para posibilitar el nacimiento del yo.

CONCLUSIONES

La clínica interroga siempre. Cuando se trata de niños y cuando esa clínica intenta ser sostenida desde los fundamentos de la teoría psicoanalítica, los interrogantes se suman, promueven trabajos de formación y en ocasiones impulsan algún trabajo de escritura.

En esta ocasión, causó el deseo de investigar acerca del yo en la clínica psicoanalítica. La vastedad del tema obligó a anclar en algún punto. Por ello la lente se focalizó en aquel aspecto del yo que hace posible su traducción a un término a utilizarse para la designación de un sí mismo. Designación que, como se ha demostrado, nada tiene de natural como tampoco de aprendido, en todo caso, de lo que tiene es de posibilitado. Por ello la pregunta que comandó fue acerca de los recorridos psíquicos que hacen posible que un niño pueda decir *yo* para designarse a sí mismo. Se consideró oportuno así investigar acerca del nacimiento del yo. La palabra nacimiento fue protagonista en tanto remite a lo que preside, a aquello a lo que da lugar.

La consulta a distintos autores, a lo largo de todo el Capítulo 2 obligó a recortar y realizar el propio recorrido. Apostando a lo lúdico, se imaginó en su diseño y también se vivenció como aquel juego de la infancia llamado *Rayuela*. Como se sabe es un juego que propone un recorrido no lineal, con idas y vueltas, con bordes, con saltos, con lugares que no se pueden pisar, con casilleros en los que hay que detenerse más. Recorrido que, ni lineal ni sin dificultades, tampoco azaroso; que requiere de cierto equilibrio, reglas, alguna mínima destreza, movimiento y sobre todo ganas de jugar.

Arrojando la piedra de la pregunta por los recorridos para el nacimiento del yo, se comenzó a saltar por los diversos casilleros. Se inició el trayecto despejando la no coincidencia del yo y del sujeto para la teoría psicoanalítica. Punto que releva que el yo no es independiente de la compleja constitución subjetiva. Que ambos deben necesariamente articularse. Se avanzó sobre los factores necesarios para que el yo pueda advenir y así se destacó que un *hábitat* para el yo es aquél que puede contar con *enunciados identificatorios* en tanto se lo define como una instancia fundada sobre el lenguaje, constituida por el discurso. Se apoyó un pie en el reconocimiento que dichos enunciados deben ser brindados por la madre en su función, lo que implica la consideración de la serie de sus propios trabajos psíquicos e inconscientes, comandados por la represión. Que le corresponderá al *infans* poder apropiarse de dichos enunciados. El otro pie colocado en el vínculo con la realidad, el registro sociocultural y lo que se pone en juego allí, en relación al narcisismo. Cuestiones atendidas en el Capítulo 3.

Fue necesaria la detención en un concepto clave, el de *estadio del espejo*. El foco se centró en el reconocimiento de la imagen especular como punto nodal para el precipitado del yo. Si bien es llamado estadio, queda claro que no tiene que ver con el orden del desarrollo y/o evolución. Se hizo borde en las condiciones estructurales que propician el arribo a dicho estadio. La identificación cobró protagonismo. La incorporación del lenguaje, pasaje del soma al cuerpo pulsional, la ecuación fálica, la nominación; todos ellos fuentes o trayectos que conducen hacia la dimensión del cuerpo pre-especular, antesala de la imagen del cuerpo. Se destacó la doble función de espejo que debe prestarse a cumplir el Otro materno, la puesta en marcha del proceso de las identificaciones primordiales y la importancia del padre. Categorías trabajadas a lo largo de un extenso Capítulo 4.

Se continuó saltando al casillero que le corresponde a las respuestas del sujeto donde quedaron señaladas distintas operaciones que contribuyen como fuente al reconocimiento de la imagen especular. Entre ellas se destacó *la expulsión*, como constitución del no-yo, la constitución de los objetos pulsionales, y su incidencia para la unificación de la imagen del cuerpo como así también la *identificación primaria* cuya traducción en tanto respuesta puede leerse en angustia del octavo mes. Así mismo *la inscripción de la diferencia* en la alternancia de los ritmos de la presencia y de la ausencia, *la oposición significante* como recorridos psíquicos que propician la puesta en marcha del *juego en tanto constitutivo*. Así, el escenario protagónico quedó del lado del niño. El juego, que muy lejos de tratarse de una técnica o de un recurso para, se torna necesario

porque cumple una función, por ser el espacio-tiempo por excelencia en la infancia donde transcurren los procesos y operaciones de constitución subjetiva y por lo tanto también de la constitución del yo. Temas desarrollados a lo largo del Capítulo 5.

El caso Nadia, presentado y analizado en el Capítulo 6, testimonió acerca de un trabajo clínico a partir del cual se pudo rastrear el camino que condujo al reconocimiento de la imagen especular. La puesta en marcha del proceso represivo, la fase pre-especular, el cuerpo del Otro; recorridos relevados en tanto condujeron al espejo. El recorte realizado en relación a las experiencias frente al espejo, deja abierto interrogantes. Si bien la niña, según las notas de su analista y el trabajo de análisis que posibilita el lugar del Otro, la encarnadura significativa, llega a reconocerse en el espejo, nada indica que haya podido nombrarse a sí misma. La pregunta que queda abierta, entre otras, es si el arribo al puerto del reconocimiento de la imagen especular, si bien necesario, es suficiente para que un niño pueda decir yo para referirse a sí mismo.

Otras situaciones clínicas, trabajadas a lo largo del Capítulo 7, aportaron datos que problematizan la aparición y uso del término yo, motor de más elementos concretos de la práctica que ponen en tensión los trayectos psíquicos singulares y la clínica psicoanalítica. Los colores acompañaron la lectura de las mismas, advirtiéndose, según cada una de las presentaciones, que ciertos recorridos pueden darse o no, o que habiéndose realizado pueden no avanzar, detenerse u obstaculizarse.

Se transitó de este modo por el relevamiento de ciertas condiciones, espacios, tiempos que se presentan como recorridos que contribuyen a que el yo se constituya, nazca. Se puede concluir que los recorridos identificados posibilitan trabajos psíquicos, es decir, operaciones; que los mismos pueden hacerse o no hacerse y que ello tiene consecuencias para la constitución del yo y para la clínica. Que no se trata de lo que surge de manera espontánea, natural; sino que su nacimiento está en relación a los trabajos tempranos que no dependen de una maduración o un desarrollo individual, unilateral, preestablecido con etapas sucediéndose; sino por el contrario, que involucra al Otro, al Sujeto, al significativo, a la propia historia, al deseo y los procesos de identificaciones que se ponen en juego. Apertura de recorridos que pueden transitarse o no, o ser interferidos o detenidos. Que en tanto la posición subjetiva no está configurada ni decidida en los tiempos tempranos de constitución psíquica, permite considerar la posibilidad que ciertas intervenciones analíticas propicien alguna construcción o movimiento.

Del mismo modo que la puesta en marcha de este trabajo de investigación se comparó con el juego de la *Rayuela*, se puede concluir que, respecto del nacimiento del

yo, tal vez se trate de un recorrido similar al que propone ese juego. Es decir no lineal, con idas y vueltas, con puntos que implican detención o avance, con lugares que no pueden pisarse. Que requiere además de ciertos elementos y reglas, que propician operaciones, y que el movimiento y el deseo de jugar son fundamentales para que desde la tierra que propone el Otro, se pueda arrojar la piedra para arribar al cielo.

Hasta aquí se llega, actualizando lo siguiente:

“hay más cosas en el cielo y la tierra Horacio, de las que puede soñar tu filosofía”

Hamlet

BIBLIOGRAFÍA

Amigo, S. (2003). *Paradojas Clínicas de la vida y la muerte*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens

Amigo, S. (2012). La identificación primaria y sus fallos: Autismo vero y Psicosis en la infancia. En: Bruner, N. *El juego en los límites*. Bs As., Argentina: Eudeba

Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación: Del Pictograma al enunciado*. Bs. As., Argentina: Amorrortu

Azaretto, C. (2007). Diferentes usos del material clínico en la investigación en psicoanálisis. En: *Memorias de las XIV Jornadas de investigación de la facultad de Psicología*. UBA, III Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Recuperado en: <http://www.aacademica.org>.

Baraldi, C. (2005). *Mujeres y niños, ¿Primero?* Rosario, Argentina: Homo Sapiens

Bleichmar, S. (2002). *La fundación de lo inconsciente*. Bs. As., Argentina: Amorrortu

Bruner, N. (2012). *El juego en los límites*. El psicoanálisis en la clínica de problemas en el desarrollo infantil. Bs As., Argentina: Eudeba

Bruner, N. (2013). Juego y Melancolía: Acerca de “los juegos de duelo” en la infancia. En: *V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX*. Facultad de Psicología, UBA

Bruner, N. (2016). *El trabajo del juego: Contribución del juego a la formación de las identificaciones primordiales y la clínica del autismo en la infancia*. Bs. As., Argentina: Eudeba

Cruglak, C. (2017). *Clínica de la identificación*. Bs. As., Argentina: Escuela Freudiana de Buenos Aires.

De Biasi, M.C. (2013). *Ser nada: Formas clínicas de la melancolía en psicoanálisis*. Bs. As., Argentina: Letra viva

- Erikson, E. (1959). *Infancia y sociedad*. Bs. As., Argentina: Hormé
- Fernandez Miranda, J. (2021). La investigación y la práctica del psicoanálisis. *Revista psicoanálisis en la universidad*, N°5, pp. 63-83. Rosario, Argentina: UNR Editora
- Flesler, A. (2016). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Freud, S. (1981). *Obras completas*. Madrid, España: Biblioteca Nueva
- Freud, S. (1991-1992). *Obras completas*. Bs. As., Argentina: Amorrortu
- Guinzburg, C. (1989). Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico. En Eco, U., Sebeok, T. *El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce*. Cap.4. p (116-163). Barcelona, España: Lumen
- Hornstein, L. (1988). *Cura psicoanalítica y sublimación*. Bs. As., Argentina: Nueva visión
- Hornstein, L. (1991). Cap.1: Piera Aulagnier: sus cuestiones fundamentales. Cap.11: Diálogo con Piera Aulagnier. En Hornstein, L., Aulagnier, P., Pelento, M.L., Green, A., Rother, M.C., Bianchi, H., Dayan, M., Bosoer, E., *Cuerpo, Historia, Interpretación*, p. 11-109/ 360-393. Bs. As., Argentina: Paidós
- Hornstein, L. (2000). *Narcisismo: Autoestima, identidad, alteridad*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Janin, B. (2005). *Niños desatentos e hiperactivos: ADD/ADHD*. Bs. As., Argentina: Novedades Educativas
- Jerusalinsky, A y cols. (1988). *Psicoanálisis de los problemas del desarrollo infantil*. Bs. As., Argentina: Nueva Visión
- Jerusalinsky, A. (1994). La educación, ¿es terapéutica?: Acerca de tres juegos constituyentes del sujeto. *Escritos de la infancia*, Año III-N°4. Bs.As., Argentina
- Kanner, L. (1943). Trastornos Autistas del Contacto Afectivo. Traducido por Teresa Sanz Vicario. *Revista Siglo Cero*, N° 149. (1993). Recuperado en: https://www.ms.gba.gov.ar/ssps/residencias/biblio/pdf_Psico/Kanner.pdf
- Klein, M. (2008). *Obras Completas*. Tomo I. México: Paidós
- Klein, M. (2009). *Obras Completas*. Tomo III. México: Paidós
- Kuri, C. (2010). *La identificación: Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Santa Fe, Argentina: Homo Sapiens
- Lacan, J. (1958-1959). *El Seminario de Jacques lacan: El deseo y su interpretación*. N°

6. Inédito

- Lacan, J. (1961-1962). *El Seminario de Jacques Lacan: La Identificación*. N° 9. Inédito
- Lacan, J. (1987). *Escritos 2*. Bs. As., Argentina: Siglo XXI
- Lacan, J. (1987). *El Seminario de Jacques Lacan: Los Cuatro Conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Libro 11. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (1997). *El Seminario de Jacques Lacan: El yo en la teoría de Freud y en la técnica Psicoanalítica*. Libro 2. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (1999). *El Seminario de Jacques Lacan: Las Formaciones del Inconsciente*. Libro 5. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2004). *El Seminario de Jacques Lacan: La transferencia*. Libro 8. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2007). *El Seminario de Jacques Lacan: La Relación de Objeto*. Libro 4. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2008). *Escritos 1*. Bs. As. Argentina: Siglo veintiuno
- Lacan, J. (2010). *La familia*. Bs. As., Argentina: Argonauta
- Lacan, J. (2011). *El Seminario de Jacques Lacan: La Angustia*. Libro 10. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2015). *El Seminario de Jacques Lacan: Los Escritos técnicos de Freud*. Libro 1. Bs. As., Argentina: Paidós
- Laplanche J. y Pontalis, J. (1981). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, España: Labor
- Laznik- Penot, M.C. (1997). *Hacia el habla*. Bs. As., Argentina: Nueva visión
- Lefort, R. (1983). *El nacimiento del Otro: Dos psicoanálisis*. Madrid, España: Paidós
- Marchilli, A., Carbajal, E. y D'Ángelo, R. (2012). *Una introducción a Lacan*. Bs. As., Argentina: Lugar
- Marrone, C. (2012). *Psicoanálisis con niños: el juego: Curso anual de psicoanálisis con niños: Clase 1*. Bs. As., Argentina: Escuela Freudiana de Buenos Aires
- Nasio, D. (1996). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del Psicoanálisis*. Barcelona, España: Gedisa
- Pontalis, J. (1977). *Entre el sueño y el dolor*. Bs.As., Argentina: Sudamericana
- Pulice, G. , Manson, F. y Zelis, O. (2000). *Investigación y Psicoanálisis: De Sherlock Holmes, Dupin y Peirce a la experiencia freudiana*. Bs. As., Argentina: Letra Viva

- Pulice, G. (2010). *La investigación en el campo de la subjetividad*. Conferencia de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad del Aconcagua. Mendoza, Argentina
- Rabinovich, D. (2010). *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*. Bs. As., Argentina: Manantial
- Real Academia Española. Diccionario de la lengua española, 23° Ed.,[versión 23.2 en línea] <https://dle.rae.es> [29/10/2019]
- Rodulfo, R. (1986). *Clínica Psicoanalítica en niños y adolescentes*. Bs. As., Argentina: Lugar editorial
- Rodulfo, R. (1998). *Trastornos Narcisistas no psicóticos*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Roudinesco, E. (2005). *Diccionario de psicoanálisis*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Roudineco, E. (2012). *Lacan, frente y contra todo*. Bs. As., Argentina: F.C.E
- Scaglia, H. (2009). *Conceptos preliminares*. Bs. As., Argentina: Eudeba
- Stake, R. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Madrid, España: Morata
- Spitz, R. (1974). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de cultura económica.
- Tessier, H. (2010). La psicología del yo. *Alter Revista de Psicoanálisis*, N°6.
Recuperado en: https://revistaalter.com/revista/la-psicologia-del-yo_helene-tessier/522/
- UNR. (2016). *Plan de estudios. Carrera de posgrado Maestría en Clínica Psicoanalítica con niños*.
- Winnicott, D. (2011). *Realidad y Juego*. Barcelona, España: Gedisa